Daniel Bergner

¿Qué quieren las mujeres?

Últimas revelaciones de la ciencia sobre el deseo sexual femenino

DESTINO

Índice

Portada
¿Qué quieren las mujeres?
Dedicatoria
Capítulo 1. Animales
Capítulo 2. Cuerpos y mentes
Capítulo 3. La fábula sexual de la ciencia evolutiva
Capítulo 4. Monos y ratas
Capítulo 5. Narcisismo
Capítulo 6. El callejón
Capítulo 7. Monogamia
Capítulo 8. Cuatro orgasmos
Capítulo 9. Magia
Capítulo 10. Un inicio
Bibliografía
Agradecimientos
Notas
Créditos

Para Georgia

Capítulo 1

ANIMALES

Meredith Chivers estaba dispuesta a acabar con todas las creencias sobre las mujeres y el sexo del mundo civilizado. Las convenciones sociales, las listas de pecados, todas las influencias intangibles debían desaparecer. «He dedicado mucho tiempo —me contó— a volver mentamente al pasado para saber cómo debía de ser la vida para los protohumanos.»

Cuando Chivers y yo nos conocimos, hace siete años, ella había superado la treintena. Era delgada y llevaba unas botas de tacón alto que casi le llegaban hasta las rodillas y unas modernas gafas rectangulares. El pelo rubio le caía sobre un top negro de cuello en forma de V. Era una joven pero distinguida científica especializada en una disciplina cuyo nombre, sexología, sonaba como un chiste, un error de prefijo y sufijo, de lo vulgar y lo erudito. No obstante, esa unión es de lo más serio: las ambiciones en ese ámbito han sido siempre enormes, y los sueños de Chivers no era diferentes. Esperaba poder sumergirse en el funcionamiento de la psique, conseguir ver de algún modo más allá de las consecuencias de la cultura, de la alimentación, de todo lo que se aprende, y comprender la parte más primaria y esencial de las mujeres: un conjunto fundamental de verdades sexuales que existen, inherentemente, en lo más profundo.

Los hombres son animales. En todo lo que respecta al eros, aceptamos esta afirmación como una especie de axioma psicológico. Los hombres están domados por la sociedad, son sujetos condicionados en su mayoría por ciertos límites; no obstante, la contención no es tan completa como para ocultar su estado natural, que se representa de infinidad de maneras, ya sea a través de la pornografía, la promiscuidad o la infinidad de miradas que dirigimos a cuerpos deseables que pasan por nuestro lado; un estado natural que se afirma mediante incontables lecciones de la ciencia popular, como por ejemplo, que las mentes de los hombres son dirigidas fácilmente por las regiones neuronales menos avanzadas del cerebro, así como que esos hombres están programados por

fuerzas evolutivas para caer inexorablemente en el deseo ante la visión de algunas cualidades físicas o proporciones, como la ratio entre la cintura y la cadera de las mujeres, que parece inflamar el deseo a los machos heterosexuales de todo el globo terrestre, desde América hasta Guinea-Bissau; o bien que los hombres están obligados, de nuevo por los dictados de la evolución, a incrementar las posibilidades de que sus genes sobrevivan para siempre, y de ahí que se vean impulsados a esparcir su semilla y a ansiar a tantas mujeres como puedan.

Pero ¿por qué no decimos que las mujeres también son animales? Chivers intentaba descubrir las realidades animales. Para ello llevó a cabo su investigación en una serie de ciudades: en Evanston, Illinois, cerca de Chicago; después en Toronto, y, más recientemente, en Kingston, Ontario, una localidad que parece estar aislada, ser pequeña y frágil. El aeropuerto de Kingston es apenas algo más que un hangar. La arquitectura de piedras pálidas le da una atractiva y compacta solidez; todo ello, sin embargo, no elimina la sensación de que el área del centro, en el frío lugar donde el lago Ontario desemboca en el río San Lorenzo, apenas ha evolucionado desde que se fundó como establecimiento comercial francés en el siglo XVII. En Kingston se encuentra la Universidad de Queen, una institución educativa en crecimiento y bien valorada donde Chivers ejercía de profesora de Psicología; pero la ciudad es tan inhóspita y pequeña que resulta fácil imaginar lo vacía que estaba en el pasado, sin edificios ni aceras, sin prácticamente nada más aparte de árboles de hoja perenne y nieve.

De todos modos, cuando fui a visitarla me pareció un entorno apropiado porque para alcanzar el conocimiento que buscaba necesitaba hacer algo más que librarse de los códigos sociales. Debía librarse de todas las calles, así como de las estructuras físicas e incorpóreas que nos afectan de forma consciente e inconsciente; necesitaba recrear una situación pura y primordial para poder declarar: «Esto es lo que se encuentra en el núcleo de la sexualidad de las mujeres».

En realidad, Chivers no habría sido capaz de establecer unas condiciones semejantes para sus estudios. Y es que, con casi total seguridad, esas condiciones puras nunca existieron porque los protohumanos, *Homo heidelbergensis* y *Homo rhodesiensis*, nuestros ancestros con poca frente, que vivieron hace cientos de miles de años, tenían protoculturas. No obstante, ella contaba con un instrumento para su estudio, un pletismógrafo: una bombilla en miniatura y un sensor de luz que se coloca dentro de la vagina.

Esto es lo que sus sujetos femeninos hacían cuando se sentaban en una silla marrón de cuero sintético de la marca La-Z-Boy, en el tenuamente iluminado laboratorio de Toronto donde me habló por primera vez de sus experimentos: medio reclinados en la La-Z-Boy, todos veían una serie de escenas porno en una vieja y enorme pantalla de ordenador. El tubo de cinco centímetros de *glassine* del pletismógrafo ilumina las paredes vaginales y lee la iluminación que rebota. De este modo, mide el flujo de sangre que llega a la vagina. Oleadas de sangre estimulan un proceso llamado transudación vaginal, que consiste en la filtración de humedad a través de las células del revestimiento del canal. Así, indirectamente, el pletismógrafo calibra la humedad vaginal. Era una manera de librarse de las ofuscaciones de la mente, de la interferencia de las regiones superiores del cerebro, y averiguar a un nivel primitivo qué excita a las mujeres.

Cuando se inscribían en el estudio, los sujetos de Chivers se identificaban como heterosexuales o lesbianas. Esto es lo que veían:

Una mujer de cuerpo voluptuoso tumbada debajo de su amante sobre una manta verde del ejército; se hallan en un bosque. El hombre lleva cráneo rapado y es corpulento. Apoya el torso sobre sus rígidos brazos y la penetra. Ella levanta los muslos y lo envuelve con las pantorrillas. El ritmo de la penetración es cada vez más rápido, los muslos de sus nalgas se tensan, y ella extiende los dedos y le agarra por los tríceps.

Después de cada clip de porno de noventa segundos, los sujetos veían un vídeo que devolvía las lecturas del pletismógrafo a la situación inicial. La cámara escaneaba picos húmedos y caía luego a una llanura seca.

Un hombre camina desnudo por una playa. Tiene la espalda en forma de V, y los músculos dibujan un ángulo hacia la ingle sobre sus muslos tensos. Lanza una piedra a las olas. Tiene un pecho enorme. Ni rastro de grasa en los muslos. Camina a lo largo de un precipicio rocoso. El pene, relajado, cuelga de lado a lado. Lanza otra piedra y estira su espectacular espalda.

Una mujer esbelta con una cara ovalada de rasgos suaves, de cabello rizado y oscuro, permanece sentada en el borde de una enorme bañera. Está bronceada y las aureolas de sus pechos son oscuras. Otra mujer sale del agua, con el pelo rubio húmedo recogido detrás de las orejas. Aprieta la cara entre los muslos de la morena y empieza a mover la lengua.

De rodillas, un hombre sin afeitar mordisquea un pene grande que se levanta sobre un vientre plano y musculoso.

Una mujer de cabello largo negro se inclina hacia delante sobre el brazo de un diván, con sus moldeadas nalgas elevadas. Después, acomoda su bello cuerpo moreno sobre el tapizado blanco. Tiene piernas largas, pechos abundantes y es alta. Se lame las yemas de los dedos y se acaricia el clítoris. Levanta y separa las rodillas. Se coge un pecho. Las caderas empiezan a moverse y levantarse.

Un hombre penetra a otro hombre, que suelta un quejido de placer; una mujer desnuda se abre de piernas en una sesión solitaria de calistenia; un hombre escultural con gafas está tumbado sobre la espalda y se masturba; otro hombre desliza el tanga negro de una mujer por los muslos y empieza a estimularla con la lengua; una mujer se sienta a horcajadas sobre otra mujer que lleva un consolador con correa.

Una pareja de bonobos, una especie de simios, dan vueltas por el campo de hierba; la erección rojiza, de color semejante a la de un cerdo, es muy visible. Abruptamente, la hembra se expone ante él, con la espalda sobre el suelo y las piernas en el aire. Mientras su compañero la penetra con ritmo furioso, ella se pone las manos sobre la cabeza, en una rendición erótica total.

Sentadas sobre la silla de cuero sintético, las sujetos de Chivers, heterosexuales y lesbianas, se excitaron en todas las escenas, incluidas las de los simios copulando. Observar los datos recogidos por el pletismógrafo era como enfrentarse a una visión de excitación anárquica.

Éste fue mi primer atisbo de los esfuerzos de la sexología por entender el deseo femenino. El marido de Chivers, un psicólogo cuyas teorías había estudiado para otro libro sobre sexo, nos presentó. Y pronto empecé a aprender sobre esta materia no sólo de Chivers, sino también de muchas investigadoras a las que ella llamaba «masa crítica unida» de científicas femeninas, que se dedicaban a descifrar cómo funcionaba el erotismo en las mujeres. Hablo de Marta Meana y de su aparato de seguimiento de ojos de alta tecnología; de Lisa Diamond y de sus estudios de las vivencias eróticas de las mujeres, que realizó a largo plazo y en el que no usó demasiada tecnología, y de Terri Fisher, con su falsa máquina del polígrafo. También había hombres que formaban parte del proyecto. Estaban Kim Wallen con sus monos y Jim Pfaus con sus ratas, así como Adriaan Tuiten con sus mapeos genéticos y unos afrodisiacos especialmente diseñados, Lybrido y Lybridos, que se iban a enviar a la Agencia de Alimentación y Medicamentos para que los aprobaran.

Y mientras ellos me guiaban por sus laboratorios y observatorios

de animales, yo escuchaba todos los días a incontables mujeres que compartían sus deseos y su desconcierto, que explicaban lo que podían y no podían comprender sobre su sexualidad. Algunas de sus historias aparecen entrelazadas en estas páginas. A Isabel, una mujer en la treintena, le atormentaba una cuestión básica: si debía casarse con su guapo y adorable novio, al que había dejado de desear. En ocasiones, cuando estaban en un bar, ella le decía: «Bésame, bésame como si fuera la primera vez que nos viéramos». Sentía una reverberación, terriblemente tenue, que de inmediato se desvanecía. Le parecía ridículo, y repetía de forma continuada: «Es mejor no pedir cosas así». «Ni siquiera tengo treinta y cinco años —me dijo—. ¿Ya no voy a sentir mariposas en el estómago nunca más?» Después estaba Wendy, que era diez años mayor que Isabel y se había inscrito en las pruebas para el Lybrido y Lybridos para comprobar si una píldora experimental podía restaurar algo del deseo que en otra época había sentido por su marido, el padre de sus dos hijos.

Entrevisté a otras mujeres, como Cheryl, que lenta y voluntariosamente intentaban recuperar su capacidad para sentir deseo después de pasar por una cirugía que la había desfigurado, o Emma, que quería empezar nuestra conversación en el club de *striptease* donde se había ganado la vida una década atrás; sin embargo, ellas no aparecen en estos capítulos y sus casos se tratan sin citarlas. Hice multitud de entrevistas con la esperanza de encontrar más líneas de investigación, y, al final, la ciencia reciente y las voces de las mujeres me dieron unas lecciones claras:

El deseo de las mujeres, su inherente variedad y su poder innato, es una fuerza infravalorada y constreñida, incluso en nuestra época, cuando todo parece inundado de sexo, lejos de cualquier restricción.

A pesar de las ideas preconcebidas que nuestra cultura sigue imbuyéndonos, esta fuerza, en su mayor parte, no se desata debido a una mayor intimidad emocional ni a la seguridad, como Marta Meana se encargaría de recalcar, tanto delante de sus aparatos de seguimiento de ojos como en el escenario de un casino.

Y una de nuestras hipótesis más tranquilizadoras y relajantes, sobre todo para los hombres, pero también para las mujeres, la de que el eros femenino se adapta mucho mejor a la monogamia que la libido masculina es poco más que un cuento de hadas.

La monogamia es uno de los ideales de nuestra cultura que más apreciamos y que más arraigado está. Podemos dudar de la norma y preguntarnos si está equivocada, y tal vez no consigamos ceñirnos a

ella, pero seguimos viéndola como algo tranquilizador y simplemente correcto. Define quién pretendemos ser en el aspecto romántico; dicta la forma de nuestras familias o, al menos, dicta nuestros sueños domésticos; moldea nuestras creencias sobre lo que significa ser un buen padre. En definitiva, la monogamia es, o así lo sentimos, parte del tejido crucial que mantiene nuestra sociedad unida, que evita que todo se deshaga.

Se supone que las mujeres son las aliadas naturales de los estándares, las cuidadoras, las defensoras y los seres sexuales más aptos, biológicamente, para la fidelidad. Nos aferramos al cuento de hadas y lo hacemos con la ayuda de la psicología evolutiva, una disciplina cuya teoría sexual —si se puede llamar así— se centra en comparar a mujeres y hombres, que cala en nuestra conciencia y calma nuestros miedos. Y, mientras tanto, las compañías farmacéuticas buscan una medicina, un fármaco para mujeres, que sirva como una cura para la monogamia.

Capítulo 2

CUERPOS Y MENTES

Chivers debe su afán de recopilar datos a su padre, un coronel del ejército canadiense que, con un máster en el campo de la ingeniería de factores humanos, creó eficientes carlingas para los aviones de caza, y estudió los tiempos de reacción a las señales y cómo disponer mejor los controles de un avión. Le inculcó una veneración por lo empírico: cogía una roca y le hablaba de las formaciones geológicas; descubría lombrices y le hablaba sobre la ventilación del suelo. Cuando con el periódico llegaba el suplemento semanal de televisión, ella subrayaba todos los programas de ciencias. Construyó unos laberintos de cajas de cartón para los hámsteres que tenía como mascotas. Ideó una recompensa adecuada: descubrió que el olor de la mantequilla de cacahuete era demasiado penetrante y los confundía, así que usó verduras; también realizó experimentos para averiguar si los roedores nocturnos actuaban con mayor efectividad que los diurnos y encontraban una ruta hasta la comida más rápido por la noche.

En el sótano del taller de su padre, y bajo su vigilancia, Chivers aprendió a construir objetos, e inventó un frigorífico con cables a modo de pequeños gozones, así como un establo para caballos portátil para la casa de muñecas que él fabricó. Le fascinaba el modo en que las cosas, inanimadas y animadas, encajaban y funcionaban unidas. En la universidad estudió neurociencia, y se había consagrado a la biofísica y a la bioquímica cuando un amigo le sugirió que probara con algo más sencillo, una clase de sexualidad. Asistían a las clases seiscientos alumnos. Un día, el profesor estaba proyectando diapositivas y puso una de una vulva; las arrugas y los pliegues de los genitales femeninos en primerísimo plano llenaban la pantalla. La repugnancia se adueñó del auditorio y se oyó una exclamación generalizada de asco, que, según Chivers comprobó, provenía sobre todo de las mujeres. Un primer plano de un pene, en cambio, no provocaba horror ni gritos ahogados de nadie.

En sus años de instituto, Chivers había dibujado un esbozo de la

anatomía de la vulva para un grupo de compañeros masculinos de clase, un mapa para que los chicos pudieran encontrar el clítoris. Sin embargo, en ese momento, rodeada por las volubles muecas de desagrado de las mujeres, pensó: «¿Es ésa la reacción que os provocan vuestros propios cuerpos?».

Después de las clases, se inscribió en un seminario sobre sexualidad. Hizo una presentación sobre los problemas femeninos con el orgasmo; puso el vídeo de una mujer de sesenta años que hablaba sobre un nuevo compañero, un romance tardío. Dirigió un debate electrizante y abandonó la estancia más que satisfecha, pero ni aun así podía concebir una carrera que tuviera que ver directamente con el sexo, aparte de la de terapeuta sexual, que no le interesaba. De modo que prosiguió sus estudios de neuropsicología y se arriesgó a llevar a cabo un experimento para su tesis con el que consiguió nuevos resultados: que los hombres homosexuales obtienen peores resultados que los heterosexuales en un tipo de prueba relacionada con las formas tridimensionales, del mismo modo que las mujeres, de promedio, presentan peores resultados que los hombres.

Esta parte de su investigación como estudiante universitaria no resultaba muy políticamente correcta, puesto que pertenecía a un ámbito de la ciencia ferozmente rebatido, sobre todo porque sugiere que hay ciertas diferencias de inteligencia entre mujeres y hombres que no se deben a la cultura, sino a los genes. No obstante, a Chivers no le importaba mucho la política; lo que ella investigaba era un vínculo intrigante: el que se establece entre el sexo —las diferencias en la habilidad que tienen hombres y mujeres para imaginar formas tridimensionales—, el deseo —las similares discrepancias que se establecen entre homosexuales y heterosexuales— y los aspectos neurológicos que pueden ser innatos. Después de licenciarse, consiguió trabajo como auxiliar en el laboratorio de Toronto donde más tarde, tras doctorarse, instalaría la cámara con el sillón La-Z-Boy y su pletismógrafo, un centro que forma parte de uno de los hospitales psiquiátricos universitarios más prestigiosos de Canadá. Tenía veintidós años y era la única mujer que trabajaba allí. Dado que la ciencia sólo se ocupaba de la sexualidad masculina, un día preguntó al investigador de mayor edad, Kurt Freund, un icono de ochenta y un años de la sexología, por qué nunca había centrado su atención en las mujeres.

Freund, un psiquiatra checoslovaco calvo, con nariz aguileña y enormes orejas que parecían sigilosos instrumentos de detección,

había sido reclutado por el ejército checo hacía más de medio siglo para cazar a muchachos en edad militar que habían intentado escapar del servicio militar fingiendo ser homosexuales. Él mismo había desarrollado una versión masculina del pletismógrafo mucho antes de que existiera un equivalente femenino. Se colocaba un tubo de cristal sobre el pene con un sello hermético en la base. Se proyectaban imágenes y un calibrador medía la presión del aire e indicaba la erección. Si al enseñar al recluta checo imágenes provocadoras de hombres jóvenes la presión no aumentaba, se enviaba al conscripto al ejército.

Freund no hizo carrera cazando a homosexuales. Antes había intentado curar a gays mediante el psicoanálisis, pero finalmente citó a sus pacientes y les devolvió el dinero. Tras argumentar que la homosexualidad surgía en la biología prenatal y no en la crianza, y convencido de que no podía tratarse, luchó contra las leyes checas que criminalizaban el sexo gay. Después de huir del régimen comunista y asentarse en Toronto, su visión acerca de la orientación sexual masculina (y de que ser gay no era una enfermedad) ayudó a convencer a la asociación americana de psiquiatría, en 1973, para que eliminara la homosexualidad de su lista de desórdenes mentales.

Como todos los investigadores del laboratorio de Toronto, Freund defendía el origen innato del deseo. La crianza estaba en constante relación con la naturaleza, pero no en una proporción del 50 por ciento. Para responder a Chivers, le hizo una pregunta: «¿Cómo voy a saber qué es ser una mujer? ¿Quién soy yo para estudiar a las mujeres cuando soy un hombre?». Sus palabras la pusieron ante un abismo. Para ella suponían un reto. Se tenían que realizar experimentos, recopilar datos, hacer deducciones y replicar resultados. Se imaginaba que podría dibujar algún día un mapa que capturara el eros femenino. «Me siento como una pionera en la linde de un bosque gigante —me dijo cuando hablamos por primera vez—. Hay un sendero para adentrarse en él, pero no es gran cosa.»

En su concepción de la búsqueda había ecos de Sigmund Freud, de las palabras que había dicho a Marie Bonaparte casi un siglo atrás. Ésta era bisnieta de un sobrino de Napoleón, y una de las discípulas de psicoanálisis de Freud. «La gran pregunta que nunca se ha respondido —le dijo—, y que yo todavía no he sido capaz de responder a pesar de mis treinta años de investigación del alma femenina, es qué quiere una mujer.»

Mientras miraban los videoclips eróticos, las sujetos de Chivers no

sólo llevaban un pletismógrafo, sino que además con un teclado iban calificando sus propios sentimientos de excitación. De este modo, Chivers conseguía registros fisiológicos y autoinformes, esto es, datos objetivos y subjetivos, que en raras ocasiones coincidían. Prácticamente, todo era discordancia. Y esta disonancia estaba en sintonía con algunos descubrimientos de otros investigadores.

Mujeres con mujeres, hombres con hombres, hombres con mujeres, hombres y mujeres solos que se masturbaban: los números objetivos de Chivers, que rastreaban lo que técnicamente se llama «amplitud del pulso vaginal», se disparaban con independencia de lo que apareciera en la pantalla y de lo que estuvieran haciendo, unos con otros o a solas. El deseo se catalizaba; el flujo de sangre se disparaba; los capilares palpitaban de forma indiscriminada. La fuerza de los impulsos apenas hacía distinciones ni variaciones en el grado, pero uno de los resultados era curioso: los bonobos que copulaban no hacían subir tanto el flujo sanguíneo como el porno humano, con una extraña excepción. Entre todas las mujeres, ya fueran heterosexuales o gays, el hombre fornido que paseaba solo por la playa, un auténtico adonis, perdía ante los simios que fornicaban. ¿Cómo se explicaba semejante rareza?

En cuanto a las lesbianas, se producía una mayor discriminación. En todos los estudios que Chivers realizó, se puso una medida de control para asegurarse de que los datos no eran casualidades: el salto de amplitud durante los vídeos protagonizados por mujeres era más duradero. Sin embargo, la sangre de las lesbianas se aceleraba con fuerza durante las escenas de porno gay masculino. Cuando Chivers analizó las pruebas, transmitidas desde las membranas vaginales al sensor y al *software*, y dispuso los gráficos en barras verticales, la libido femenina parecía omnívora.

Las sensaciones registradas con el teclado contradecían al pletismógrafo por completo. El cuerpo desvelaba lo que la mente ocultaba. Los autorregistros afirmaban una indiferencia hacia los bonobos. Sin embargo, eso era sólo el principio. Cuando se trataba de películas en que las mujeres se tocaban a sí mismas o mantenían relaciones entre ellas, los sujetos heteros decían estar mucho menos excitados de lo que revelaban sus cuerpos. Durante los segmentos de sexo masculino gay, las calificaciones de las mujeres heterosexuales eran incluso más tenues, y, asimismo, estaban menos vinculadas a lo que ocurría en realidad entre sus piernas. Chivers estaba observando un abismo entre lo objetivo y lo subjetivo, que también se daba en los datos de las lesbianas: las calificaciones

siempre aparecían bajas cuando veían a hombres manteniendo sexo con otros hombres o masturbándose en las películas, pero el pletismógrafo indicaba lo contrario.

Chivers hizo pasar por las mismas pruebas a hombres heterosexuales y homosexuales. Conectados al pletismógrafo masculino, sus genitales hablaban de forma muy distinta a la de las mujeres: respondían según patrones predecibles, que Chivers denominó «categoría específica». Los hombres heterosexuales se excitaban ligeramente cuando contemplaban a hombres masturbándose y un poquito más cuando veían a hombres juntos, pero ello era insignificante frente a lo mucho que se excitaban cuando en las películas aparecían mujeres solas, mujeres con hombres y, sobre todo, mujeres con mujeres. La categoría específica se aplicaba todavía más a los gays varones. Sus lecturas saltaban cuando los hombres se masturbaban; se disparaban como cohetes cuando veían a hombres manteniendo relaciones sexuales con hombres, y seguían subiendo, aunque con menos bruquedad, cuando los clips mostraban a hombres con mujeres. En su caso, el pletismógrafo permanecía prácticamente muerto cuando las mujeres copaban la pantalla.

En cuanto a los bonobos, se pudo descartar cualquier teoría que sostuviera que ver copular a los animales despertaría algo agudamente primitivo en la sexualidad masculina. Los genitales, tanto de gays como de hombres heterosexuales, reaccionaban ante esos primates igual que lo harían ante un paisaje, una panorámica de montañas y valles. Y en el caso de los hombres, lo objetivo y lo subjetivo estaban en sincronía. Cuerpos y mentes contaban la misma historia.

¿Cómo explicar el conflicto entre lo que las mujeres afirmaban y lo que sus genitales indicaban? Había diversas razones plausibles. Chivers pensó que la anatomía podía ser una de ellas. Los penes se alargan, presionan la ropa. Se encogen y se expansionan. Los niños crecen con una conciencia continua del pene; las mentes masculinas están acostumbradas a recibir información de su entrepierna. Se desarrolla un bucle sexual entre el cuerpo y el conocimiento, y cada uno afecta al otro, lo desarrolla; la comunicación es rápida y regular. En el caso de las mujeres, una anatomía más escondida podría provocar que los mensajes fueran menos claros, más difíciles de identificar.

Ahora bien, ¿estaban las mujeres disminuyendo conscientemente o bloqueando de un modo inconsciente el amplio abanico de percepciones que despertaban su deseo de forma instantánea?

La disonancia entre las lecturas de Chivers coincidía con los resultados de un estudio realizado por Terri Fisher, un psicólogo de la universidad del estado de Ohio, que pidió a doscientos estudiantes, mujeres y hombres, que rellenaran un cuestionario que trataba de la masturbación y del uso de la pornografía. Se dividía en grupos a los sujetos, los cuales escribían sus respuestas en tres condiciones diferentes: o bien tenían que entregar el cuestionario acabado a un compañero, que esperaba tras una puerta abierta y que podía ver a los sujetos trabajar; o les aseguraban de forma explícita que sus respuestas se mantendrían en el anonimato; o bien estaban conectados a un polígrafo falso, con electrodos de mentira pegados a las manos, los antebrazos y el cuello.

Las respuestas de los varones eran más o menos las mismas en cualquiera de las tres situaciones, pero para las mujeres las circunstancias resultaban cruciales. Muchas mujeres del primer grupo, que podían haber estado preocupadas porque otro estudiante viera sus respuestas, dijeron que nunca se masturbaban y que nunca habían visto ninguna película clasificada X. Las mujeres a las que se les garantizó una estricta confidencialidad respondían muchas más veces de forma afirmativa. Y las respuestas de las mujeres que pensaban que estaban conectadas a un detector de mentiras eran casi idénticas a las de los hombres.

Debido a la forma en que las preguntas estaban planteadas, es decir, con cierta delicadeza, según me contó Fisher, en deferencia al trasfondo conservador que percibía en su campus, el estudio no podía determinar los índices de masturbación o de uso de pornografía; sin embargo, continuó ella, no había duda acerca de las restricciones que la mayoría de mujeres sentían a la hora de reconocer la intensidad de sus libidos. Cuando Fisher utilizó las mismas condiciones y preguntó a las mujeres cuántos compañeros sexuales habían tenido, los sujetos del primer grupo dieron como respuesta unas cifras que resultaron un 70 por ciento más bajas que las de las mujeres que llevaban los electrodos falsos. Con gran diligencia, realizó esta parte del experimento por segunda vez con trescientos nuevos participantes. Las mujeres que pensaban que estaban conectadas a un polígrafo no sólo mencionaban a más compañeros que el resto de las participantes femeninas, sino que también, a diferencia de los varones, dieron números bastante más altos que los hombres.

Este tipo de supresión consciente pudo muy bien haber distorsionado los autorregistros de las mujeres heterosexuales de Chivers, pero ¿y en el caso de las lesbianas? Muchas de ellas

podrían haber adoptado una actitud desafiante sobre su sexualidad, ¿no habría disminuido eso cualquier impulso de mentir? Quizás, aunque con estas mujeres podrían funcionar otro tipo de restricciones: la necesidad de ser fieles a su orientación, a su identidad minoritaria.

La investigación de Fisher apuntaba a una negación obstinada. Sin embargo, según creía Chivers, tenía que haber algo más sutil en juego. En los diarios encontró destellos de evidencias —sin confirmar, insustanciales, como si deseara algo en lo que basarse sobre lo que construir algo, como si intentase reconstruir una verdad sexual— que le hicieron concluir que las mujeres están menos conectadas o conocen peor las sensaciones de sus cuerpos que los hombres, y no sólo eróticamente sino también en otros sentidos. ¿Había algún tipo de filtro neurológico entre los cuerpos de las mujeres y el reino de la conciencia en el cerebro? ¿Fallaba algo en las vías de comunicación? ¿Ocurría eso especialmente en el caso de las señales sexuales? ¿Era producto de códigos genéticos o sociales? ¿Se enseñaba de algún modo a las niñas y a las mujeres a mantener una distancia psíquica con respecto a su naturaleza física? En nuestra profunda conversación durante siete años, Chivers habló claramente sobre lo congénito y lo cultural, sobre la naturaleza y la formación en las libidos de las mujeres. Durante mucho tiempo, no obstante, no se pronunció. Sus intenciones científicas eran agresivas: eliminar todo lo propio de la sociedad, el aislamiento de lo inherente. Sin embargo, mantenía la cautela del investigador, la reserva del empírico, una reticencia a ir más allá de lo que los datos podían apoyar.

Fisher, mientras tanto, quería enfatizar las restricciones impuestas, las limitaciones forzadas. «Ser un humano sexual —dijo ella—, a quien se le permita ser sexual, es una libertad que la sociedad está mucho más dispuesta a conceder a los varones que a las mujeres.» Su detector de mentiras no se equivocaba.

Rebecca, de cuarenta y dos años, era profesora de música y tenía tres hijos. Una tarde, en el ordenador que compartía con su marido, descubrió la foto de una mujer que resultó ser la amante de éste. En todos los aspectos fue un descubrimiento. Rebecca se dio cuenta inmediatamente de la diferencia de edad de ambas. Y lo que era más evidente e insidioso: a ojos de Rebecca, los pechos de la mujer, expuestos en la fotografía, eran significativamente superiores a los suyos, más caídos de lo normal por haber dado de mamar, de eso estaba segura. Y sintió de forma casi instantánea que su marido quería que encontrase la foto para que saliera a la luz la aventura

porque no había tenido el valor de acabar con su matrimonio y marcharse a vivir con la mujer que, desde la pantalla, lanzaba un beso caprichoso. Siguiendo los consejos de un terapeuta, Rebecca se esforzó en no suplicar a su marido que se quedara. Presionó a sus amigos para que hablaran con él y le dio a su marido un libro sobre la búsqueda de la realización espiritual en lugar de la necesidad de un nuevo amor. Sin embargo, a las pocas semanas era una madre soltera que pasaba una buena parte del tiempo delante del ordenador, comparándose con la mujer semidesnuda de la foto, que se había enviado a su propia dirección.

Rebecca, una de las mujeres con las que estuve hablando y haciéndole preguntas sin parar, tenía un talento especial para la autodenigración. Y eso lo abarcaba todo: desde su cuerpo hasta su carrera. ¿Cómo había acabado enseñando flauta y clarinete a alumnos de primero, sin dar nunca recitales propios excepto en los intermedios de los de sus estudiantes? Y la pregunta que más la acuciaba era cómo había acabado arrinconándose en esa existencia aburridísima en la ciudad más moderna de América, en Portland, Oregón.

No obstante, su habilidad para autodenigrarse iba acompañada de una feroz resiliencia. Paulatinamente fue sustituyendo, la foto de la chica de veintinueve años por una página web de citas.

Poco a poco comenzó a tener algunas citas. Y conoció a un hombre al que veía tan atractivo como bueno, e incluso antes de acostarse con él le confió en una cena en una restaurante tailandés algo que había tardado catorce años en contarle a su marido. Quería hacer un trío con una mujer. La discordancia y falta de sintonía de los descubrimientos de Chivers y Fisher no eran su problema. Ella no sabía explicar por qué había esperado tanto para desvelar su deseo a su marido. Sí, la timidez había sido uno de los factores, pero ella creía que tenía más que ver con una intuición que resultó ser una realidad: él no mostraba interés alguno por ella. Probablemente, pensaba, eso se debía a que tener a otra mujer en su cama habría dejado en evidencia la falta de interés que mostraba por la propia Rebecca. En cualquier caso, su nueva cita estuvo de acuerdo en que un trío estaría bien. Dejaron el tema ahí, empezaron a acostarse y volvieron a hablar del asunto unos meses después. Ella le dijo que dejaba en sus manos todos los preparativos.

Él le preguntó si tenía alguna preferencia. Rebecca nunca había estado con una mujer, ni en un trío ni de ninguna otra manera, pero sus deseos eran específicos: debía tener un color de pelo diferente al suyo. No ser demasiado alta. Estar mínimamente en forma, y ser

blanca o latina. Y un factor que había tenido en cuenta durante años: unos pechos grandes, como mínimo de copa C, siempre y cuando fueran naturales.

Su novio y ella bromeaban diciendo que había trazado una caricatura como cualquier otra. Como él no había hecho nada similar antes, le costó un tiempo prepararlo, aunque finalmente le planteó algunas posibilidades. Le enseñó una fotografía de un sitio de contactos, y Rebecca se sorprendió fantaseando de inmediato con aquella mujer. No obstante, la correspondencia por correo electrónico con esta candidata se interrumpió y la oportunidad se desvaneció. Discutieron la opción de contratar a una chica de compañía. De vez en cuando, durante ese proceso de posibilidades fallidas, a Rebecca le atenazaba un temor: ¿Y si la mujer la veía a ella como vieja y repelente? Sin embargo, su novio la tranquilizó; además, tenía muchas ganas de hacerlo y, conforme se decantaban por la idea de contratar a alguien, se recordó a sí misma que se suponía que simplemente su propio atractivo no iba a importar.

Finalmente, mientras una canguro cuidaba de los hijos de ella, la pareja fue a esperar en el apartamento de él la llegada de la prostituta que habían elegido después de mirar fotos y más fotos en internet. Como querían parecer buenos anfitriones y suavizar el hecho de que habían recurrido a la prostitución, habían encendido velitas y puesto a enfriar una buena botella de vino. Cuando la prostituta llamó al timbre, Rebecca y su novio echaron una ojeada por la mirilla; entonces, la sordidez de la situación resultó más difícil de ignorar.

A pesar de la elevada tarifa que cobraba, la mujer era más bien feúcha y no tenía muy buen tipo. Rebecca susurró a su novio que tal vez parecía fea por la iluminación de su porche, que todo iría bien una vez que abrieran la puerta y ella entrase. Además, se sintió aliviada, ya que con una compañera de cama así no tendría que preocuparse por su propio aspecto. Sin embargo, cuando abrieron la puerta y la prostituta entró en el vestíbulo con calma, casi con timidez, con maneras más de ama de casa que de chica de compañía, los problemas no mejoraron. La mujer parecía unos diez años mayor que Rebecca. Se puso a calcular a toda velocidad si podía y debía continuar con el encuentro y olvidarse de los sentimientos de la prostituta, porque el problema ya no era cómo suavizar la explotación de un cuerpo, sino cómo evitar que esa mujer se diera cuenta de que su cuerpo no resultaba apetecible.

Rebecca rogó con todas sus fuerzas que su novio encontrara algún modo de arreglarlo. Él le dijo a la prostituta que de repente

Rebecca se había echado atrás, que no estaba preparada, un pretexto que sonaba tan poco convincente como las excusas de sus alumnos de cuarto para no practicar con sus instrumentos, aunque la mujer, que sonreía educadamente, pareció aceptar la razón o, en cualquier caso, pareció agradecida de no tener que hacer nada. Él le dio algo de dinero por su tiempo y Rebecca se despidió de ella con amabilidad, tras lo que se fue con su novio al piso de arriba, donde estaba el ordenador. Allí se quedaron mirando un rato la foto, asombrados por la inmensa diferencia entre esa imagen y la persona real, y hablaron sobre el enigma de cómo otros clientes se habrían enfrentado a esa diferencia, si sería un problema normal al contratar a una prostituta, y cómo se suponía que debían evitar que volviera ocurrir algo parecido. «Supongo que simplemente se tratará de que paguemos más dinero», dijo Rebecca.

Así lo hicieron. La segunda mujer era guapa y joven. También era diferente en la foto, pero no tanto, y Rebecca se metió entre sus pechos y sus muslos, la besó y le acarició todas las partes por las que habían pagado. Casi se perdió en las texturas, visiones y olores; al final, estaba prácticamente eufórica porque después de años y años de anhelo había roto las barreras que se levantaban entre ella y el cuerpo de otra mujer y había perdido su virginidad en ese sentido: además de dejar atrás su ruptura, había disfrutado mucho, entre otras cosas, del placer de tener los pezones de la prostituta en la boca.

Cuando Rebecca y yo hablamos, ella añadió que aunque esperaba poder hacer otro trío con una mujer pronto, y que incluso tal vez le gustaría probar con una mujer a solas, no se consideraba lesbiana, ni siquiera bisexual. No tenía dudas de que prefería la compañía romántica de los hombres. Fantaseaba sobre todo con hombres, seguía todavía felizmente con el mismo novio y, en definitiva no quería sustituirlo por una mujer. Le hablé sobre las lecturas del pletismógrafo de Chivers y le pregunté qué pensaba.

Ella empezó diciendo, entre risas, que los resultados no significaban que las mujeres quisieran en secreto tener relaciones sexuales con bonobos. Y tampoco sería correcto etiquetar a la mayoría de las mujeres como bisexuales, ni siquiera aunque muchas, como ella, sí desearan tener relaciones sexuales con otras mujeres o se permitieran a sí mismas disfrutar de esa experiencia. «Es difícil encontrar las palabras idóneas —dijo—. La frase que me viene a la mente es que es como estar embarazada de deseo. Y embarazada no es una buena palabra, por sus connotaciones. Lo que

pasa es que siempre está ahí. O siempre está listo. Y hay muchos factores que pueden reprimirlo. Hay cosas que realmente deseas y no haces. De ahí lo del embarazo. Estás llena. Estás embarazada de deseo femenino. Es la mejor forma de expresarlo.»

En un extraño. Un amigo cercano. Un amante estable.

En eso se centraba el nuevo experimento que Chivers estaba acabando de perfilar durante una de mis visitas. Los resultados hicieron que su pulso se acelerara. Lo que no ocurría a menudo. Siempre trabajaba con gran meticulosidad en su investigación; su oficina en Kingston era casi tan austera como la celda de un monje. Las paredes de ladrillo estaban casi desnudas. Sobre su escritorio había unos dibujos llenos de borrones púrpuras y verdes, obra de su hijo pequeño. En la pared de enfrente había un pequeño tríptico de grabados en la piedra de un templo hindú. En la primera imagen, un hombre copulaba con una yegua mientras otro se masturbaba; en la foto del centro, una persona lamía los genitales de la otra; en la última instantánea se veía a siete figuras humanas entregadas a un frenesí orgiástico. A pesar de su carga emocional, el tríptico era lo suficientemente pequeño para pasar desapercibido. De hecho, la habitación estaba dominada por las paredes de ladrillo y las distracciones eran mínimas. Así era como ella lo quería. De esta forma, podía imaginarse a sí misma rodeada por aquello en lo que se estaba aventurando, el bosque del deseo femenino.

Una mañana, sentada a su escritorio metálico e inclinada sobre su portátil, con la tenue luz de noviembre que entraba por la ventana, comenzó a revisar las lecturas pletismográficas que había recogido en su último estudio. Seguía con la mirada una línea roja con picos que iba de un lado a otro de la pantalla, la línea que plasma el flujo sanguíneo de un sujeto, segundo a segundo. Antes de que Chivers pudiera introducir los datos en un programa de ordenador y disponerlos de forma que tuvieran sentido, necesitaba eliminar los puntos irregulares, es decir, los momentos en los que un sujeto probablemene se había movido en la silla y había provocado así una ligera contracción pélvica, lo que se reflejaba en el pletismógrafo y lo que, a su vez, podía afectar a las lecturas y contaminar los resultados generales. Lentamente, revisaba la línea con todos sus zigzags, buscando un punto con un pico de altura inusual o no proporcional respecto a las crestas contiguas, lo que indicaba que el deseo no tenía nada que ver con este pico y que ese intervalo era irrelevante para su estudio. Detectó y borró una pequeña sección contaminada y después prosiguió con su revisión. Solía tardar dos horas en realizar este tipo de revisiones para

preparar los datos de un solo sujeto. «Me estoy quedando ciega», dijo ella mientras observaba otra cresta sospechosa.

Sin embargo, estaba emocionada con lo que estaba descubriendo con sus experimentos y encantada de pertenecer a la «masa crítica», un esfuerzo en el ámbito femenino sin precedentes. La disciplina de la sexología, fundada en el siglo XIX, había sido siempre un campo masculino. Incluso en la actualidad, las mujeres suponen sólo un tercio de los miembros de la organización más eminente en ese ámbito, la International Academy of Sex Research, y menos de un tercio participa en el equipo editorial de la revista de la academia, al que Chivers pertenecía. Así que el eros femenino no se había examinado con tanta energía como podría haberse hecho. Y una de las heroínas de Chivers, una de las mujeres de mayor edad en ese campo, Julia Heiman, la directora del Instituto Kinsey de la Universidad de Indiana, me dijo también que la sexología había consagrado muchas más décadas a documentar el comportamiento que a examinar los sentimientos que subyacen, como el deseo.

El trabajo de Alfred Kinsey a mediados de siglo XX, según me explicó, no revelaba prácticamente nada del deseo. Kinsey había empezado su carrera como entomólogo, catalogando especies de avispas; se mostraba muy cauteloso al hurgar en las emociones. William Masters y Virginia Johnson filmaron a cientos de sujetos mientras mantenían relaciones sexuales en su laboratorio y sacaron conclusiones que se centraban en la función en lugar de centrarse en los anhelos. Sólo a partir de la década de 1970, los sexólogos dirigieron su atención a lo que las mujeres deseaban en lugar de hacia lo que hacían, y después el sida acaparó toda la atención de la disciplina. La prevención se convirtió en el único interés. Sólo a finales de la década de 1990 empezó de nuevo la exploración a escala real del deseo.

En su nuevo experimento, Chivers ponía cintas de audio pornográficas, en lugar de vídeos, a sujetos femeninos heterosexuales. Meticulosa como de costumbre, siempre con la intención de duplicar sus resultados desde ángulos alternativos, quería saber, en parte, si las historias contadas producirían algún efecto diferente en la sangre, en la mente, en el hueco entre el pletismógrafo y los registros con el teclado. «Te reúnes con el agente inmobiliario fuera del edificio. Él te enseña el apartamento vacío…», «Te das cuenta de que una mujer con un vestido negro pegado al cuerpo te observa… Te sigue. Cierra la puerta y echa el pestillo…». Las escenas que sus sujetos escuchan varían no sólo según si en ellas aparece un hombre o una mujer en el papel de

seductor, sino también en función de si aparece alguien desconocido, alguien conocido sólo como un amigo o bien como un amante. Estaba la amiga empapada en traje de baño junto a la piscina o también el compañero de habitación masculino; o había una mujer extraña en el vestuario. Todo se representaba como físicamente atractivo, y todos los detalles destacados eran equivalentes: el ritmo de las narraciones de noventa segundos, la abrupta dureza de los penes, la hinchazón de los pezones.

Una vez más, cuando todo se analizaba, la distancia entre el pletismógrafo y los registros era espectacular: las mujeres afirmaban que se excitaban mucho más con las escenas protagonizadas por hombres que por mujeres; pero el pletismógrafo las contradecía. A Chivers le satisfizo la confirmación. Ahora bien, en esta ocasión lo que la emocionaba era algo distinto.

La sangre de los genitales palpitaba cuando las cintas describían episodios clasificados como X con amigas femeninas, pero el impulso era doblemente poderoso cuando se trataba de desconocidas. Los amigos de pecho amplio y fornido no provocaban apenas respuesta; con ellos, el pulso vaginal marcaba casi una línea plana. Sin embargo, los extraños de sexo masculino hacían que fluyera ocho veces más sangre.

Así, las mujeres mantenían que los extraños las excitaban menos que cualquier hombre conocido, y el pletismógrafo decía lo contrario. Los amantes de hacía mucho tiempo, masculinos o femeninos, eran superados por hombres o mujeres desconocidos, aunque los amantes fueran de ensueño, perfectos. El sexo con extraños desataba una tormenta de sangre.

Esto no encajaba nada bien con la suposición social de que la sexualidad femenina prospera con la conexión emocional, que se basa en la intimidad, en los sentimientos de seguridad. En lugar de eso, el erotismo parecía funcionar mejor con algo más crudo. Esta idea no era completamente nueva, pero solía ofrecerse como la excepción que confirma la regla: el sexo crudo era importante para unas pocas mujeres; para la mayoría era sólo una materia para fantasear muy de vez en cuando. En estas investigaciones había una prueba sistemática de lo contrario, lo que sugería una nueva norma pura y dura.

El trabajo de Chivers resaltaba la discordancia no sólo entre cuerpo y mente, sino también entre realidad y expectativas, y en torno a ella otros investigadores empezaron también a poner en duda las convenciones establecidas. Una de ellas era la vieja creencia de que la sexualidad de la mujer es, de forma innata,

menos visual que la del hombre. Kim Wallen, profesora de psicología de la Universidad de Emory, cuyos numerosos macacos rhesus solía visitar entre encuentro y encuentro con Chivers, colaboraba con Heather Rupp, una antigua estudiante y sexóloga en el Instituto Kinsey. Estaban trabajando en un proyecto que consistía en mostrar fotografías eróticas a sujetos masculinos y femeninos. Usaban el tiempo de visionado, reducido a una milésima de segundo, para medir el nivel de interés. Las mujeres contemplaban la pornografía con igual interés que los hombres. Parecía que estaban igual de cautivadas.

Terri Conley, una psicóloga de la Universidad de Michigan, había estado revisando durante años una serie de estudios elaborados a lo largo de las cuatro últimas décadas; en éstos se afirmaba repetidamente que los hombres aceptan el sexo esporádico, mientras que las mujeres, en su mayoría, lo rechazan. En dos de los experimentos mencionados, se envió al campus de una universidad a varios hombres y mujeres «con un atractivo medio», y que rondaban los veintidós años, según la descripción de los investigadores. Debían hacer una proposición a doscientos miembros del sexo opuesto: tanto si pedían una cita como si les preguntaban directamente si querían acostarse con ellos esa noche, más o menos el mismo porcentaje de hombres y mujeres (en torno al 50 por ciento) respondían sí a la cita. Sin embargo, cerca de tres cuartas parte de los hombres contestaron afirmativamente a la propuesta de irse a la cama, y ninguna de las mujeres aceptó. A menudo se habían usado los datos para argumentar no sólo una enorme sino también una intrínseca diferencia entre los deseos de hombres y mujeres. Conley creó un cuestionario para revisar el tema desde una perspectiva distinta.

A sus doscientos estudiantes universitarios, todos ellos heterosexuales, les pidió que imaginaran escenarios como éste: «Tienes la suerte de poder disfrutar las vacaciones de invierno en Los Ángeles. Un día, pasada más o menos una semana de tu estancia, decides ir a un café de moda en Malibú con vistas al océano. Mientras te tomas la bebida, levantas la mirada y te das cuenta de que el actor Johnny Depp está a pocas mesas de la tuya. ¡Apenas puedes creer lo que ven tus ojos! Y lo que todavía resulta más increíble: te devuelve la mirada y se acerca a ti…».

«¿Quieres acostarte conmigo esta noche?», preguntaba Depp a los sujetos femeninos, igual que Brad Pitt y Donald Trump. A los varones se les acercaban Angelina Jolie, Christie Brinkley (elegida por Conley porque se preguntaba si una mujer de cincuenta años

resultaría menos atractiva a pesar de su extrema belleza, cosa que parecía no ocurrir) y Roseanne Barr. El experimento puso en cuestión todas las expectativas sociales, así como los riesgos físicos, respecto al dogma establecido de que una mujer no aceptaría mantener relaciones sexuales con un extraño. El escenario de Conley se basaba sólo en la fantasía, que frecuentemente era una ventana más nítida al deseo. Los sujetos valoraron cómo les hacían sentir las proposiciones. Las mujeres estaban tan ansiosas de decir que sí a Depp y a Pitt como los hombres a Jolie y Brinkley; las mujeres parecían tan deseosas, impulsivas e incitadas como los hombres. Trump fue desechado con tanto disgusto como Barr.

Cuando Chivers prosiguió con su siguiente estudio, descubrió algo que complicaba sus observaciones, aunque también cristalizaba el crudo retrato del deseo femenino que emergía de su trabajo y de la investigación de sus colegas.

Un grupo de mujeres heterosexuales tenía que mirar fotos de genitales masculinos y femeninos. Había cuatro tipos de fotos: una mostraba un pene colgando; otra, una potente erección; la tercera, una vulva recatada, medio oculta por unos muslos tímidos; la cuarta, un «primerísimo plano de la entrepierna de una mujer», dijo Chivers con su humor irónico. En las cuatro, los genitales estaban claramente enfocados, casi como si no formaran parte del cuerpo; se podía ver poco más. En esa ocasión, la sangre de los sujetos no fluyó de forma indiscriminada. La circulación se aceleraba muchísimo más cuando una erección ocupaba la pantalla que cuando aparecía cualquiera de las otras imágenes. Paradójicamente, eso suponía una prueba de que las mujeres eran categóricas después de todo. Y esto cuadraba con lo que Rebecca había dicho: que ella no se consideraba bisexual, que sentía una preferencia inevitable hacia los hombres, por mucho que albergara deseos hacia otras mujeres. También encajaba con las tibias reacciones de los primeros sujetos de Chivers ante el adonis con el pene relajado que caminaba por la costa. Parecía que la flacidez anulaba el impacto del resto de su impresionante cuerpo. Y, sin embargo, un falo aislado, rígido, provocaba que los vasos sanguíneos de la vagina se llenaran y hacía que la línea roja del pletismógrafo se disparara, los detalles se desvanecieran y se rompieran todas las convenciones: el deseo femenino era, ante todo y básicamente, animal.

Capítulo 3

LA FÁBULA SEXUAL DE LA CIENCIA EVOLUTIVA

La historia de la sexualidad, y quizá sobre todo la historia de la sexualidad de las mujeres, es una disciplina fragmentaria. Y quienes dictaron las palabras de esos fragmentos fueron, con raras excepciones, los hombres. Los siguientes testimonios nos permiten atisbar las ideas antiguas, medievales y de principios de la modernidad del eros femenino. Lo que podemos entrever tiene un valor relativo; pero lo que sin duda puede decirse sobre estos fragmentos es que apuntan a un tipo particular de equilibrio —o desequilibrio— entre una aceptación e incluso una celebración del deseo y el instinto, por un lado, y por el otro, un miedo insuperable.

La amada en el Cantar de los Cantares de la Biblia dice:

> Yo duermo, pero mi corazón vela: oigo a mi amado que golpea.
> «¡Ábreme, hermana mía, mi amada, paloma mía, mi preciosa!
> Porque mi cabeza está empapada por el rocío y mi cabellera por la humedad de la noche.» […]
> Mi amado pasó la mano por la abertura de la puerta,
> y se estremecieron mis entrañas […].
> La pasión es tan incansable como el Sheol.
> Sus flechas son flechas de fuego, sus llamas, llamas del Señor…

Aquí no hay señal alguna de terror, tan sólo una sagrada glorificación de instinto y anhelo. También se reconoce la necesidad erótica de las mujeres en el Éxodo: «Si él toma otra esposa, no podrá quitarle nada de su comida, ni su atuendo, y tampoco disminuirán las obligaciones del matrimonio». Las palabras de la Biblia del rey Jacobo —publicada en 1611— pueden entorpecer la comprensión moderna; la misma idea, en un lenguaje más reciente, puede expresarse como: «Él no debe descuidar los derechos de la primera mujer a tener comida, atuendo e intimidad sexual».

También san Pablo, en la Primera Carta a los Corintios, dice, según la Biblia del rey Jacobo: «Que el marido conceda a su mujer la debida benevolencia». En una versión moderna de la Biblia, «la debida benevolencia» equivaldría a: «El marido debería complacer a

su mujer sexualmente».

En las plumas de los compiladores de la Biblia en tiempos clásicos aparece una pasión continua, así como un sentimiento de urgencia; ocurre lo mismo con los textos clásicos poéticos, míticos y médicos. «Eros, de nuevo, me causa una flojera en los miembros, me perturba, como una criatura incontrolable», escribió Safo. Y el Tiresias de Ovidio, que vivió como varón y mujer, afirmó que las mujeres obtienen placer nueve veces más que los hombres del sexo. Y Galeno de Pérgamo, médico del emperador romano y gran anatomista de la Antigüedad, afirmó que el orgasmo femenino era necesario para la concepción: la emisión de fluidos producidos por el clímax de una mujer tenía que producirse al mismo tiempo que el orgasmo del hombre. Los contenidos de esta sustancia femenina no parecen haberse especificado nunca, pero la exigencia de que se produzca el éxtasis, un momento que parece encajar con nuestras definiciones actuales, era para Galeno absoluta.

La explicación de Galeno dominó la ciencia durante el siguiente milenio y medio, hasta hace unos cien años. Un «cierto estremecimiento» de la mujer era clave para la procreación, según el médico bizantino del siglo V Aecio de Amida. Al erudito persa Avicena, cuyo *Canon de Medicina*, escrito en el siglo XI, se estudió en todo el mundo, le preocupaba que un pene pequeño fuera un impedimento para la reproducción. La mujer podría no quedar «complacida», podría no sentir lo suficiente para tener los espasmos de satisfacción, «en cuyo caso no emite esperma, y cuando eso ocurre se concibe un niño». Gabriele Falloppio, descubridor de las trompas de Falopio en la Italia del siglo XVI, hace hincapié en que un prepucio mal formado podría impedir el orgasmo de una mujer y por ello su fecundación.

¿Por qué el pensamiento de Galeno caló con tanta tenacidad? La longevidad de sus enseñanzas resulta todavía más desconcertante teniendo en cuenta que, en la actualidad, sólo cerca de un tercio de las mujeres afirma alcanzar el orgasmo únicamente mediante la penetración. ¿Acaso los hombres y las mujeres de la época de Galeno, y mucho después, no prestaban atención alguna al clítoris durante las relaciones sexuales? ¿Estaban mejor entrenados en los métodos de orgasmo vaginal? Los fragmentos que nos han llegado no ofrecen ninguna respuesta. En cualquier caso, si aceptamos que la habilidad sexual no era mejor entonces que ahora, ¿cómo podían no saberlo? ¿Ninguna mujer hizo saber que había concebido sin ese clímax? Indicios y teorías de procreación sin placer emergieron a lo largo de los siglos, y aun así, no se sabe cómo, las enseñanzas de

Galeno siguieron vigentes. En los dieciséis siglos pasados, el manual de asistencia en el parto más usado se titulaba *La obra maestra de Aristóteles*, y éste reafirmaba su acuerdo científico con Tiresias sobre el éxtasis superior de las mujeres y describía el papel femenino en la concepción de este modo: «Por naturaleza, la eyección de la semilla va acompañada del placer, por el estallido del espíritu inflamado y la rigidez de los nervios».

De todos modos, esta aceptación de la sexualidad de las mujeres desde la época del Éxodo en adelante no debería considerarse como el comportamiento dominante en ningún periodo. La antigua desconfianza y represión del eros femenino constituye una historia que prácticamente no es necesario contar. Eva aparece como la primera pecadora: seductora y culpable del destierro de la humanidad del paraíso. Desde Tertuliano, uno de los teólogos fundadores del cristianismo, se atribuyó la pecaminosidad de Eva a todas las mujeres. Todas las hembras estaban destinadas a ser «la puerta de entrada del diablo». Están también las transcripciones de Moisés de los avisos de Dios en el Levítico. Cuando los judíos acampan en el monte Sinaí en su viaje hacia la tierra de la leche y la miel, Dios desciende en una nube y deja claro, una y otra vez, que el centro de la anatomía sexual de una mujer se inunda con una «fuente» mensual sangrienta tan monstruosa que debe mantenerse en cuarentena: … «siete días estará apartada; y cualquiera que tocare en ella será inmundo hasta la noche. Y todo aquello sobre lo que ella se acostare mientras dura su separación será inmundo: también todo aquello sobre lo que se sentare será inmundo. Y cualquiera que tocare su cama, lavare sus vestidos, y aún después de lavarse con agua, será inmundo hasta la noche. También cualquiera que tocare cualquier mueble sobre el que ella se hubiere sentado». La letanía de corrupción continúa, incesante, hasta que se decreta que quienes «descubran» la fuente y mantengan relaciones sexuales serán expulsados de la tribu y alejados del pueblo de Dios.

Para los griegos, la mujer original era Pandora. Moldeada por los dioses con arcilla, su sumisión a sus deseos y la amenaza que planteaba —según la explicación del poeta Hesíodo: «el bello mal […] adornado con las mejores galas, con una mente ingobernable y una naturaleza engañosa»— la convertían en un personaje tan peligroso como Eva. Asimismo en la Edad Media, las brujas sedientas de lujuria dejaban a los hombres «lisos», es decir, desprovistos de sus genitales. Y a esta larga serie de pesadillas vivientes causadas por la carnalidad femenina, los anatomistas franceses y holandeses del siglo XVII contribuyeron afirmando que el

clítoris podía crecer demasiado por un exceso de tocamientos hasta convertirse en un falo hecho y derecho, de manera que las mujeres se transformaban en hombres que embelesaban a los miembros de su antiguo sexo.

No obstante, aunque el Occidente anterior a la Ilustración siempre se había sentido atemorizado por el deseo femenino, a veces también lo había ensalzado, pero siempre acorralándolo con cuidado mediante las restricciones del matrimonio. De hecho, tanto por el bien de la satisfacción sexual de las mujeres como de los hombres, la Iglesia protestante de Inglaterra prescribía mantener relaciones conyugales exactamente tres veces al mes, con una semana libre para la menstruación; sin embargo, con la llegada de la época victoriana, los esfuerzos se centraron en extinguir esa práctica. Historiadores posteriores han afirmado que la época victoriana en Europa y América no fue tan puritana como hemos llegado a pensar; sin embargo, en el tema del deseo femenino fue un periodo de feroz negación. Como con todos los cambios que sacudieron la historia, ello se debió a innumerables razones. Una explicación se remonta al siglo XVI, con las incipientes investigaciones sobre el óvulo y su función en la reproducción. Lenta y progresivamente, esto acabó con el legado de Galeno; de forma gradual separó la capacidad de las mujeres de encenderse de la capacidad de quedarse embarazadas. La libido femenina, siempre perseguida, fue cada vez menos una necesidad. Podía eliminarse sin problema.

Después, a principios del siglo XIX, las crecientes campañas feministas y el clamor de los cristianos evangélicos convergieron en torno al tema de la intachable moralidad femenina. Ambas voces se entrelazaron, se amplificaron la una a la otra. Las feministas del siglo XIX convirtieron la salvación de la humanidad, en la Tierra y para siempre, en la misión propia de la mujer; el cristianismo hizo de la femineidad su parangón. La reformista de prisiones norteamericana Eliza Farnham afirmaba que «la pureza de la mujer es la barrera eterna contra la que las mareas de la naturaleza sensual de un hombre rompen». Sin esta barricada femenina «se produciría un terrible descontrol». Y la cruzada de la educación Emma Willard proclamó que las mujeres «orbitan […] alrededor del sagrado centro de la perfección» para mantener a los hombres «centrados en su propio rumbo». Un manual norteamericano para jóvenes novias muy leído captó el inextricable espíritu feminista y el evangélico, ambos a la vez: las mujeres estaban «por encima de la naturaleza humana, y se elevan hasta la de los ángeles».

Esta actitud se encontraba muy alejada de la máxima «por naturaleza, un gran deleite acompaña a la eyección de la semilla». Lo innatamente piadoso había sustituido a lo fundamentalmente carnal. La nueva retórica inculcaba una transformación sobre la que al mismo tiempo reflexionaba. A mediados del siglo XIX, en una carta sobre los escarceos sexuales de los pastores del este de Estados Unidos, Harriet Beecher Stowe escribió a su marido: «Qué terribles tentaciones se presentan en el camino de tu sexo, hasta ahora nunca me había dado cuenta, porque aunque te quería con amor descabellado antes de casarme contigo, nunca noté o sentí el impulso que me señalase que pudiera ser tentada de ese modo, nunca hubo un momento en el que sintiera algo que pudiera llevarme por el mal camino, porque te quería como ahora amo a Dios». Y mientras tanto, el renombrado ginecólogo y escritor británico William Acton se aseguraba de dejar claro que «a la mayoría de las mujeres, por suerte para la sociedad, no les perturba sentimiento sexual de ningún tipo».

Sin embargo, más allá de la ciencia reproductiva, el feminismo y la religión, la Revolución Industrial tuvo un inmenso impacto en el pensamiento occidental sobre lo que significaba ser mujer. Las barreras de clase se estaban rompiendo; los hombres podían ascender. Esto daba un nuevo valor al trabajo y a la ambición profesional hasta un grado que nunca había existido antes, puesto que entonces la recompensa podía no tener límite. Y el trabajo requería sublimación, en palabras de Freud, que era y no era victoriano al mismo tiempo. Había que apisonar al eros, y se reorientó la libido hacia el éxito. En la época victoriana se asignó ese apisonamiento, la tarea de la restricción sexual en su conjunto, sobre todo a las mujeres.

¿Cuánto se ha avanzado en los últimos cien años, más o menos? Desde cierto punto de vista, la época victoriana parece sólo una anécdota encerrada en el pasado, y es fácil reírse de esa actitud remilgada. Esta discusión se basa en una línea de razonamiento que se aleja rápidamente de la minimización o la negación de la sexualidad femenina, una línea que pasa por las sinceras investigaciones de Freud sobre el erotismo de las mujeres, por la impetuosidad de la era del jazz y el descaro de las chicas *flapper*. También pasa por la invención de la píldora anticonceptiva, por los cambios bruscos de la década de 1960 y la revolución sexual, hasta llegar a los agresivos sujetadores en forma de cono de Madonna y los vídeos pornográficos que han grabado y distribuido famosillas de todo tipo. El argumento contrario empieza también con Freud,

con los fragmentos de sus escritos en los que representa a las mujeres, por naturaleza, con «un instinto sexual más débil», una capacidad erótica inferior; asimismo, el argumento pasa por los libros de consejos posteriores a la primera guerra mundial, como uno en el que se explicaba que, al contrario que todos los varones, «el número de mujeres que no están satisfechas con una pareja es sumamente pequeño». Desde las décadas de 1940 y 1950, comentamos la historia de Alfred Kinsey, cuyos fondos de investigación fueron revocados cuando, imperdonablemente, éste pasó de catalogar las vidas sexuales de hombres a publicar *El comportamiento sexual en la mujer*. Después, a finales de la década de 1960, apareció el superventas *Everything You Wanted to Know About Sex (But Were Afraid to Ask)*, de David Reuben, en el que se daba una regla emocional: «Antes de que una mujer pueda tener relaciones sexuales con un hombre, debe establecer una relación social con él». Y finalmente nos encontramos con la confluencia de las diferentes restricciones del pensamiento contemporáneo: entre los edictos virginales dirigidos especialmente a las chicas y mujeres jóvenes del cristianismo evangélico; las olas de pánico y proteccionismo sexual que rebasan la cultura secular cuando se trata de chicas, pero no de chicos, y la tesis ampliamente difundida por la psicología evolutiva, aunque de base dudosa, según la cual mientras que los hombres están programados para buscar la gratificación del sexo, las mujeres están programadas por sus genes para buscar la comodidad en las relaciones.

Esta confluencia es reveladora. De maneras muy sutiles aunque esenciales, el pensamiento victoriano sobre las mujeres y el sexo no está tan alejado del de nuestra época. Al mismo tiempo, la ciencia, la psicología evolutiva, constituye una influencia conservadora insospechada. La teoría evolutiva principal explica hábilmente nuestros rasgos fisiológicos, desde nuestros pulgares opuestos hasta la postura erguida y la configuración del sistema inmune. Asimismo, esta disciplina, ha florecido en las últimas décadas, se plantea usar los mismos principios darwinianos para iluminar las características de la psique humana, desde nuestra disposición para cooperar hasta nuestras inclinaciones en una de las principales áreas de investigación, el sexo. Las ambiciones de ese campo son seductoras e imprecisas; seductoras porque prometen que la gran lógica darwiniana puedan proporcionarnos una comprensión de todos los aspectos de nosotros mismos, e imprecisas porque las características son muy complejas y en gran parte podrían ser producto de la cultura, y no tanto heredadas en nuestros

cromosomas. Los psicólogos evolutivos tienen una fe absoluta en la idea de que nuestros patrones de comportamiento, motivación y emoción son primariamente las expresiones de nuestros genes. Lo que es, dirían los psicólogos evolutivos, está destinado a ser, genéticamente hablando. Es la misma regla por la que todos tenemos pulgares oponibles para coger las cosas con más facilidad y que afirma que, a juzgar por las apariencias, los varones constituyen el sexo más lujurioso.

Los líderes en este campo no dan mucha importancia al papel del aprendizaje o del condicionamiento social. Si la promiscuidad se considerara como un comportamiento normal en chicas adolescentes, y no en los chicos; si se alabara en las chicas y se condenara una conducta desagradable en los chicos; si se animara a las jóvenes en lugar de a los jóvenes, a coleccionar conquistas, ¿cómo cambiarían las vidas de las mujeres y los hombres?, ¿hasta qué punto podrían ser diferentes las apariencias que la psicología evolutiva trata como inmutables? Ese tipo de preguntas no interesa demasiado a psicólogos evolutivos como David Buss, profesor de la Universidad de Texas, en Austin, y uno de los primeros teóricos en el campo de la sexología. Prescinde de tales desafíos reuniendo pruebas de que la lujuria masculina y la modestia femenina se celebran por todo el globo. Lo generalizado de esta visión, en su opinión, demuestra que está predeterminada y genéticamente cifrada. En uno de sus manifiestos académicos acerca de la disciplina, escribió sobre el número ideal de compañeros sexuales que los estudiantes universitarios desearían tener a lo largo de su vida; la investigación demostró que los hombres daban cifras más altas que las mujeres. Observemos lo que pasa en todo el mundo respecto a las preferencias en cuanto a parejas. Desde Zambia hasta las ciudades de Arabia, y desde los palestinos hasta los habitantes de Estados Unidos, las sociedades dan un gran valor a la castidad o a cierto grado de modestia y reserva en las mujeres.

Pruebas como éstas se amontonan en las páginas de Buss. Y además añade otra realidad que es cierta en todo el mundo: desde Zambia hasta Estados Unidos, se valora que el hombre cuente con una buena situación económica, y esto lo lleva a un concepto crucial de la psicología evolutiva. Dentro del campo, se conoce como «teoría de la inversión parental». Es muy posible que el público en general no lo conozca por ningún nombre concreto. Y la mayoría de las personas comprenderá sólo vagamente los elementos que componen esta teoría. Sin embargo, el concepto central ha pasado, desde los medios académicos, a formar parte de la

conciencia general a través de los medios de comunicación. La sabiduría popular lo ha aceptado y asumido por completo. La teoría de la inversión parental se puede resumir del siguiente modo: los hombres tienen esperma sin límite, mientras que las mujeres disponen de un número limitado de óvulos; los hombres no necesitan invertir mucha energía en la reproducción, mientras que las mujeres invierten no sólo sus óvulos, sino también sus cuerpos, además de asumir las incomodidades y riesgos del embarazo y el parto; a continuación deben ocuparse de amamantar al bebé, lo que exige una inversión añadida de tiempo y calorías, así como posponer la capacidad de concebir otro hijo. En definitiva, debido a esta diferencia de exigencia en la reproducción, que todavía era mucho más importante para nuestros ancestros prehistóricos, siempre en peligro, los varones están programados desde esa época para asegurarse y expandir su legado genético mediante el reparto de su barata semilla; por el contrario, las mujeres están programadas para conseguir el máximo rendimiento de su inversión siendo selectivas, es decir, eligiendo a un varón con probabilidades de tener buenos genes y un buen cuidador a largo plazo para ella y su progenie.

Todo esto encaja sin problemas con las pruebas de Zambia, Yugoslavia, las ciudades palestinas, Australia, Estados Unidos y Japón. Asimismo, los escuetos términos económicos de la teoría suenan sólidos e irrefutables. Nuestros seres eróticos, las diferencias en el deseo que observamos entre los sexos, son las manifestaciones inevitables de las fuerzas evolutivas de hace eras. La teoría de la inversión parental cumple con uno de nuestros deseos más apremiantes: proporciona respuestas simples a la pregunta de por qué hemos llegado a ser como somos.

Sin embargo, los fundamentos de esta teoría deberían calificarse como mínimo de precarios. ¿Acaso el hecho de que se espere que las mujeres sean el sexo más recatado en Lusaka y Nueva York, en Kabul y Kandahar, en Karachi y en Kansas City, demuestra algo sobre nuestra capacidad erótica? ¿Sería posible pensar que el valor que se da al recato femenino en todo el mundo no tiene tanto que ver con absolutos biológicos como con las culturas patriarcales y las suspicacias y el miedo que provoca en éstas la sexualidad femenina?

Además, ¿qué hay de los resultados del pletismógrafo de Chivers, que convertían las apariencias en mito? ¿Qué hay de los impulsos que yacen ocultos bajo la superficie, que se agazapan dentro de las estructuras? Las percepciones de la sexualidad por parte de la psicología evolutiva pueden parecer a veces una fábula

conservadora, tal vez de forma inadvertida, una fábula con un espíritu tradicional y protector del sistema sexual establecido. Según enseña la fábula, las mujeres son «por naturaleza» el sexo más contenido; es algo innato. Lo normal. Y lo normal siempre ejerce un poder que no necesita más apoyo que el suyo y que se perpetúa porque a muy poca gente le gusta desafiarlo, alejarse de éste.

Un reciente superventas de psicología divulgativa, *El cerebro femenino*, de Louann Brizendine, inicia su argumentación basándose en la teoría de la inversión parental y sirve como ejemplo de cómo la psicología evolutiva ha extendido su visión de la sexualidad por toda la cultura. «El cerebro de una joven [es] una máquina construida para establecer conexiones», o sea vínculos. «Eso es lo que impulsa las actuaciones de la mujer desde su nacimiento. Es el resultado de milenios de procesos genéticos y evolutivos.» La máquina cerebral del chico es muy diferente; está construida para «frenesíes» de deseo.

El libro, como montones de otras obras de este tipo de psicología popular, afirma que su teoría evolutiva se apoya en algo concreto, en la tecnología conocida como resonancia magnética funcional y las imágenes resultantes del cerebro en funcionamiento. Sin embargo, la tecnología no está, ni de lejos, a la altura de la investigación. Pasar tiempo en laboratorios de resonancia magnética, quedarse mirando junto a neurólogos las imágenes mientras se envían datos de los cerebros de sujetos a los ordenadores del laboratorio, escuchar cómo esos neurólogos se esfuerzan por leer y analizar las imágenes del cerebro que aparecen en sus monitores, como yo he hecho, y preguntar sin rodeos sobre el estado de ese aparentemente milagroso equipo y sobre sus capacidades, tan alabadas por los medios de comunicación, lleva a comprender lo siguiente que nuestra tecnología no es lo suficientemente precisa para subdividir y captar las minúsculas y entrelazadas asociaciones de los sistemas cerebrales que crean nuestras complejas emociones, incluido el deseo de mantener relaciones sexuales. Cuando oímos en las noticias o leemos en una revista cosas como «el hipocampo se ilumina cuando los sujetos observan fotografías de…», nos están informando con el mismo detalle que lo haría un reportero de tráfico de televisión que estuviera mirando desde un helicóptero y sólo pudiera limitarse a decir: «Hay mucho tráfico en algún lugar cerca del norte de Nueva Jersey». Como los científicos me repetían una y otra vez, las imágenes que podemos obtener del cerebro simplemente no sirven,

al menos por ahora, para determinar nada demasiado definitivo sobre la neurología emocional femenina y masculina. Y es posible que esa tecnología no llegue a ser la adecuada para estudiar las diferencias innatas entre los sexos porque la experiencia —el uso y el desuso, los refuerzos positivos y negativos— altera continuamente los sistemas neurológicos, reforzando algunos y debilitando otros.

Afirmaciones como las que aparecen en *El cerebro femenino* —que oponen términos como «vínculo» y «frenesí» o bien afirman que una mujer, para tener sexo satisfactorio, debe estar en un ambiente «cómodo, agradable y acogedor» y, lo «más importante, tener una relación de confianza con quien esté»— son sorprendentemente semejantes a las enseñanzas del cristianismo fundamentalista. La versión secular es menos extrema, pero los mensajes son similares. Así, en gráficos de un par de programas de educación sanitaria, diseñados por evangélicos y usados en miles de escuelas públicas durante la década pasada, se afirmaba que «las cinco mayores necesidades de las mujeres» dentro del matrimonio son, primero, el «afecto» y la «conversación». El sexo no aparece en esa lista. En la página siguiente, la lista del varón está encabezada por la «satisfacción sexual». En otro gráfico titulado «Los chicos y las chicas son diferentes», en las chicas aparece un signo de igual entre «sexo» y «relación personal». En el caso de los chicos, el signo está tachado.

Así, ya sea con bases científicas o a través de la fe en Dios, se les dice a las chicas y a las mujeres cómo deberían sentirse.

Capítulo 4

MONOS Y RATAS

Con una ingobernable mata de pelo rojo sobre la cabeza, *Deidrah* estaba sentada junto a *Oppenheimer*. Le lamía la oreja; después le besaba el pecho y la barriga una y otra vez, y sus labios se detenían con cada beso. Al cabo de un rato, él se levantó y se alejó de sus atenciones, mirando de vez en cuando por encima del hombro para ver si lo seguía. Y así era.

Deidrah, la hembra más reservada del recinto, volvió a besarlo en el torso, que está cubierto de pelo blanco, mientras seguían sentados uno al lado del otro, sobre un bordillo de cemento. Su hábitat, de once metros cuadrados, está lleno de escaleras y cuerdas, y tiene diversos aparatos donados por un departamento de bomberos local, puesto que habría sido demasiado caro de crear y mantener un entorno de árboles y plantas. Tres crías de mono corrieron hacia un tubo, desaparecieron en su interior, salieron corriendo por el otro extremo y dieron media vuelta para volver a empezar, locas de alegría.

Desde una plataforma situada sobre una torre de acero, yo observaba a los animales con Kim Wallen, barba plateada y mirada encendida. Psicólogo y neuroendocrinólogo, Wallen pasaba buena parte de su tiempo allí, en Yerkes, un centro de investigación de la Universidad de Emory, que en las afueras de Atlanta, alberga a dos mil primates. Bajamos la mirada hacia el hábitat de setenta y cinco macacos rhesus, una especie de mono al que en las décadas de 1950 y 1960 se había enviado en naves espaciales que orbitaban en torno a la Tierra con el objeto de comprobar si los seres humanos podríamos sobrevivir a los viajes a la Luna. De niño, Wallen vivió en una granja porque su padre, psicólogo, decidió intentar llevar a cabo su sueño utópico de montar una cooperativa de cría de cabras. La observación de Wallen de la sexualidad animal empezó entonces. Y más adelante estuvo observando monos durante décadas.

«Las hembras eran pasivas. Ésa era la teoría a mediados de los años setenta del siglo pasado. Eso era lo que se sabía», decía recordando los inicios de su carrera. *Deidrah* tenía la cara siempre

un poco más roja que la mayoría de los macacos; esa mañana le brillaba, y se le iluminó con un rojo escarlata cuando la alzó del pecho de *Oppenheimer*. «El modelo predominante establecía que las hormonas femeninas afectaban a las feromonas femeninas, al olor de la hembra, a su capacidad de atraer al macho. Y éste iniciaba todo el comportamiento sexual.» Lo que la ciencia había pasado por alto en el caso de los monos, lo que había suprimido con gran eficacia, era el deseo femenino.

Y había descuidado más que eso. En esta especie usada como nuestros dobles astronautas, las hembras son las que intimidan y asesinan, las que actúan como generales en guerras brutales, las que gobiernan. En algunos artículos de revistas de las décadas de 1930 y 1940 se había mencionado este comportamiento, pero después había pasado inadvertido, los artículos habían caído en el olvido y nadie había vuelto a señalarlo. «Contradecía hasta tal punto las ideas instauradas sobre el papel dominante de los machos —dijo Wallen— que simplemente se ignoró.»

Lo que la mayoría de los científicos varones esperaban, y probablemente querían ver, parecía haberlos cegado. Wallen orientó su carrera a quitar las vendas de los ojos. En ese preciso momento, debajo de nosotros, una hembra arremetió ferozmente contra otra, le mordió una pata y sacudió a la más débil hacia delante y hacia atrás como si fuera una muñeca de trapo. Empezaron a oírse unos alaridos espantosos. Cuatro o cinco monos más se unieron para atacar a la víctima, que, a pesar de que consiguió escapar, fue alcanzada de todos modos. Los aullidos se volvieron más lastimeros, más penetrantes; las atacantes se amontonaron, en apariencia dispuestas a asesinarla, y después desistieron de ello inexplicablemente. Los asaltos como éste se iniciaban a menudo; Wallen y su equipo no solían ser capaces de determinar las razones. Las batallas campales, esto es, que una hembra liderara a toda su familia para acabar con otra, eran raras, pero finalizaban con varios muertos: por heridas y, según pensaban algunos veterinarios, por puro miedo e impresión. De vez en cuando encontraban el recinto cubierto de cadáveres.

Cuando consideraba la forma en que la ciencia, de algún modo, había ignorado el deseo de la hembra de mono durante tanto tiempo, Wallen culpaba no sólo a los prejuicios de la ciencia, sino también al acto sexual en sí mismo. «Cuando se observa la interacción sexual, es sencillo ver lo que el macho hace: empuja. Requiere mucha concentración fijarse en la interacción completa y ver lo que hace la hembra, pero una vez que realmente se ve ya no

es posible pasarlo por alto de nuevo.»

Deidrah toqueteaba el estómago de *Oppenheimer*, lo acariciaba, desesperada por ganar sus favores. Se dejó caer boca abajo, inmóvil bajo un rayo de sol. Ella lo besó donde podía llegar, de nuevo en su oreja. El color rojo de la cara se acercaba al neón. Estaba cerca o en plena ovulación, y tenía las hormonas del deseo altas. En lo que respecta a sus ciclos y al sexo, las hembras mono se pueden situar en algún punto entre los mamíferos inferiores y los humanos; el emparejamiento de macacos rhesus no se limita al tiempo de la ovulación, pero en la mayoría de las situaciones es más probable que ocurra en ese momento.

Lo que sucede entre los ovarios de *Deidrah* y su cerebro mientras acosa y acaricia a *Oppenheimer* sólo se comprende parcialmente; sin embargo, la forma en que la bioquímica afecta a las mujeres es incluso más complicada. Básicamente, las hormonas sexuales que producen los ovarios y las glándulas adrenales (testosterona, estrógenos) preparan las regiones primitivas del cerebro, una zona que no está lejos del bulbo raquídeo y que comparten especies muy diferentes, desde el *Homo sapiens* hasta los lagartos. Este baño hormonal afecta a los intricados sistemas de neurotransmisores, como la dopamina, que envían señales dentro del cerebro, y esto, a su vez, altera la percepción y provoca, tanto en personas como en ratas, el deseo. La creencia de que los animales, especialmente las especies menos avanzadas que los primates, no experimentan deseo, que su emparejamiento está programado hasta el punto de convertirlos en autómatas sexuales, es errónea, como pronto me aclararía Jim Pfaus, un neurocientífico de la Universidad de Concordia, en Montreal.

En ese momento, en el lado más alejado de las escaleras y las cuerdas, *Deidrah* besuqueaba la oreja de *Oppenheimer* cada vez más ardientemente. Voluminoso y aletargado, *Oppenheimer* y el otro macho adulto del hábitat no participaban por completo de la vida del recinto. No pertenecían a ninguna familia en particular. Eran simplemente sementales, y su estatus periférico reproducía el papel del varón en estado salvaje. Allí, en las montañas asiáticas o en los bosques de las tierras bajas, los machos adultos acechaban en los márgenes de los territorios dominados por hembras. Las hembras los invitaban para que cumplieran con su función sexual. Los machos permanecían allí, deseables y disponibles, hasta que las hembras perdían el interés en ellos. Entonces, los echaban y los sustituían. En sus recintos, Wallen sustituía a los sementales e introducía nuevos machos cada tres años, tras lo cual se volvían

irrelevantes, sus encantos se desvanecían y la frecuencia de sus cópulas, casi siempre iniciadas por las hembras, disminuía. En estado salvaje, parecía que conservaban su atractivo sólo un poco más de tiempo.

«Las hembras de macaco rhesus son muy xenófobas con otras hembras —dijo Wallen—. Si se introduce a una nueva hembra en el recinto, la acosarán hasta la muerte. Sin embargo, con los machos, a las hembras les gusta la novedad.»

Oppenheimer, de la boca pálida y lomo rojizo, volvió a saltar una vez más, y *Deidrah* lo siguió. Una cría suya, de menos de un año, corrió tras ella. Los ayudantes de Wallen adoraban a *Deidrah*. Les encantaban sus mechones de pelo fuera de control; les seducía su personalidad, la tranquila dignidad que transmitía la mayor parte del tiempo, aunque no en ese momento, y les emocionaba la devoción con que ejercía de madre. El año anterior, la agitación en el recinto las había hecho vulnerables a ella y a sus hijos. Muy asustadas, sus crías se agarraban a ella y no la soltaban. «Literalmente, apenas se podía levantar y caminar sin que sus hijos la arrastraran —explicaba Amy Henry, una ayudante—. Una cría se sujetaba a la cola. Y no la soltaba de ninguna manera. Ella lo aceptaba todo con gracia. Sabía que era su responsabilidad tranquilizarlos y transmitirles que todo iba bien. Siempre ha sido un mono de perfil bajo, pero se emociona mucho cuando pare. Y se involucra mucho. La he visto llevar a su hija a la espalda durante mucho tiempo, hasta el mismo momento en que ha tenido una nueva cría. No todas las madres hacen eso.»

Sin embargo, mientras acosaba a *Oppenheimer*, el instinto maternal había desaparecido. No parecía ni ver ni reconocer a su cría, la dejaba constantemente sola, pese a que ésta continuaba persiguiendo a su madre. *Deidrah* se colocó delante de *Oppenheimer*, en cuclillas, y golpeó el suelo con la mano con un ritmo *staccato*. Siguió dando esos golpes persistentemente, el equivalente para el rhesus a desabrochar el cinturón de un hombre. Aunque su gesto albergaba cierta indecisión. «Está siendo cuidadosa porque todas las hembras que la rodean son de un rango superior», dijo Wallen. Si éstas y sus familias decidieran, por alguna razón, impedir que ella copulara con él, podrían herirla y morderla hasta la muerte.

En la década de 1970, Wallen empezó a darse cuenta de que las hembras rhesus son las agresoras en el sexo gracias a un patrón que descubrió en la escuela de posgrado. En su universidad, parejas de monos adultos —una hembra y un macho— eran confinados en jaulas de tres por dos metros y medio. En un laboratorio en Gran

Bretaña sobre cuyo trabajo había leído, las jaulas eran mucho más pequeñas. A ambos lados del océano, se habían extirpado los ovarios a las hembras; los científicos se dedicaban a registrar las cópulas del macaco cuando le faltaban las hormonas de los ovarios. Y Wallen, mientras comparaba las dos series de resultados, se quedó asombrado por el hecho de que las parejas que ocupaban las jaulas más estrechas mantenían muchas más relaciones sexuales. «Así que recurrí a la literatura en busca de experimentos similares que se hubieran hecho en jaulas de diferentes tamaños, y la relación quedaba bastante clara. En las jaulas más pequeñas era donde se practicaba más sexo; en las más grandes, donde menos, y en las intermedias, la cifra se quedaba entre una y otra.»

Wallen llegó a Yerkes y, tras ver a los rhesus en los amplios recintos del centro —hábitats cuyo tamaño se acercaba más a las condiciones naturales—, desarrolló su idea sobre cómo los confinamientos en poco espacio habían promovido la visión aceptada de la sexualidad de los monos: había hecho menguar el papel de la hembra y distorsionado la verdad.

La cuestión es que si ponemos a un varón y a una hembra en una jaula pequeña, sin importar cual sea el estado hormonal de la hembra —incluso si tiene ovarios o no—, la pareja tendrá muchas más relaciones sexuales, en parte, según llegó a comprender Wallen, debido a que la proximidad entre ellos se asemeja al tipo de acoso al que *Deidrah* estaba sometiendo en ese momento a su compañero. Este tipo de señales sexuales, creadas por las dimensiones limitadas de las jaulas de los experimentos, incitaban a los machos a montar a las hembras. Los machos parecían ser los que iniciaban el proceso. Ahora bien, si se pone a un macaco rhesus en una situación menos artificial, el sexo pasa a depender casi por completo del seguimiento de la hembra, de sus incesantes acercamientos, de sus besos y caricias, de sus mimos en la barriga y de sus golpecitos; esto es, de su deseo. Sin su flujo de hormonas de ovulación y sin la preparación de su cerebro, la cópula no se producirá.

Y en lo que respecta a la mayoría de las restantes especies de mono, ¿son las hembras las iniciadoras de las relaciones sexuales? La respuesta no se conoce todavía, pues, según me dijo Wallen, no se ha llevado a cabo ningún estudio suficientemente meticuloso. Nombró tres especies en las que las hembras son las acosadoras: capuchinos, macacos de Togian y el macaco cola de cerdo. Con sus grandes colas y sus caras de ébano, las hembras de langur también inician la actividad fervientemente. Y a finales de la década de 1980 entre los orangutanes más grandes se documentaron escenas

como la siguiente: recostados sobre su espalda, mostraban sus erecciones a las hembras y las esperaban pasivos; entonces éstas se acercaban, los montaban y copulaban. Por lo que se refiere a los bonobos, con su pelo extrañamente separado y su reputación de desenfreno, las hembras practican sexo ávidamente con machos y también entre ellas.

Al fin, mientras *Deidrah* seguía repicando su alocado código morse en el suelo, *Oppenheimer* se levantó. De pie, tras ella, le puso las manos en las caderas. Y, sin más, consiguió lo que buscaba, sus veloces empujones. Se movió hacia delante y hacia atrás en pleno frenesí. De repente hizo una pausa, se apartó brevemente, le tocó los costados y volvió a penetrarla para proseguir con las embestidas. Copulaba con ella y se apartaba en repetidas ocasiones. Cuando él eyaculó, con los muslos temblorosos y los ojos nublados, ella volvió su cara para mirarlo, chasqueó los labios con rapidez, se volvió para cogerlo y tiró de él con violencia.

Su satisfacción había durado poco. Al cabo de unos minutos estaba acosándolo de nuevo. En algunos momentos, había pasado a centrarse en otro macho. «Mantiene sexo —explicó Wallen sobre las hembras rhesus en general—, y cuando él reposa tras eyacular, ¿qué hace ella? Inmediatamente se levanta y se va a buscar a otro.» Sin dejar de observar el recinto, se preguntaba, como había hecho muchas veces, si la libido de las mujeres funciona de forma similar, y si «son las convenciones e imperativos sociales lo que impide que las mujeres actúen frecuentemente o ni siquiera se atrevan a reconocer la intensidad de la motivación a la que obedecen los monos». Él mismo se respondió: «Creo con certeza que es así».

Wallen no pretendía defender que hubiera una perfecta correlación entre *Deidrah* y la hembra humana media. Las distinciones entre ambas incluían el impacto de la ovulación, que en las mujeres es mucho más sutil. En consecuencia, él y su antigua estudiante doctoral Heather Rupp habían estado intentando comprender cómo los ciclos hormonales mensuales de las mujeres estimulan los neurotransmisores del deseo. En un estudio, habían formado tres grupos de mujeres heterosexuales, a las que les mostraban cientos de imágenes pornográficas similares —todas protagonizadas por mujeres y hombres— en tres rondas y en diferentes momentos del ciclo de las mujeres. De nuevo, Wallen y Rupp destinaron el tiempo de observación a medir el interés de los sujetos en el porno. El resultado era predecible: en la primera ronda, las mujeres que estaban próximas a ovular se quedaban mirando durante más

tiempo que los demás sujetos. Pero hubo algo que los pilló por sorpresa: estas mismas mujeres, que habían recibido su primera ronda de porno justo a mitad del ciclo, cuando se producen picos de testosterona y estrógeno, seguían cautivadas cuando volvían al laboratorio para su segunda y tercera ronda, aunque el mes seguía pasando y esas hormonas se desvanecían. Las mujeres cuyo visionado inicial se producía durante periodos con hormonas bajas tampoco se quedaban embelesadas cuando ovulaban. Les afectaba igual de poco. Tal vez, pensaba Wallen, se producía algún tipo de excitación o una indiferencia condicionados. En las rondas posteriores, aventuraba, los sujetos seguían inconscientemente vinculando el laboratorio, el equipo y el porno a su reacción ante el primer visionado.

«La lección —dijo Wallen— que se puede sacar es que no es deseable que una mujer se forme la primera impresión de uno cuando está en la fase menstrual equivocada. Nunca podrá recuperarse», se rió.

Nuestra conversación en la plataforma que hay sobre el recinto volvió bruscamente a la primatología, a las pruebas que nos proporcionaban nuestros ancestros animales. Wallen habló sobre las enormes ansias sexuales de *Deidrah* y sobre las restricciones en las mujeres basadas en un sentido general de peligro, un miedo semiconsciente a la desintegración social. Eso es lo que se oculta tras la constricción. Y mientras escuchaba, y también después, al repasar con meticulosidad toda la información, pensé en los terrores históricos, los arquetipos carnales: las brujas, cuya maldad «proviene de la lujuria carnal, que en las mujeres es insaciable», según la doctrina cristiana de la Inquisición, «la boca del útero […] nunca satisfecha […] donde para satisfacer su lujuria se emparejan incluso con demonios»; y en Eva, sobre cuyo pecado se construye todo el cristianismo, pues por su culpa, por su maldad, el Hijo de Dios tiene que morir, sacrificarse para que la humanidad pueda tener la oportunidad de redimirse. Éstos son los cimientos que yacen bajo la religión principal de nuestra cultura y están incrustados en nuestra psique social. Y también pensé en la monogamia, en nuestra idea básica de que frena el caos y el colapso sociales; reflexioné, además, sobre nuestra concepción (la desesperada inversión de nuestro terror) de que la libido femenina está limitada y de que las mujeres son las guardianas naturales de la monogamia. Así controlábamos nuestro miedo.

¿Por qué, desde publicaciones académicas igualmente oscuras, la

teoría de la inversión parental había llegado a impregnar los supuestos culturales durante las décadas recientes, mientras que los hechos ancestrales no recibían el reconocimiento merecido según los estudios realizados con monos? Aceptamos la ciencia que nos tranquiliza, la ciencia que queremos oír.

«Este órgano sirve a un dios del placer», dijo Jim Pfaus. Sujetaba entre sus manos una réplica de plástico del cerebro humano. Un bigote, una perilla y un pendiente de aro adornaban su rostro animoso. Las grandes compañías farmacéuticas recurrían a su experiencia como neurocientífico y a los laboratorios en la Universidad de Concordia siempre que querían probar con ratas un nuevo medicamento que pudiera servir como afrodisiaco para las mujeres; hasta la fecha, ninguno había funcionado. En los laboratorios, situados en un sótano de la universidad, estudiaba sus ratas, que ocupaban varias jaulas, y en una sala quirúrgica anexa les extirpaba los cerebros, del tamaño del pulgar de una persona, desde el nudillo del centro hasta la punta.

Pfaus estaba obsesionado con la forma en que las ratas veían y sentían, aprendían y deseaban. Cuando quería investigar, por ejemplo, qué grupo exacto de neuronas se activaba por un tipo de estimulación, por una incitación del cérvix a la cópula o por la emoción de ver a un macho deseable, aplicaba, entre otros, el siguiente método: mataba a una rata hembra, tras estimularla a la cópula, extraerle el cerebro, colocar el órgano en un aparato parecido a un cortador para fiambres y hacer un corte transversal, infinitesimalmente delgado. Tras observar ese fragmento por un microscopio, podía precisar la actividad neuronal desarrollada de forma reciente fijándose en los pequeños puntos negros que le indicaban dónde se habían producido ciertas moléculas proteínicas derivadas de la comunicación celular.

Pfaus —que en su tiempo libre lideraba una banda punk llamada Mold— se había decido por su especialidad debido a una mujer. Hasta finales de la década de 1970, los científicos no estudiaron el deseo en las hembras de rata. No lo veían; no existía; como con los rhesus, los científicos se fijaban en el comportamiento de la rata hembra durante el acto sexual, no en lo que hacía para llegar allí. Y lo que ésta hace durante el acto mismo es quedarse paralizada. Se congela en una posición llamada «lordosis», con la columna caída y el trasero hacia arriba, para que el macho pueda penetrarla. El sexo entre ratas requiere que la hembra presente *rigor mortis*. Ante eso, es fácil aceptar que la hembra es completamente pasiva, sin voluntad,

un recipiente cuyo perfume involuntario atrae al macho. Una ignorancia científica similar había impregnado nuestra forma de comprender el comportamiento de las hembras de todo el mundo animal, y la «receptividad» era el término clave.

Sin embargo, Martha McClintock, como Wallen, contribuyó a que la comunidad científica tuviese una comprensión más profunda. McClintock había empezado a ganarse cierta fama años antes, mientras todavía era una estudiante universitaria en el Wellesley College, una institución sólo para mujeres. Argumentó que las mujeres que viven cerca unas de otras responden a los aromas hormonales de las demás, lo que provoca que se sincronice el tiempo de sus periodos menstruales. Su trabajo se publicó en la venerada revista *Nature*. Enseguida llamó la atención respecto a los requerimientos de las hembras de rata en forma de carreras y saltos específicos, así como movimientos de cabeza y brincos: todos ellos son métodos para incitar al macho a que ponga las patas delanteras en los flancos de la hembra; para que mueva sus patas con el zumbido que instantáneamente la inmoviliza, como si la hipnotizase, de modo que el macho pueda deslizarse en su interior. Mientras Pfaus y yo hablábamos sobre todo ello delante de una hilera de jaulas de plexiglás, una de sus hembras tomó la iniciativa, como ocurría a menudo. Centró la atención en un macho impasible, que no parecía interesado por el sexo, se colocó tras él, se montó sobre su lomo y empezó a moverse, como si quisiera darle una idea de lo que buscaba. ¿Cómo, se preguntaba con asombro Pfaus, la ciencia podía haber pasado por alto aquel comportamiento?

McClintock también documentó que si la hembra se escapaba de su compañero, si se aseguraba de escabullirse en medio del coito, lograba que el sexo no acabara demasiado rápido para ella. En cualquier circunstancia, tanto en el sexo de ratas o de monos, la cópula se repetía constantemente hasta que el macho eyaculaba. Según mostraban los experimentos con ratas, a las hembras les gustaba prolongar el proceso para que durara más de lo que el macho habría preferido. En resumen: las llamadas de atención y la preferencia por unas relaciones más duraderas sugerían voluntad y deseo.

Asimismo, McClintock estableció que la hembra, al ejercer el control sobre el ritmo de la cópula y conseguir alargar la estimulación y el ritmo que la complace, aumenta sus posibilidades de quedarse preñada. Y mucho. Las penetraciones extra, decía Pfaus, causan contracciones que ayudan al esperma a recorrer su camino hacia el útero y, cuanto más profundas son —puesto que el

macho, al verse privado de la eyaculación, empuja más adentro—, la rata llena o sacude la cérvix de tal manera que provoca una liberación de hormonas que ayudan a sustentar un óvulo fertilizado.

El embarazo, sin embargo, no es una motivación animal, tal y como McClintock y Pfaus, o Wallen con sus monos, vieron claramente. Habían llegado a un punto crítico en sus investigaciones. Las «especies» animales están diseñadas para perpetuarse, para reproducirse, pero al animal «individual» no lo mueve la reproducción. La rata no piensa «quiero tener un bebé». Esa planificación está más allá de sus capacidades. Se mueve por una recompensa inmediata, por placer, y la gratificación tiene que ser lo suficientemente poderosa como para sopesar el gasto de energía y el miedo de ser atacada por competidores o depredadores que podrían llegar a reclamarlo. El animal tiene que superar el terror a ser asesinado mientras está entregado al frenesí sexual. La gratificación sexual ha de ser extremadamente alta.

Pfaus ha estado siguiendo los primeros pasos que dio McClintock. En parte debido a su investigación, entendió que el cerebro de una rata no es simplemente un cerebro, sino una mente, y que la experiencia psicológica de una rata podría ser una reveladora versión de nuestra propia experiencia. Su conocimiento se alimentaba de una batería de experimentos, de cortes de cerebros, de inyecciones de fluidos que estimulaban o bloqueaban un neurotransmisor u otro, de observaciones de ratas que toman decisiones en todo tipo de hábitats y escenarios cuidadosamente construidos. En una serie de estudios basados en el trabajo de McClintock, usó una jaula especial dividida en dos por una lámina de plexiglás. Esta división tenía agujeros lo bastante grandes para que una rata hembra, pero no un macho, pudiera colarse. Así, una hembra podía determinar el ritmo del sexo pasando de un lado al otro, una y otra vez. «Las ratas hembras hacen lo que más les gusta. Con la lámina divisoria, consiguen un sexo mejor, una estimulación vaginal y de clítoris. Incluso una mejor estimulación cervical.» En otro estudio, Pfaus demostró que las relaciones sexuales estimulaban el clítoris de las ratas: un colega había pintado a los machos con tinta y después había señalado las áreas tintadas en sus compañeras. Respecto a los orgasmos, Pfaus no podía estar seguro de si las ratas hembras los tenían; no había ninguna señal que saltara a la vista, como la eyaculación de los machos, para marcar esa explosión subjetiva. Pero tenía la plena certeza de que existía placer y también un deseo muy intenso.

La prueba de esta certeza era la siguiente: si, justo después de

que una rata termine una larga sesión de copulación, se la coloca sola en otro espacio, asociará el nuevo espacio con el sexo del que acaba de disfrutar, de modo que cuando se le dé la opción entre ese nuevo espacio y otro, preferirá pasar el tiempo en el que asocia con la cópula. Tomará esta decisión aunque la estancia alternativa se disponga de una forma mucho más apetecible, aunque el espacio alternativo permanezca a oscuras —lo que a un animal nocturno le da sensación de seguridad— o la cámara unida al placer esté plenamente iluminada y le indique un peligro mortal. Si se hace la misma prueba con una hembra que acaba de tener una relación rápida y poco satisfactoria, la hembra optará por el espacio oscuro.

Una de las estudiantes de posgrado de Pfaus había filmado un ejemplo de demostración directa de deseo, de motivación derivada de la expectación aprendida de la recompensa, igual que se desarrolla el deseo en los humanos. Sentado delante de mí, en su oficina, unos cuantos pisos más arriba de donde estaban las jaulas de ratas, Pfaus puso el vídeo. En él, la estudiante cogía una rata hembra y con un pequeño roce le acariciaba el clítoris, que sobresalía de los genitales como una pequeña goma. La acarició unas cuantas veces, tras lo que volvió a poner al animal en su jaula. Rápidamente, la criatura asomó la nariz por la puerta abierta. Clavó los dientes en la manga blanca de la bata de la estudiante y tiró de la mano de la mujer hacia el interior de la jaula. La estudiante volvió a acariciarle el clítoris y la dejó otra vez; de nuevo el roedor le mordió la manga y tiró de ella para comunicar, sin lugar a dudas, lo que deseaba. Esto siguió una y otra vez.

Mientras observábamos el vídeo, Pfaus mencionó las omisiones anatómicas que habían entorpecido nuestra comprensión del clítoris —tanto de las ratas como de las mujeres— hasta hacía sólo una década. Este órgano, de unas dimensiones considerables, se prolonga internamente en forma de bulbos y alas. Éstas se hallan dispuestas, en parte, justo detrás de la pared frontal de la vagina. Aun así, esta estructura llena de terminaciones nerviosas había pasado desapercibida para los anatomistas modernos, que o bien no la dibujaban o no le daban importancia. Parecía que la ciencia había disminuido este órgano voluntariamente, recortándolo de forma metafórica. Fue otra lección sobre la minimización del deseo de las mujeres. Más tarde, a finales de la década de 1990, Helen O'Connell, una uróloga australiana, detalló toda la extensión del órgano y sus muchos centímetros de longitud. Y defendió que existía una sensibilidad a la presión de la pared vaginal, la misma sensibilidad que es quizá responsable de los orgasmos vaginales y

posiblemente explica el legendario y discutido punto G. O'Connell fue directa sobre lo que se les había pasado por alto a sus predecesores. «Todo se reduce —dijo ella— a la idea de que un sexo es sexual y el otro es reproductivo.»

Pfaus desmontó su maqueta de plástico de un cerebro humano y puso los dedos sobre los pliegues. Habló sobre los neurotransmisores, que definen el eros tanto para las mujeres como para los hombres. En cierto sentido, la libido tiene dos niveles. Está el ámbito inferior, en el que las hormonas producidas en los ovarios y en las glándulas adrenales flotan por el flujo sanguíneo hasta el cerebro y disparan la producción de los neurotransmisores del cerebro. Cómo se produce exactamente este impulso hormonal es todavía un misterio, igual que la cantidad de combustible que se necesita para mantener la producción en marcha. El ámbito superior es el cerebro en sí mismo, el campo de los neurotransmisores. Estos agentes bioquímicos, no las hormonas inferiores, constituyen la esencia del deseo.

La dopamina, cuyos átomos están dispuestos como una cabeza en forma de antena y una cola con pinchos, es, en cierto modo, la personificación molecular del deseo, su principal portador químico. No se limita a eso: se desplaza a través de una multitud de subregiones del cerebro, se genera en infinitas relaciones con otros neurotransmisores y produce todo tipo de efectos, desde el control motor (el temblor y la lentitud de los enfermos de Parkinson se debe a una falta de dopamina) hasta la memoria. No obstante, también es la sustancia que provoca el deseo. Y mediante su minicortador, Pfaus había reducido sus objetivos a dos pequeños territorios situados en el núcleo principal del cerebro: el área preóptica intermedia y el área tegmental ventral. Eran el corazón del sistema sexual de la dopamina, me explicó él, «la zona cero del deseo».

Desde este epicentro primitivo, la dopamina se propaga hacia fuera. «Una descarga de dopamina es una inyección de placer —continuó Pfaus—. Lo intensifica todo. Es como oler a un amante de cerca, como cuando una mujer aspira el olor corporal de la camiseta del hombre que desea. Es el inicio de un revolcón. Se trata de querer poseer; de desear más.»

Sin embargo, para que toda la excitación provocada por la dopamina se centre en un objeto, para que pueda sentirse como deseo, y no como un caos sin orden ni concierto, ésta tiene que trabajar en equilibrio con otro neutrotransmisor, y la serotonina desempeña ese papel indispensable. Al contrario que el impulso

voraz de la dopamina, explicaba Pfaus, la serotonina transmite saciedad. Las ratas hembras a las que se ha dado antidepresivos (como los inhibidores selectivos de la recaptación de la serotonina, o ISRS) que refuerzan la serotonina pasarán menos tiempo cortejando a los machos. También doblarán menos el lomo, y no levantarán tanto el trasero para adoptar la postura adecuada con los machos con los que se emparejan.

Pfaus enfatizaba la importancia de comprender las virtudes de la serotonina. Van más allá de mantener la depresión alejada. Este neurotransmisor también permite que el lóbulo central del cerebro, más concretamente el córtex prefrontal, la región encargada de planificar y del autocontrol, se comunique efectivamente con otras partes del órgano para ejercer lo que se conoce como función ejecutiva. La serotonina reduce la necesidad y el impulso urgentes; promueve las ideas sensatas y las acciones ordenadas. El problema, no obstante, es que si la serotonina ejerce un efecto mayor que la dopamina, es probable que una mujer se encuentre pensando en el horario del día siguiente mientras hace el amor, en lugar de sentirse abrumada por las sensaciones y el deseo. Ahora bien, si la serotonina y la dopamina se dan en el equilibrio correcto, la energía erótica no se verá eclipsada ni por la lista de cosas que hay que hacer al día siguiente ni se dispersará en el caos. Con el lóbulo frontal y el núcleo del deseo en armonía, el deseo adquiere forma y fuerza.

A pesar de la precisión de su cortador, que podía llegar a la amplitud de un micrón, Pfaus no estaba en absoluto cerca de describir por completo la interrelación de neurotransmisores. Sin embargo, apuntó que existía un tercer tipo de transmisor esencial para el eros: los opioides, que surgen con el orgasmo y alcanzan su nivel máximo cuando se produce una descarga de dopamina, de manera que echar un vistazo al musculoso pecho de un amante o leer un párrafo de literatura erótica proporciona una oleada menor de gozo opioide. Al describir este placer, mencionó las variedades más potentes de opioides, los subproductos de las amapolas: la morfina y la heroína. Si se envían estas drogas al cerebro, la satisfacción es tan profunda —mucho más que el bienestar producido por la serotonina— que la inercia se apodera del sistema. Tanto la región ejecutiva como el centro de deseo se apaciguan; la dirección y el impulso se anulan. En las formas menos potentes que proporciona el orgasmo, la descarga de opioide produce un sosiego menor. Mientras tanto, se inicia un proceso paradójico. Aunque los opioides son tranquilizantes, preparan el cerebro mediante la

dopamina para que pueda volver a estimularse. Los orgasmos subyugan el cerebro y lo incitan a buscar más. Incluso dejando al margen del orgasmo (puesto que Pfaus no podía estar seguro de que sus ratas hembra llegaran al clímax), observó el poder del placer opioide en su laboratorio. Si se introduce a las ratas hembras alguna sustancia química que bloquee ese éxtasis, pierden su deseo de tener sexo.

Pfaus, con su pendiente brillante de aro, un hombre cuya mente se paseaba siempre entre roedores y humanos, tradujo ese descubrimiento en unas pocas palabras: los hombres cumplían mejor. Aprendían mejor, se portaban mejor y seguirían teniendo un mejor comportamiento.

Eso no resolvería los problemas de los hombres, ni tampoco calmaría sus preocupaciones. Una mañana dio una clase a sus estudiantes universitarios sobre el efecto Coolidge, un estándar en los libros de texto sobre la sexualidad, una expresión de lo que Pfaus desdeñaba como «trucos» de psicología evolutiva. El efecto Coolidge recibe su nombre de la siguiente historia: un día, el presidente Coolidge y su mujer estaban de visita en una granja experimental del Gobierno, que recorrieron separados. Cuando la señora Coolidge llegó al patio de los pollos, se fijó en las frecuentes cópulas del gallo y preguntó a su guía cuántas veces ocurría al día. «Docenas de veces cada día», le respondió éste, a lo que ella replicó: «Por favor, dígaselo al presidente cuando venga por aquí». El guía hizo lo que ella le había pedido cuando llegó el presidente. «¿Y lo hace con la misma gallina cada vez?», le preguntó el político. «Oh, no —respondió el hombre—, con una gallina diferente cada vez.» Y el presidente dijo: «Por favor, dígaselo a la señora Coolidge».

La historia se emplea para sustentar el principio de que el deseo del macho se alimenta de la variedad de parejas sexuales. Pfaus se burló de la creencia de que esto ocurre en menor grado en las hembras. Las hembras roedoras, según explicó a sus estudiantes, dan muchos saltos y corretean a toda velocidad para conseguir nuevos compañeros. E inclinan los lomos de forma pronunciada para que al nuevo macho le cueste menos penetrarla.

Durante una de nuestras charlas, Pfaus dejó de hablar de las pruebas que había acumulado y tomó el camino de la especulación. «Cuando se estudie por completo a esta generación de jóvenes —dijo él, hablando a toda velocidad—, se verán más comportamientos de tipo masculino, más mujeres que elijan a hombres, más mujeres que se larguen después de acostarse con alguien, que mantengan

relaciones sexuales sin esperar vínculo alguno, más chicas que vean porno en el ordenador de su habitación y se masturben antes de empezar los deberes.»

No estaba claro en qué horquilla de edad estaba pensando, si se refería a niñas que por entonces tenían doce años o a mujeres de veinticuatro; no quedaba tampoco claro cómo explicaba la liberación que creía que se estaba produciendo, aunque parecía que, en parte, tenía que ver con internet. Yo no podía evitar preguntarme si había alguna señal concreta de que la tendencia que él apuntaba fuera real. ¿De verdad las chicas y las mujeres estaban viendo más material pornográfico? ¿Se acercaba su consumo al de los hombres? Sólo había respuestas a medias, pruebas no concluyentes. Los datos más creíbles los proporciona Nielsen, la empresa que registra los índices de consumo: según uno de sus informes, uno de cada tres usuarios de pornografía por internet es una mujer, mientras que cuatro años atrás la proporción era de una entre cuatro. Y terapeutas especializados en la adicción a la pornografía, citados en prensa, afirmaban que los porcentajes de pacientes femeninas iban en aumento. De todos modos, la pista más ilustrativa era, probablemente, el grupo de admiradoras de James Deen.

Deen, cuyo nombre él mismo ha escogido y decidido cómo escribirlo, es una estrella del porno que ha rodado dos mil escenas durante los últimos ocho años, escenas en las que se invita a pasar a un repartidor para hacerle una felación; en las que un director enseña una lección a una nueva colegiala; en las que se somete a una rubia encadenada y amordazada, o en las que una MQMF* consigue lo que va buscando. Todas estas escenas, como la mayoría de las películas producidas por la industria pornográfica —que mueve trece mil millones de dólares al año—, están dirigidas principalmente a los hombres. Sin embargo, esas escenas habían enganchado a chicas adolescentes, tal y como demostraban sus decenas de miles de seguidoras de Twitter. Lo veían en páginas web como PornHub, Brazzers y Kink; intercambiaban sus imágenes, programaban sus ordenadores para que captaran cualquier mención de su nombre; le enviaban propuestas de matrimonio. La locura se incrementó gracias a un perfil biográfico en el programa *Nightline* de la ABC, en cuya introducción se hablaba de «el joven al que su hija adolescente puede estar viendo en secreto» y «una estrella del porno para la generación Facebook». Las publicaciones *GQ, New York Observer* y *The Guardian*, en Inglaterra, se apuntaron después. Algunas seguidoras decían que les atraía su aspecto de chico normal

o cómo miraba a las mujeres a los ojos mientras representaba su papel; pero, al margen de su complexión esbelta y la posibilidad de que mantuviera un contacto visual ligeramente mayor que el habitual del típico macizo que hace porno, lo básico era lo básico: una erección de tamaño enorme, un diálogo mínimo, cierta dosis de violencia, muchos gemidos femeninos y muchos primeros planos de genitales «He estado metido en el sexo duro buena parte de mi vida —dijo en una entrevista—, así que no, no se me da mal.»

Al igual que la popularidad de Deen, el creciente éxito de Suki Dunham como empresaria señaló que se estaban produciendo ciertos cambios que, en su caso, oscilaban según el rango de edad. En una granja situada en la ciudad de New Hampshire, de cuatro mil habitantes, que estaba rodeada de una valla blanca y tenía una casa en el árbol del patio de atrás para sus dos hijos, Dunham diseñaba vibradores de última generación como el Freestyle y el Club Vibe 2.OH.

Los predecesores de esos instrumentos llevaban en el mercado más de un siglo. Inicialmente los habían utilizado médicos y enfermeras que creían que debían masajear a las pacientes hasta el «paroxismo» como cura para la histeria; pero durante las últimas décadas, el porcentaje de mujeres que admitía usar un vibrador había pasado de uno a cincuenta, y desde hacía unos años los vibradores ya estaban en los estantes de los centros comerciales, en las farmacias y en las droguerías Duane Reade. Trojan, una empresa de preservativos, vio una oportunidad en ello: se introdujo en el mercado y anunció sus vibradores Tri-Phoria en televisión, y sus ventas se elevaron en una etapa de grave recesión económica. Durex, otro fabricante de condones, hizo lo mismo con idénticos resultados.

Suki Dunham, de sonrisa fina y entusiasta, había trabajado en Apple durante nueve años vendiendo ordenadores iMac. Una Navidad, cuando tenía treinta y tantos años, se encontró en el calcetín colgado de la chimenea un iPod y un vibrador, regalo de su marido, que viajaba mucho por negocios. Mientras usaba los dos aparatos se le ocurrió una idea, y ahora tiene un almacén lleno de su propia mercancía. Empezó a enviar sus productos a treinta países y se asoció con una estrella de un *reality show* televisivo; así, los productos y la propia Dunham se convirtieron en parte habitual del programa. La empresa de Dunham vende vibradores curvados con elegancia, otros agresivamente bifurcados, algunos con una discreta forma aerodinámica y con una aplicación que permite al usuario programar el aparato para que se mueva y vibre al ritmo de la

música del iPod. Su producto más reciente, el 2.Oh, con forma de bala, se puede meter en un bolsillo cosido a un tanga adecuado a su forma. El 2.Oh masajea, a diferentes intensidades, al ritmo de la música de un club o una fiesta. Su batería dura hasta tres horas.

Mientras las hembras saltaban y correteaban delante de nosotros, Pfaus se preguntaba: «¿Por qué hemos creado la caja de Pandora? ¿Por qué hemos encerrado la sexualidad de una mujer en una caja? ¿Por qué seguimos reprimiendo el deseo de la mujer? Los hombres tememos que si abrimos la caja, perderemos el control y nos expondremos a convertirnos en cornudos. Tememos lo que hay dentro».

Se rió cuando le describí algo que recordé: hasta no hace mucho, según la ley, el porno en la televisión por cable en Nueva York debía incluir un punto azul que cubriese siempre el miembro masculino. Los cuerpos de las mujeres quedaban expuestos por completo, mientras el punto flotaba por donde iba el pene. Y eso me hizo pensar también en los viajes que había hecho durante mi vida de escritor, viajes a sitios donde el punto azul adoptaba otras formas no tan cómicas. Una vez, en un pueblo remoto del norte de Kenia, pregunté a un grupo de hombres samburu por qué su cultura practicaba la clitoridectomía. Ellos respondieron con total claridad: «Para que nuestras mujeres nos sean fieles».

Posteriormente hablé de nuevo con Chivers. Había estado diseñando un nuevo experimento que usaba imágenes subliminales para adentrarse bajo la conciencia y quizá llegar más allá de la cultura. Primero resumió el estudio, después me contó que había estado pensando en la exclamación generalizada de asco que había oído, veinte años atrás, en su clase de sexualidad, en esa fugaz e inolvidable onomatopeya que expresa la historia y prehistoria de «todos los tipos de prohibiciones y perspectivas restrictivas sobre la sexualidad femenina». De repente, levantó la voz: «¡Fíjate en todas las barreras! ¡Fíjate en todos los obstáculos! Pero eso no es lo que me asombra».

Era una científica meticulosa que había elegido rodearse de paredes desnudas de ladrillo, pasar sus días en un despacho muy parecido a una celda monacal, evitar cualquier pronunciamiento para que los datos hablaran por sí mismos. De repente, sin embargo, ignoraba los límites científicos. «Esas barreras atestiguan el poder del propio deseo. Es un testimonio bastante increíble, porque el deseo debe ser muy fuerte para invalidar todo eso.»

Capítulo 5

NARCISISMO

Una de las paredes de la abarrotada oficina de la universidad de Marta Meana estaba cubierta con retratos del tamaño de una postal, todos ellos de mujeres que habían vivido en los últimos siglos. Las caras representadas en los cuadros de Vermeer *La chica de la perla* y *Retrato de una joven* flotaban sobre los fondos oscuros, con su piel luminosa y la mirada puesta en algo o alguien que se encontraba detrás de ellas.

Sentada junto a esos retratos casi como un chiste, Meana me entregó un dibujo que mostraba dos paneles de control. Uno simbolizaba la forma de funcionar del deseo masculino; el otro, del femenino. En uno se veía un simple interruptor de encendido y apagado; el otro tenía incontables subidas y bajadas. «Intentar averiguar qué quieren las mujeres —me dijo ella— es un auténtico dilema.» Era un dilema que, con técnicas diferentes a las de Chivers, Meana intentaba desentrañar como científica, como consejera de parejas y como presidenta de la Sociedad de Terapia Sexual e Investigación, la organización más importante de su campo clínico.

Y era un dilema que Isabel, una abogada que ofrecía sus servicios sin ánimo de lucro, intentaba resolver por sí misma mientras decidía si quedarse con el que era su novio desde hacía dieciocho meses, Eric, y casarse con él si se lo proponía, algo que ella preveía. La cuestión era que a pesar de ser guapo, inteligente, bondadoso y bueno en la cama, rara vez quería hacer el amor con él.

Isabel, que no era una de las pacientes de Meana sino una de las mujeres a las que entrevisté durante un tiempo, me describió una escena de la noche del San Valentín del año anterior. En su pequeño apartamento de Manhattan, Eric le había preparado un baño con sales, había encendido unas velas y, con gran consideración, la había dejado sola para que se relajara. Cuando salió del baño, se encontró el dormitorio iluminado con más velas. Y sobre la cama había esparcido una lluvia de pétalos de rosa en forma de corazón. Con un gran esfuerzo consciente, consiguió dejarse seducir por

aquel regalo: mientras Eric ocupaba su lugar en el baño y se daba una ducha, ella se acostó sobre la cama, rozó los pétalos con los labios y se echó algunos sobre los hombros y los pechos. Tras salir él de la ducha, se tumbó sobre ella, que realmente sintió placer, al igual que cuando deslizó sus amplios hombros sobre su cuerpo y la penetró. No obstante, el placer duró poco. Y como muchas otras noches, lo que ella sintió era que estaba siendo simplemente paciente o algo peor.

Estaba segura de que lo quería. Dijo: «Recuerdo la primera vez que llevé a Eric a casa, a Saint Louis, para que conociera a mi padre, a mi madrastra y a mi abuela, que tiene ochenta y tres años. A mi abuela, que ayudó mis padres a criarme cuando se divorciaron, la llamamos la Palmaditas. Si se sienta a tu lado, seguro que acabará dándote golpecitos en alguna parte. Te dará palmaditas en la mano o en la rodilla o en el brazo. Pat-pat-pat en la mano o en la rodilla o en el brazo. Pat-pat-pat mientras estás ahí sentado. Es muy especial para mí. Es muy cariñosa. También está bastante sorda. Creo que una de las razones por las que es tan tocona, es precisamente, que su capacidad para comunicarse está mermada. Además, tiene rasgos muy infantiles. Una tarde, durante esos días, entré en la sala de estar y ella y Eric estaban sentados en el sofá, agarrados de la mano. Él parecía totalmente cómodo. No vi ironía en su expresión. Creo que habían estado hablando, aunque a mi abuela le cuesta hablar, pero en ese momento estaban viendo la televisión. Lo más probable es que ella le hubiera estado dando palmaditas y que hubieran acabado cogiéndose las manos. Pienso que la mayoría de los hombres se habrían mostrado muy cohibidos. Cogerla de la mano habría sido un acto de ironía, pero para Eric era natural».

Asimismo me dijo: «Las persianas de mi habitación dejan pasar un poco de luz, y a él le gusta dormir con algo encima de la cara: una camiseta, una almohada, un brazo o las tres cosas a la vez; ni siquiera me explico cómo respira. Es bastante cómico. Por las mañanas, tengo que apartar varias capas para llegar hasta donde está su cara. Necesito el contacto visual». Hacía un esfuerzo por sobrellevar el sexo una vez a la semana, pero anhelaba verlo cada mañana. «Me encuentro con sus ojos debajo de toda la ropa de cama y espero a que abra los párpados, y entonces me acurruco junto a su cuerpo.»

Se quedaba embelesada por la ternura de su mirada, pero le atormentaba que el deseo se hubiera desvanecido al cabo de pocos meses de empezar a salir; notaba que cualquier día le pediría el

matrimonio. Y lo temía. Ella tenía treinta y pocos años. Por otra parte, creía que no podía permitirse tomar una mala decisión, y de todas las verdades que intentaba sopesar racionalmente, le resultaba imposible no comparar su situación con Eric con los dos años que había vivido con su novio anterior. Cuando se vestía para Michael, elegía su ropa sometiéndose a un interrogatorio silencioso. «¿Soy una muñeca?», se había preguntado alguna vez mientras permanecía de pie delante del espejo o mientras dudaba en el probador de una tienda sobre qué comprar. «¿Soy una fantasía?» Las preferencias de Michael no eran nada extremas, pero sí muy marcadas: botas de tacón alto, minifalda. O vaqueros ajustados y una camiseta descocada que enseñara un hombro, pendientes de aro de buen tamaño y perfilador de ojos oscuro.

Él era diez años mayor, y algo particular, aunque sus peticiones nunca eran exigencias. La ropa que llevaba la elegía ella; él simplemente le hacía saber con entusiasmo y precisión lo que le gustaba, como el sujetador de encaje negro que permitía que se le marcaran los pezones. No obstante, la decisión de cumplir sus deseos recaía completamente en ella.

El problema era que quería satisfacerlos todos, aunque el gusto de él no coincidía con el de ella. «¿En qué trampa estoy cayendo?», se regañaba a sí misma. Y sin embargo, no creía que fuera un fracaso. Se sentía poderosa al ponerse el tanga de encaje que hacía juego con el sujetador, al vestirse con los vaqueros o la falda, y las botas. Lo dejaría con la boca abierta. Ella tenía ese poder. Un estado de lucidez se extendía por todo su cuerpo mientras se vestía para él. Su piel se llenaba de conciencia.

Con Eric no tenía que reprocharse ninguna rendición. A él le gustaba lo mismo que a ella, y eso le parecía una buena señal. Cuando salían de vacaciones, a menudo se ponía un amplio vestido de color verde pastel que había comprado en un viaje a Guatemala. Era de niña, lo sabía, y se reía de sí misma por eso, pero a Eric le encantaba esa cualidad. Ser quien Michael hubiera querido que ella fuera habría requerido saltar por un precipicio, acallar la voz que la advertía del riesgo de concederle todos sus deseos, lanzarse en picado por ese desfiladero. Las mujeres que se vestían con una urgente y descontrolada necesidad de despertar el deseo de los hombres le generaban un sentimiento de desdén, como una aversión instintiva a una debilidad o a una flaqueza. Y aun así, siempre que entraba en un restaurante en el que Michael la esperaba, la atención que él le prestaba parecía dejarla sin respiración, hacer que se medio cayera y tirar de ella hacia delante. En sus ojos veía un tipo

completamente diferente de lealtad de la que vería después en los de Eric. Este último la adoraba. Michael la admiraba. Ella era una posesión; los tacones de las botas que se ponía para él le abrían paso por salas abarrotadas hacia su propietario. Las botas eran como los marcos y los pedestales que elegía para las fotografías y las esculturas de su galería. Tenía unas opiniones concretas sobre la mejor manera de mostrarla en público.

Ya se tambaleaba mentalmente cuando se sentaban a cenar y, aun así, en apariencia mantenía el equilibrio. La exhibición que a él lo complacía dependía de un grado de agilidad. Durante la conversación, ella mantenía la compostura, pero cuando su aliento o su mano la rozaban, o incluso cuando no había contacto en absoluto, sólo proximidad, ella podía llegar a desearlo tanto que casi se ponía rabiosa. «Si no me tocas ahora mismo, gritaré —rogaba en silencio—. Por Dios, lo necesito. Que haga algo.»

Cuando la cena por fin se acababa y se iban a la la cama, ella alcanzaba el orgasmo enseguida y en repetidas ocasiones. La certeza de que tendría un orgasmo garantizaba que así fuera. Su mente no se interponía; había estado preparándose para ello desde el inicio de la velada.

El efecto que Michael había producido en Isabel había sido aún más fascinante debido a la forma como ella veía su propio cuerpo. A los siete años, cuando le había tocado ser dama de honor en una boda de verano, se había puesto un vestido rosa de volantes y encaje, con un fajín de color rosa y una corona de flores. No podría haber estado más contenta: era el vestido más bonito que había llevado nunca; sin embargo, al mirar de reojo a la chica que caminaba a su lado, con el mismo vestido de volantes, encaje y fajín, pero que que parecía de la mitad del tamaño de Isabel, el hechizo lanzado por el hada de la ropa se desvaneció, sustituido por el asombro y, después, por la desesperación que le causaba constatar que dos niñas de siete años, con vestidos idénticos, pudieran tener un aspecto tan diferente. Desde entonces, se había visto a sí misma recubierta por un suave exceso, a veces terriblemente grueso, y en ocasiones sutil. Atacaba esa carne con dietas o procuraba ignorarla, pero no llegaba a olvidarla. Y aunque ya de adulta se repetía que hacía años que nadie podía considerarla ni siquiera gordita, seguía teniendo algún kilo de más que la atormentaba. Ahora bien, bajo la mirada de Michael se sentía liberada de todo eso. De algún modo, la intensidad de su mirada le proporcionaba una silueta mejor. Eric carecía de esa habilidad. Mientras que Michael era caballeroso, Eric era amable; Michael era

a la vez solícito y dominante, y Eric, empático. La admiración de Michael la había convencido de que era atractiva; en cambio, cuando Eric le decía que era guapa no sentía lo mismo.

La relación con Michael había acabado porque ella había comprendido que era un hombre que nunca se comprometería, que nunca se casaría ni viviría con ella, aunque no terminó de forma clara. Meses después de la ruptura, quedó con él para cenar; finalizada la cena ya en la calle, él le levantó el cuello de la gabardina, la metió en un taxi y cinco minutos más tarde le envió un mensaje de texto: «Te sigo». Al cabo de pocos minutos estaba llamando al timbre de su casa. Tenía lapsos así, uno detrás de otro. El punto final que había anunciado a sus amigos no acababa de hacerse realidad, y pronto se vio incapaz de confesarles más recaídas.

«No podía dejarlo —dijo ella—, no podía quitármelo de la cabeza.»

Meana era profesora de Psicología en la Universidad de Nevada, en Las Vegas, y justo antes de que cogiera el vuelo para encontrarme con ella me dijo que deberíamos empezar yendo juntos a un espectáculo que el Cirque du Soleil representaba en uno de los casinos. Así, poco después de que mi avión aterrizara, nos sentamos en un oscuro teatro en forma de U y empezamos a hablar mientras un par de mujeres desnudas de cintura para arriba y con tanga se contorsionaban dentro de una copa de champán gigante llena de agua situada en el escenario. Las mujeres, sumergidas en lados opuestos de la piscina, nadaban una hacia la otra y se entrelazaban como anguilas. Subían por las paredes y, con la espalda arqueada arrastraban los pechos contra el cristal.

A continuación, una rubia muy delgada salió al escenario dando saltitos como una colegiala. Llevaba una minifalda muy corta, de tablas, y meneaba las caderas dando círculos para mantener un grupo de aros girando alrededor de la cintura. De repente, un cable la elevó por encima del público. Era el momento cumbre de su actuación, un éxtasis simbólico. La Lolita abrió las piernas sobre nuestros ojos, separándolas más de lo que parecía humanamente posible; resultaba casi violento.

Después, una musculosa mujer negra, cubierta sólo por abalorios, comenzó a mover su cuerpo resplandeciente a un ritmo tribal. Estas actuaciones de pornografía suave se alternaban una tras otra en rápida sucesión, con el escenario dominado por mujeres impresionantes. El público estaba compuesto a partes iguales por

personas de ambos sexos. Finalmente, el maestro de ceremonias gritó: «¿Dónde está el buey?», y un hombre de cabello largo con un chaleco de vaquero y chaparreras salió por una trampilla. Anduvo pavoneándose, se dio la vuelta y dejó al descubierto su tableta de abdominales. Se desprendió también de las perneras y se quedó sólo con un taparrabos. Se plantó con sus botas de vaquero y exhibió su culo. Aunque la desnudez masculina también tenía su espacio, el hombre estaba rodeado por una docena de cuerpos femeninos.

Esa tarde Meana, que acababa de entrar en la cincuentena, se había puesto un vestido camisero y mallas; su melena era de color bronce y llevaba flequillo. No dudó en dar las explicaciones habituales al hecho de que las mujeres superaran en gran número a los hombres sobre el escenario, aunque no creía que fueran demasiado reveladoras. Argumentaba esas explicaciones como sigue: los hombres del público se habrían sentido demasiado incómodos si hubiera habido más desnudo masculino en el escenario. Para ellos, al menos para los heterosexuales presentes, el vaquero quedaba eclipsado por los pechos. Y para las mujeres de la multitud, la desnudez femenina alimentaba una adicción: juzgar su propio aspecto frente al modelo de belleza. Quienes habían comprado las entradas salían satisfechos del espectáculo porque les habían dado una versión en directo de aquello a lo que ya estaban acostumbrados gracias al millón de imágenes aparecidas en carteles, en revistas y en la televisión: los hombres habían podido disfrutar del deseo y las mujeres habían tenido la posibilidad de comparar.

Meana observó algo más en el desequilibrio del escenario. Empezó a hablar con sencillez, con algo que encajaba con lo que Chivers había descubierto mediante su pletismógrafo y con la visión del adonis con el miembro flácido que tiraba piedras en la playa. «El cuerpo femenino mide lo mismo tanto si está excitado o no. El hombre sin una erección —explicó Meana— "anuncia" una falta de excitación. El cuerpo femenino siempre alberga la promesa, la sugerencia del sexo.» Y esa promesa afecta a ambos géneros.

Por otro lado, el desequilibrio servía a las mujeres de otra manera, de una forma más esencial, una forma que constituía el punto crucial del pensamiento de Meana. El anhelo de ser deseada está muy arraigado en el corazón de las mujeres. El narcisismo, recalcaba ella (y usaba la palabra no en tono peyorativo, sino meramente descriptivo), está integrado en el núcleo de la psique sexual de las mujeres. Las féminas del público estaban embelesadas, excitadas eróticamente por las mujeres del escenario porque imaginaban que sus propios cuerpos eran deseados de un modo tan

ardiente como los que tenían delante.

En su oficina, desde una de las dos reproducciones de Vermeer que Meana había colgado, una jovencita miraba de soslayo y, a lo lejos, su boca de labios delgados dibujaba una sonrisa pudorosa, como si no estuviera segura de si alguien le estaba prestando atención. En el otro retrato, los labios más gruesos y separados no sonreían en absoluto. La chica no tenía ninguna duda de que la observaban.

«El orgasmo es ser deseado», dijo Meana de forma algo metafórica. Es a la vez lo ansiado y la chispa del ansia. Su confianza en este mecanismo narcisista surgía en parte de un área acortinada de su laboratorio, de un artilugio que parecía sacado de la consulta de un oftalmólogo. Con la barbilla apoyada e inmovilizada en el pequeño soporte, los sujetos sometidos a estudio miraban a la pantalla, donde se pasaban una serie de imágenes de porno suave. El artilugio tomaba cientos de lecturas por segundo de cómo los ojos se movían y cuándo se detenían.

Durante varios años, Meana se había dedicado a comparar patrones de atención de hombres y mujeres. Tiempo atrás, había hecho un máster en literatura y planeaba desarrollar una carrera dedicándose a la enseñanza sobre grandes novelas; pero descubrió que no podía aguantar estar de pie delante de una clase mientras procuraba que sus estudiantes compartieran lo que ella sentía. «No quería mancillar la disciplina», me explicó, así que volvió a la universidad para conseguir el bagaje que necesitaba para empezar su doctorado en psicología.

En un estudio que acababa de publicar describía un experimento en el que sus sujetos heterosexuales habían observado unas imágenes de hombres y mujeres en los juegos preliminares, entre ellas, la de una pareja que estaba de pie contra la pila de la cocina, él tras ella, piel contra piel, de modo que no se les veían los genitales, y ambos tapados por poco más que algo de espuma de jabón. Tras contemplar la secuencia de fotografías, los sujetos varones se quedaban mirando mucho más a las mujeres que aparecían, sus caras y cuerpos, que a los hombres. Las mujeres, sin embargo, miraban de forma similar a ambos sexos: sus ojos se veían atraídos tanto por las caras de los hombres como por los cuerpos de las mujeres; en concreto, observaban las expresiones de deseo de los hombres y la carne deseada de las mujeres. Según todos los indicadores, en el caso de las mujeres el deseo surgía de la urgencia de los hombres por satisfacerlo y del poder de las mujeres para generarlo.

Meana quería hacer más pruebas. Debía tener la certeza de que las mujeres no se fijaban en los cuerpos femeninos sólo para compararlos con el suyo. Tenía que separar lo que consideraba un elemento entrelazado pero secundario; pretendía confirmar que sus sujetos estaban fijándose en lo que las excitaba.

Un posible método habría sido llevar a cabo el mismo experimento mientras sus pacientes se masturbaban. De ese modo, tendría una mayor seguridad de que buscarían con la mirada lo que les parecía más erótico. Pero sabía que las posibilidades de que la comisión evaluadora de la universidad aprobara este experimento eran muy escasas y, aunque lo consiguiera, también existía el peligro de que la prensa conservadora de Las Vegas condenara una investigación basada en la masturbación de las mujeres, lo que podría, a su vez, poner en entredicho todas sus investigaciones. Las Vegas es un lugar contradictorio, pues casi toda su promoción se basa en el deseo y en las prostitutas que esperan a los clientes en locales con licencia a lo largo de la autopista, pero al mismo tiempo reina un ambiente de presión mojigata, una resistencia a los mismos impulsos animales que hacen que la gente acuda en rebaño a la ciudad. Esta mentalidad escindida parece una versión extrema de la división que afecta a todo el país, lo que hacía que el elemento erótico, aun siendo omnipresente, fuera difícil de estudiar. En parte, ésa era la razón por la que Chivers, que se había doctorado y realizado los primeros experimentos pletismográficos en Estados Unidos, hubiera vuelto a su Canadá natal después de sus estudios de posgrado para proseguir su trabajo. Durante los años que había trabajado en Estados Unidos, su investigación había sido objeto de todo tipo de burlas. El *Washington Times* había protestado por los fondos públicos que le habían concedido. «Un estudio con fondos federales estudia la excitación ante la pornografía», rezaba el titular. Un congresista había exigido incluso que se abriera una investigación. El escándalo por su pequeño proyecto se había desvanecido enseguida, pero aun así le preocupaba la aguda aversión estadounidense a mirar de cerca y con minuciosidad todo lo relacionado con la sexualidad.

Por ello, Meana había decidido andar con pies de plomo con la comisión evaluadora. Estaba diseñando un estudio que consistiría en seguir el movimiento de los ojos de varias personas mientras veían películas X, lo que sin duda excitaría a sus sujetos más que las fotos de porno blando. En ese estado exacerbado (un estado menos propicio a la cognición y a la comparación), ¿se fijarían las mujeres menos en los cuerpos femeninos y se sentirían más atraídas por

todo lo masculino? Ella creía que no. Confiaba en que se mantendría su patrón del anterior experimento, lo que probaría que la figura femenina está llena de electricidad.

Mientras desarrollaba el nuevo estudio y esperaba la aprobación de la comisión evaluadora, Meana todavía no conocía las investigaciones de Chivers con las fotos de primeros planos de genitales. Esos resultados podrían haberla llevado a preguntarse si, en su experimento de vídeo, las mujeres buscarían, además de cuerpos femeninos, erecciones como las de Deen, puras declaraciones de deseo masculino.

Las ideas de Meana habían surgido no sólo en el laboratorio, sino también en su trabajo como psicóloga clínica, que en parte se centraba en intentar ayudar a las mujeres aquejadas de dispareunia, esto es, dolor en los genitales durante el coito. En sí mismo, este trastorno no está causado por una falta de deseo, aunque sus pacientes afirmaban sentir menos dolor si su deseo aumentaba. Por tanto, parte de su desafío estribaba en cómo aumentar el deseo; a pesar de la creencia dominante, la respuesta, dijo ella, tenía que ver «poco con construir mejores relaciones» y con fomentar la comunicación entre las pacientes y sus compañeros.

De hecho, Meana ponía los ojos en blanco ante semejantes ideas. Describió a una paciente cuyo tierno amante le preguntaba a menudo durante el sexo: «¿Así está bien?», cosa que no le resultaba nada excitante. «Era un bonito detalle —Meana frunció el ceño ante la idea equivocada que subyacía tras sus delicados esfuerzos—, pero no había entusiasmo», nada violento, ningún signo de ser un hombre cuyo deseo excede a su control.

Hablar con Meana me hizo pensar en Freud y en una de sus discípulas, Melanie Klein. Los sexólogos no dedican mucho tiempo a las teorías psicoanalíticas; más bien suelen ignorar o descartar las ideas freudianas por carecer de una base de investigación empírica que defina su disciplina. Meana nunca mencionaba a Freud, aunque el pensamiento del psicoanalista, igual que el de Klein, parecía sobrevolar el de ella. También parecía esconderse detrás de las lecturas de flujos sanguíneos de Chivers.

Para Freud, la sexualidad se graba en nuestra psique con el primer éxtasis, y el pecho de la madre constituye la sorprendente fuente. «Mamar del pecho de su madre es la primera y más vital actividad del niño —escribió el psicoanalista hace un siglo—. Nadie que haya visto a un bebé relajarse, ya saciado de leche materna, y quedarse dormido con las mejillas sonrojadas y una sonrisa de

felicidad puede evitar pensar que esta imagen persistirá más adelante en la vida como prototipo de la expresión de satisfacción sexual.» La necesidad principal de sustento dictaba las primeras lecciones del niño en el ámbito del eros; la supervivencia y la sensualidad convergían. «Los labios del niño, según nuestra visión, se comportan como una zona erotogénica, y sin duda la estimulación por el flujo tibio de la leche causa una placentera sensación.» La conciencia del niño se inundaba, se sumergía en momentos de poder casi orgásmico.

«El hallazgo de un objeto es, de hecho, una forma de reencontrarlo.» Freud trazó el modo en que nuestros deseos como adolescentes y adultos adquieren forma. Buscamos en el pasado los placeres que una vez nos satisficieron y que recibimos de nuestra madre —una madre cuyo papel era mucho más importante entonces, en la época de Freud, que en la actualidad— no sólo a través de la alimentación, sino también mediante incontables maneras de atender al bebé que fuimos, desde limpiarle los genitales hasta acariciarle el cuello con la boca o abrazarlo con fuerza. «Una madre probablemente se horrorizaría —continuaba Freud— si fuera consciente de que está despertando el instinto sexual de su pequeño y preparándolo para su intensidad posterior. Ve lo que hace como algo asexual, puro… Después de todo, evita con cuidado tocar los genitales del niño más de lo imprescindible para cuidarlo.» Freud iba más allá y aseguraba que la madre debería «liberarse de cualquier reproche incluso después de su toma de conciencia. Sólo está cumpliendo con su tarea de enseñar al niño a amar».

Poco después, la energía erótica de las chicas, según la teoría freudiana, se canaliza a través de rutas emocionales intrincadas y se desvía de las madres a los padres. No obstante, las lecciones originales permanecen; el impulso sexual de la madre nunca se borrará.

Klein llevó más allá el pensamiento de Freud. Para este último, la crianza y el amamantamiento eran mucho menos importantes, en última instancia, que el falo o su falta al redactar los perfiles psíquicos de chicos y chicas. Klein derribó esta jerarquía. El pecho, para ella, era un elemento descomunal. Tal vez había sido inevitable que Freud, como hombre, hubiera magnificado el falo por encima de todo y que se necesitara una psicoanalista mujer para darle la vuelta a esto. También es muy probable que Klein hubiese dado con su nueva perspectiva no sólo por ser mujer, sino además por haber trabajado como psicóloga clínica con niños pequeños, lo

que le permitió observar la psique de cerca en sus inicios, en lugar de tener que reconstruir la niñez a través de las vidas de los pacientes ya adultos, como hizo Freud. Al margen de las razones, Klein describió un pecho que parecía ocupar la visión completa del niño. Todo lo demás desaparecía. El pecho suave y oculto, seducido y negado, que se ofrece y se protege, que enseña amor y rabia. Es «acuciante… benévolo… inexhaustible… perseguido», consume nuestra primera conciencia y realmente nunca cede en su papel abrumador.

Freud creía que las mujeres albergaban atracciones homosexuales debido a sus experiencias de niñas; sus escritos y los de Klein ofrecían una explicación al aumento del flujo sanguíneo que había registrado Chivers cuando las mujeres veían escenas en que aparecían mujeres juntas o bien solas.

El pecho sería el principal objeto de deseo, y el cuerpo de la mujer, su dueño; todos emprendemos una búsqueda de «reencuentro». Así pues, la idea de la madre, según Freud y todavía más Klein, añade profundidad al pensamiento de Meana sobre el narcisismo sexual de las mujeres. A través de los cuerpos femeninos de su laboratorio o del escenario del casino, mediante una modelo prácticamente desnuda que lava platos en la pila del fregadero o nadadoras en *topless* que se sumergen en una enorme copa de champán, la mujer se convierte a sí misma, sin querer e indirectamente, en recipiente del inmanejable deseo que ella misma sintió en una ocasión por el cuerpo de su madre. Adquiriría de este modo la omnipotencia erótica materna.

En una de las paredes del laboratorio, fuera de la estancia entre cortinas donde se registraban los movimientos de pupilas de las mujeres, colgaba un póster de un concierto de Annie Lennox al que Meana había asistido. La desgarradora y mágica voz de Lennox, sus inquebrantables letras, el sonido electrónico y gélido de su banda casi parecían oírse mientras Meana hablaba. «*Sweet dreams are made of this; who am I to disagree*», cantaba Lennox. Después relataba, sin hacer juicios, sin lamentaciones, algunas de las inexorables realidades del deseo. La cara de Meana era redonda, mientras que la de Lennox era alargada; el flequillo de Meana le daba un toque travieso, mientras que Lennox llevaba el pelo rapado; la voz de Meana no presentaba la implacable insistencia de la cantante. Sin embargo, compartían la impaciencia ante los cuentos que la gente se traga sobre el deseo. Los rasgos de Meana eran sagaces, expresivos; torcía la boca de vez en cuando, ligeramente, como con

un mohín, que aparecía cuando hablaba sobre la legión de consejeros de pareja que defendían la idea de que trabajar la intimidad llevaría a tener mejor sexo, sobre todo a las mujeres.

Se suponía que la empatía y la cercanía eran los caminos que habría que seguir; y, sin embargo, aunque Meana creía que esos senderos podían conducir a lugares agradables, el deseo no era uno de ellos.

«El deseo femenino —decía, haciéndose eco del experimento de Chivers con los extraños y los amigos cercanos— no está gobernado por el factor relacional que, como nos gusta pensar, dirige la sexualidad de las mujeres en contraste con la de los hombres.» De hecho, estaba a punto de publicar un estudio basado en largas entrevistas con mujeres cuyos matrimonios carecían de vida sexual. Admitió que podía ser cierto que las malas relaciones podían matar el deseo, pero las buenas no lo garantizaban en absoluto. Citó lo que le decía una de las participantes en su estudio: «Nos besamos. Nos abrazamos. Y yo le digo que no sé qué me pasa. Nuestra relación es muy buena. Sólo tenemos problemas en ese ámbito»; se refería a la cama. Meana continuó diciendo que era importante distinguir entre lo que se apreciaba en la vida y lo que era más poderoso como fuente de deseo. Las mujeres pueden dar un gran valor a los ideales de unión y comprensión, constancia y permanencia, pero «es erróneo pensar que como las mujeres eligen relaciones, éstas son la fuente primaria del deseo femenino». Hablaba de narcisismo y del deseo de ser el objeto de una necesidad primaria.

La satisfacción de ese deseo, continuaba su argumento, requiere no una cercanía, sino una medida de la distancia. Un objeto de deseo, por necesidad, debe estar a cierta distancia. También prevenía contra la expectativa o incluso la esperanza de alcanzar los tan populares sueños románticos: de «fundirse» con un compañero, de ser capaz de decir «tú me completas». Ese patrón de amor es erróneo. De hecho, ese tipo de vínculo o simplemente el empeño por conseguirlo podrían aplastar el eros. Con esa unión, no habría espacio que abarcar, no habría ninguna distancia que el amante tuviera que recorrer, ningún punto final en el que pudiera sentirse la fuerza completa de ese impulso.

«A veces nos despertamos mirándonos el uno al otro», decía Isabel. Ese momento emocionante y perfecto emanaba calidez: abriendo a la vez los ojos, con las pupilas y los iris tan cerca que la visión se volvía borrosa, Eric y ella estaban a punto de desvanecerse en la

proximidad. Otra cosa que le resultaba maravillosa era apartarle las sábanas de la cara para que así, cuando abriera los párpados, la viera, la reconociese y la sintiese suya, para protegerla y absorberla.

Se preguntaba a sí misma el porqué de su comportamiento, se sentía incluso culpable de la indiferencia sexual que notaba, pues si era honesta consigo misma tenía que reconocer que había empezado a apartarse cuando él se acercaba con intenciones de algo más. No lo entendía. En la fiesta en la que se habían conocido, ella se había fijado primero en él; en su primera cita, ella había sido la primera en besarlo; durante sus primeros meses juntos, en sus propias palabras, lo había deseado tanto que «había trepado por él como si fuera un árbol». Año y medio después, se «pegaba a él como velcro», disfrutaba de la emoción de verlo abrir los ojos por la mañana… Y sentía que le habían robado el deseo, como si algún travieso dios menor se lo hubiera llevado.

Así que decidió pasar a la acción. Se aventuró en una tienda de juguetes eróticos de categoría y compró un aceite de masajes y un antifaz. No pretendía ocultar los maravillosos rasgos de su novio, sino transformar el efecto de su tacto. Dichas tentativas tuvieron cierto éxito durante un tiempo. ¿Qué demonios le pasaba? Ella decía que a veces le gustaría que él «adoptara una actitud más agresiva»: que le sujetase los hombros contra la pared o la cama, que le mordiera con fuerza los pezones, que le sacase con rudeza el tanga, que se lo desgarrara. Sin embargo, se prohibía pedirle algo así. «Porque él se sentiría mal y porque sus acciones no significarían nada, serían una parodia de lo que quiero. La cuestión es que todo esto debería ser instintivo. La idea de tener que pedirlo…» Arrastró la última palabra. Y luego se preguntó si podría tener tanto lo que había experimentado con Michael, para quien actuar con cierta agresividad era sólo parte de su hipnótico repertorio, como lo que tenía con Eric, la sinceridad profunda, la presencia absoluta. ¿A qué se resignaba si se quedaba con él? ¿Necesitaba desvincularse, por muy duro que le resultara?

A principios del segundo invierno que pasaba con él, una gran tormenta de nieve azotó Nueva York. La nieve se amontonó sobre las vallas y formó mullidas capas en los alféizares de las ventanas. Los conductores no podían circular y, cuando aparcaban el coche, la nieve engullía el vehículo. La tormenta causó una conmoción general, acrecentada porque quedaban pocos días para Navidad. Unos días antes, Eric y ella habían puesto juntos el árbol, lo habían asegurado y adornado. Mientras colgaba una brillante bola roja en una rama alta, Isabel rompió abruptamente a llorar, agradecida por

estar decorando el árbol con él.

Y entonces, a media tarde de un sábado de tormenta, ella llegó a casa después de comprar algunos regalos; en la cocina, le contó lo que había comprado. Se dio cuenta de que él estaba algo callado y no participaba en absoluto de la conversación; en lugar de seguirle la corriente, él salió de la cocina y fue hacia el vestíbulo. Se detuvo y dio media vuelta. Se fijó en que Eric tenía las manos detrás de la espalda. Pensó que quizá le había comprado algún regalo antes de tiempo. Él volvió de nuevo a la cocina y se arrodilló sobre una pierna.

—¿Qué haces?

—Pedirte que te cases conmigo.

—¿Sí? ¿Y justamente ahora?

Evidentemente, eso era lo que estaba haciendo, porque un poco más abajo, en las manos le tendía un anillo. Aun así, ella se aferró a la idea de que fuera una broma, porque lo de arrodillarse había sido muy repentino, y la cocina le resultaba extraña como lugar para hacer algo así.

—Bueno, ¿piensas decir algo? —preguntó él.

Ella permaneció callada.

—¿Vas a aceptar?

Había mucha esperanza en esa pregunta, que se unía a la suya propia, aunque en su caso estaba llena de desesperación por preservar todo lo que tenía con él.

—Sí —dijo—. Mi respuesta es sí.

Se agachó junto a él en el suelo de la cocina. Se puso el anillo, un diamante engarzado en un diseño art déco, un hexágono. Lo había elegido él sin que ella le diera ninguna pista. Como siempre, tenían el mismo gusto. Eric le dijo que unas horas antes había hablado con los padres de ambos para pedirles su bendición. A ella eso también le encantó.

Se abrazaron sobre el suelo de linóleo y se bebieron una botella de champán que él había puesto a enfriar. Eric le hizo una lista de todas las razones por las que quería pasar su vida con ella, y finalmente se levantaron y salieron de la cocina. No fueron al dormitorio, sino que prefirieron salir a la oscuridad de la noche, bajo la nieve que no dejaba de caer. Mientras paseaban, la nieve se amontonaba en los alféizares de las ventanas y los coches quedaban sepultados en ella. Al final, todo quedó cubierto, enterrado.

Capítulo 6

EL CALLEJÓN

Para su vigésimo cuarto cumpleaños, Ndulu se reunió con varios amigos en un restaurante del centro. Era un lugar sencillo y austero, pues Ndulu vivía una vida sencilla y austera, pero algunos de sus amigos eran hombres homosexuales que no se preocupaban tanto como ella por lo que era o no apropiado, así que en la cena bebieron algo más de la cuenta.

Cuando se estaba acercando el final de la cena, David llamó a un camarero y le informó de que Ndulu necesitaba un beso de cumpleaños. En mitad de esta proposición, ella agachó la cabeza y se tapó la cara con las manos. David no tenía ni idea de lo perfectamente que el camarero encajaba con uno de sus deseos. Y ni David ni Ndulu podrían haber sabido que los deseos del camarero se correspondían con las fantasías de ella.

Y de pie tras ella, el camarero no se rió por la petición de David ni le dijo que no, pero tampoco le dio a Ndulu el beso sugerido. En lugar de eso, se inclinó sobre el hombro de ella y acercó mucho sus labios a su oído. «Ve al baño», dijo en voz baja, aunque no tanto como para que sus amigos no captaran sus palabras.

Ndulu permaneció sentada. Sus amigos, especialmente David, un aspirante a músico que estaba acostumbrado a vivir multitud de conquistas sexuales y que hacía campaña regularmente contra la cautela de Ndulu, estaban exultantes, alborotados con ese giro de los acontecimientos. La empujaban con las manos, la presionaban con sus palabras. Consiguieron enviarla hacia la puerta de madera del baño.

Las siguientes páginas describen una serie de fantasías, la primera es de Isabel, el resto de otras mujeres:

«Estoy con el director del instituto. Llevo una falda, tengo once o doce años. Él es canoso, tiene sobrepeso y viste una americana. Busca una excusa para llamarme a su oficina. Está casado. Tiene un millón de razones para no hacerlo. No resulta perverso, me parece

atractivo; creo que lo que me atrae de él es que se siente muy atraído por mí. Se arriesga a que alguien pueda entrar en su oficina; está poniendo en peligro su trabajo por mí.»

«Una ducha en un hotel con varias personas.» «Un tío cualquiera por la calle. No quiero luz de velas.» «Sexo oral con un hombre en el que se puede confiar. Sé que suena vulgar, pero supongo que esto se debe a haber crecido en un pueblo perdido de Kentucky, conservador y aislado, donde las felaciones eran práctica común y se disfrutaban de mutuo acuerdo, pero salir a cenar fuera se consideraba o bien vulgar o no se consideraba en absoluto.»

«Soy una joven campesina virgen cuya familia es una de las muchas que trabaja en las propiedades de un rico terrateniente; este último o su hijo me fuerzan, y sé que no tengo otra opción que dejarle hacer lo que quiera. O soy la furcia de la escuela o una inadaptada social, y el equipo de fútbol se turna para follarme. Todavía intento comprender por qué fantasear con aquello que considero inmoral, como la violación, o el abuso de quienes carecen de poder, me permite alcanzar orgasmos increíbles.»

«No se me ocurren escenas, sino que por mi cabeza rondan sólo sensaciones de texturas.»

«Otra pareja mantiene sexo cerca de mí y puedo verlos. Alguno de ellos me lame o me toca, quizá dos personas, y entonces un hombre me penetra por detrás. No diría que es algo violento, sino vigoroso. ¿Es una palabra estúpida en este contexto?»

«Me avergüenza decir que sueño con la escena de la violación de *Acusados*.»

«Un hombre casado, de la escuela donde trabajamos los dos, mayor que yo y que ni siquiera me atrae, me folla por detrás contra una pizarra y me aplasta la cara contra ella. Entonces me da la vuelta para que le haga una felación y se corre en mi cara.»

«De vez en cuando tengo sueños fantasiosos: nos besamos y nos damos de comer recargados postres. Bastante a menudo sueño con que estoy con varios hombres que se ocupan de mí a la vez.»

«Un extraño, normalmente un obrero de la construcción, me acecha por la ventana.»

«Sobre todo violaciones. Empecé a masturbarme cuando tenía unos diez u once años; mi fantasía más común entonces era con un hombre de mediana edad, calvo, que me tenía químicamente paralizada. Recibir placer no era culpa mía, porque me estaban violando; no tenía que dar explicaciones a Jesucristo ni a mis padres. No tengo ni idea de dónde salió esa imagen del hombre calvo. Después, cuando empecé a acostarme con mi marido, resultó

que me costaba mucho alcanzar el orgasmo. Era muy importante para él que yo tuviera uno siempre que teníamos relaciones, y el sexo con él estaba bien, pero para llegar al orgasmo tenía que fantasear. Volver a introducir al hombre calvo.»

«Pensar en los anuncios de relaciones lésbicas en Craigslist.»

«La aburrida ama de casa que deja que el repartidor de FedEx se aproveche de ella; el cartero los ve y a continuación también la fuerza. La adolescente aburrida que, tumbada junto a la piscina con un biquini medio atado, finge estar dormida mientras un equipo de obreros trabaja cerca».

«La parte de *Excalibur* en la que el padre de Arturo adopta la forma de otro hombre y se acuesta con la madre de Arturo sin quitarse la armadura cubierta de sangre.»

«Solía tener fantasías de violación, pero ahora pienso más en entrar en una habitación y encontrarme al hombre con el que salgo sentado en una silla con una universitaria sobre él a horcajadas, de cara a él. Ella siempre es delgada y tiene unos grandes pechos (ya sé que es un estereotipo, lo siento) y una larga y brillante cabellera que le cae por la espalda. Él la agarra del pelo con una mano y con la otra le acaricia el ano.»

«Cuando era más joven, todo giraba en torno al galanteo: parques y noches mirando la luna. No me interesó el aspecto violento hasta más tarde, cuando empecé a sentirme incómoda en mi primer matrimonio. Volví a casarme, y éste es el trato con mi marido: soy supercompetente. Llevo la casa; el noventa por ciento del cuidado de los niños corre de mi cuenta; tengo un doctorado y una carrera de éxito. Llevo las riendas prácticamente todo el tiempo. En la cama, la fantasía me permite dejar de poseer el control mientras lo sigo teniendo. No me entrego, pero imagino que lo hago. “Un sórdido provecho”, diría Wordsworth. Y, sin embargo, me imagino que toman el control sobre mí. En realidad, me gustaría que en mi vida hubiera más de eso: me gustaría que mi marido tomara el control. Pero no puede hacerlo. No sé si será por el mensaje que le inculcaron ya en el instituto del “no significa no”. Así que creo un mundo aparte en mi cabeza.»

«Que me aten y me tapen los ojos mientras alguien a quien quiero me comparte con un número de personas que no puedo ver. Varias personas me desean y se concentran sólo en mí. O si me siento particularmente cansada o infeliz y mi cuerpo no responde, me imagino una escena más dura. Eso me libera de todos los demás pensamientos, de preocuparme de si mi hijo ha hecho sus deberes o no y de cuándo vence la hipoteca.»

«Un hombre once años más joven que yo, un chico en realidad, con el que tuve una aventura. Esta semana se cumplen diez años desde que me casé. Tengo treinta y ocho. Sólo nos veíamos una vez al mes, a veces pasaba más tiempo. Y sólo hablábamos por teléfono o nos enviábamos mensajes para quedar. Ahora he roto con esa relación. Y me compro todo tipo de ropa para él, que nunca me verá puesta. La forma como me miraba cuando abría la puerta es lo que ansío. Tampoco se me olvida la tarde en la que me enseñó a hacer una mamada de verdad: fue en mi patio trasero, junto a la piscina, bajo el sol brillante. Nunca había deseado tener una polla en mi boca tanto como con ese hombre. Ahora que se ha acabado, para revivirlo me introduzco en la boca un consolador, que escondo a mi marido. Con él sólo hago el amor.»

«Lo que me gustaría hacer con mi novio es probar en un sitio público, en el andén del metro o en un parque.»

«El ruido que mi amante hace cuando ella llega al clímax.»

«Somos una pareja conservadora y mi marido es el único hombre con el que he estado, así que, cuando cierro los ojos, su cuerpo es el único que me imagino. Es cierto, a veces me imagino adentrándome en lo prohibido —sexo lésbico, el adulterio—, pero siempre vuelvo. Su cuerpo es simplemente erótico. Es mío. Lo conozco. Lo comprendo. Tengo fantasías que le susurro al oído, en la cama, sobre atarle las manos y hacer que me mire mientras me masturbo. Siempre me parece divertido que la gente que se entera de que era virgen cuando me casé (¡por elección propia!) piense que soy una ingenua o una mojigata. Se llevarían una sorpresa si se metieran en mi cabeza.»

«Hombres y mujeres, más hombres cuando estaba soltera, ahora más mujeres. Puedo pasar de imágenes tan tibias como la curva de una cadera a otras completamente *hard-core* como alguna en la que intervenga el *bondage*.»

«Incesto entre un hermano mayor y una hermana menor… Debería añadir que soy hija única.»

«Una visita a un ginecólogo. Yo estoy desnuda con las piernas en los estribos. El doctor inserta varios instrumentos; me penetra con un dedo para asegurarse de que todo va bien con mi cérvix. Una atractiva enfermera empieza a examinarme los pechos. Unos jóvenes estudiantes de medicina, todos hombres, vienen a mirar y a aprender cómo se practica un examen pélvico. El doctor ordena a la enfermera que siga jugueteando con mis pechos para asegurarse de que puedo excitarme con normalidad. Él comprueba mi clítoris. Yo empiezo a retorcerme de placer. Soy vulnerable y estoy

completamente a merced de una figura de sabiduría y autoridad. O ser violada. Es una paradoja retorcida, pero en mi cabeza la violación es igual al control, y el control a la confianza. No tengo que preocuparme por nada, porque la otra persona tiene todo el poder sobre mí, sé que podría matarme, así que es responsabilidad suya asegurarse de que estoy a salvo. El violador suele ser un soldado, serbio o ruso, no americano, porque, aunque sea un estereotipo, a los hombres del este de Europa los pintan como dominantes y bruscos. Siempre es un extraño. Usa su propia fuerza, no una cuerda ni un arma para controlarme, y normalmente me sujeta las muñecas sobre la cabeza y contra el suelo. Al principio no quiero y me resisto, pero él sabe cuándo empiezo a disfrutarlo. A veces, fantaseo con que me violan como castigo por tener fantasías antifeministas.»

«Un anciano sentado en una silla y que se masturba mientras yo practico sexo.»

«Siempre he estado luchando contra mi peso, así que sueño con ser otra persona, con un aspecto completamente diferente del que en realidad tengo. Practicar sexo con un famoso, con el camarero mono de la otra noche, el sexo en el escenario, con un foco y una silla como en *Cabaret*. En definitiva, tener la sensación de que excito al público.»

«Las primeras fantasías que recuerdo tenían que ver con mantener relaciones sexuales con hombres veinteañeros y treintañeros. Había encontrado algunas revistas pornográficas de mi madre. Debía de tener unos once años. Mi escena favorita era la de un hombre de unos treinta y tantos que se acercaba a mí y me empujaba contra una verja cerrada con una cadena y me quitaba la ropa, pero sin dejar de agarrarme con fuerza. Ahora mi prometido está en Iraq y el 95 por ciento de mis fantasías tienen que ver con él. Tenemos las fotos que nos enviamos. He oído que soy una especie de *pin up* del ejército con cierta fama».

«Mi jefe; un desconocido en un bar; el amigo de mi padre. Siempre cachondos, exigentes y violentos. Tan excitados por mí que no se pueden aguantar… Cuando estudiaba en la universidad, sentía que tenía que dirigir mi vida interna y externa hacia la coherencia. En otras palabras, si realmente creía en la igualdad entre hombres y mujeres, debería mantener relaciones sexuales e imaginar una relación que reflejara eso, y nada de dominación ni de fantasías de sumisión. Una de las consecuencias es que me casé con un hombre liberal encantador que compartía mis convicciones sobre cómo debería ser el sexo. Siete años después, nos divorciamos.»

«Una chica realmente sexy se tumba en mi cama. Le pongo en la cara mi vagina y hago que me practique sexo oral de forma bastante violenta.»

«La violación, pero hasta muy recientemente no pude admitirlo. Para mí era como una bofetada en plena cara después de toda mi participación en los movimientos para que las mujeres estuvieran seguras en los campus por las noches, y después de haber cursado todas esas asignaturas sobre estudios feministas. Ahora me imagino a hombres que se turnan para violarme.»

El atractivo de la violación —en la mente y en el laboratorio— perseguía a Meana y a Chivers y llevó nuestras conversaciones a lugares incómodos. Dos colegas sexólogos, Jenny Bivona y Joseph Critelli, de la Universidad de North Texas, habían recopilado datos de nueve estudios anteriores y ofrecían una idea de cómo las mujeres habitualmente se excitan de ese modo. «En este informe —Bivona y Critelli explicaban con detalle— el término "fantasía de violación" seguirá las definiciones legales de violación y asalto sexual. Este término hará referencia a las fantasías de las mujeres que implican el uso de la fuerza física, la amenaza de la fuerza o la incapacitación, por ejemplo, mediante la anestesia o las drogas; en definitiva, coaccionar a una mujer para forzarla a una actividad sexual contra su voluntad.» Según este estudio, entre el 30 y el 60 por ciento de las mujeres reconocían que sentían placer con este tipo de fantasías, si bien las cifras reales, según argumentaban los autores, eran probablemente más altas. Los sujetos de estudio evocaban las escenas mientras mantenían relaciones sexuales, las disfrutaban cuando se masturbaban y soñaban despiertas con ellas.

Una explicación sobre esta fantasía recurría al mismo razonamiento que daba la mujer que decía: «No quiero tener que dar explicaciones a Jesucristo». Las fantasías de violación eliminaban la culpa. Las mujeres las aceptaban para escapar a la vergüenza impuesta, desde su más temprana infancia, sobre su sexualidad, para escapar a las restricciones que se remontan a siglos y siglos en el pasado. Otra teoría consideraba la fantasía y el placer relacionados con la violación como una forma de romper tabúes.

Un experimento llevado a cabo por Cindy Meston, profesora de Psicología en la Universidad de Austin, en Texas, contribuyó a dar otra explicación. Se realizó en un parque de atracciones y en él se mostraron fotos del sexo opuesto a diversos heterosexuales que luego se montaron en una montaña rusa; se pidió a los sujetos que pusieran nota, en palabras de Meston, «al atractivo de salir con

alguien» antes y después del recorrido. La emoción del miedo se descontrolaba hasta afectar al eros: después de montarse en la atracción, las notas subían. El fenómeno, que Meston nombró «transferencia de excitación», apuntaba a que los circuitos del terror y de la excitación sexual podían estar entretejidos dentro del cerebro, y tal vez eso explicaría lo que una mujer me contó: que sentía que sus fantasías de violación tenían un efecto físico inmediato y directo en su entrepierna, que causaba contracciones del orgasmo.

La idea de que los pensamientos de violación y miedo (o sentimientos de vergüenza por transgredir un tabú) podrían provocar rápidamente los espasmos del clímax tiene sentido en el aspecto anatómico. El autor de esta teoría es Paul Fedoroff, un psiquiatra del Institute of Mental Health Rsearch de la Universidad de Ottawa, especialista en tratar a parafílicos, personas cuyas principales compulsiones eróticas no entran en la norma: fetichistas, exhibicionistas, zoófilos, asesinos en serie con motivaciones sexuales y pedófilos. Como buena parte de lo que rodea a nuestras mal estudiadas identidades sexuales, el razonamiento de Fedoroff se basaba en especulación informada en lugar de apoyarse en pruebas; no obstante, su teoría tuvo bastante repercusión. Según me contó cuando yo estaba buscando un libro sobre parafilias, algunos de sus pacientes parecían sufrir lo que él llamaba un «interruptor resistente» que gobernaba sus sistemas nerviosos parasimpático y simpático. Se trata de dos ramas de nuestro sistema de circuitos autónomos, el cableado que regula las funciones automáticas, como el ritmo del corazón, el sudor y la salivación. El sistema parasimpático controla la excitación, mientras que el simpático nos envía al clímax. «La progresión natural durante el sexo —dijo él— consiste en que el parasimpático se enciende y, en cierto punto, cuando estamos suficientemente excitados, se acciona un interruptor, el simpático entra en acción y empezamos a tener un orgasmo. Sin embargo, el pobre parafílico dispone de un interruptor resistente y perezoso, de ahí que necesite hacer algo extremo para que el sistema simpático se ponga en marcha.» Además del orgasmo, el sistema simpático también toma el control en las situaciones de emergencia. La idea de Fedoroff establecía que algunos parafílicos usan la perversión, lo prohibido, para avivar ese sentimiento de peligro o mortificación, y para crear una emergencia emocional; es decir, aplican una presión añadida en ese interruptor resistente para abrir los senderos simpáticos e impulsar al éxtasis a cerebro y cuerpo.

Muchos de los pacientes de Fedoroff eran criminales convictos, pero él me habló de un caso que en absoluto era criminal. Una pareja heterosexual había acudido a él; la mujer ya no podía tener orgasmos, al menos con su pareja. Había llegado a mantener relaciones sexuales con varios hombres una misma noche, a ver vídeos de mujeres practicando sexo con animales, a grabarse a sí misma masturbándose. Todo ello sí le permitía alcanzar el orgasmo, algo que no lograba con su compañero, por lo que le parecía una causa perdida «hasta que se descubrió que consumía altas dosis de triptófano —escribió Fedoroff en un artículo en una revista— disponibles en tiendas de comida saludable, por problemas de insomnio. Esta sustancia se metaboliza en serotonina, lo que causa dificultades para llegar el orgasmo. Le aconsejaron que dejara de tomar el triptófano, y, poco después, volvió a disfrutar de su capacidad para llegar al orgasmo con su compañero, y, con ello, su interés por el sexo en grupo, el exhibicionismo y la zoofilia desaparecieron».

Según la teoría de Fedoroff, las fantasías de asalto sexual, para algunas mujeres sin problemas de parafilias, podrían servir como mecanismo o forma de activar ese interruptor; podrían proporcionar una emergencia emocional y facilitar el orgasmo.

Sin embargo, para Meana, las fantasías de violación estaban arraigadas en el narcisismo incrustado en el impulso sexual femenino. Conforme hablábamos, resumió sus ideas en una escena emblemática: una mujer atrapada y asaltada contra la pared de un callejón. En ella residía, en su opinión, el símbolo definitivo del deseo femenino. El atacante, vencido por el deseo provococado por una mujer particular, no puede contenerse; rompe todos los códigos, todas las leyes y convenciones para poseerla, y ella, al sentirse el objeto único de una necesidad insoportable, también se entrega.

De inmediato, Meana lamentó la escena que había descrito, la escena del callejón que ella consideraba simbólica. No había usado la palabra «violación», pero la escena la evocaba.

«Odio el término “fantasías de violación” —dijo rápidamente. Recalcó que la expresión era paradójica; no tenía significado—. En las fantasías controlamos los estímulos, pero en la violación carecemos absolutamente de control.» Las dos ideas no podían coexistir.

«En realidad, son fantasías de sumisión», prosiguió. Continuó hablando sobre el placer de ser deseada hasta tal punto que la voluntad del agresor sea dominarla, tomarla. «Pero “agresión”,

“dominación”… —repasó concienzudamente los términos que se le ocurrían mientras intentaba expresar lo que deseaba—. Tengo que buscar palabras mejores. Ni siquiera “sumisión” es una palabra demasiado adecuada.» No reflejaba lo que las mujeres imaginaban como culminación de la escena planteada por Meana: su conformidad servicial.

Aun así, parecía vagamente afligida; sabía que su análisis del lenguaje no podía suavizar el tema. Por mucho que ella se centrara en el vocabulario, la fantasía del callejón conservaba su aura de violencia. Y como Bivona y Critelli habían señalado, la paradoja lógica, evocar la falta de control de uno mismo, no significaba exactamente que la mujer que fantaseaba no se sumergiera en una experiencia de asalto sexual. El asalto no era real, por supuesto; la inmersión era sólo parcial. Pero la violencia y la subyugación seguían presentes, aunque fuera sólo mentalmente. Las fantasías se ubican en una esfera muy alejada de lo real, y, sin embargo, psicológicamente cerca de ello. ¿Son diferentes de cualquiera de los demás deseos que nos asaltan de forma intensa y que aun así no pensamos llevar a la práctica jamás, como cometer un crimen para hacernos ricos, por ejemplo, o infligir daño a nuestros enemigos? No realizamos estas fantasías, y no queremos que pasen de nuestra mente a la realidad. No lo queremos en absoluto; sería una pesadilla. Y a pesar de todo, nuestras fantasías dicen mucho de nuestros deseos.

Cuando Meana me habló por primera vez sobre la escena del callejón, la estaba entrevistando para un artículo de una revista. Justo antes de que la historia se publicara, conversamos por teléfono. Me sugirió que cambiara la manera de presentar las cosas: debería especificar que no era un extraño quien empujaba a la mujer contra la pared, sino alguien al que conocía.

No recordaba ese detalle de nuestras discusiones. Le pregunté si estaba segura de que ese cambio representaba lo que de verdad pensaba. Ella dudó. Le preocupaba que, sin ese añadido, la escena fuera demasiado similar a una violación y que ella pareciera justificar ese tipo de ataque. Le aseguré que había dejado clara la diferencia entre las gratificaciones de lo inventado y los horrores de lo real, pero ella seguía intranquila. Creía que toda su investigación se reduciría a la escena del callejón y que eso sería lo único de lo que la gente se acordaría. Parecía que no podía quitarse de la cabeza la preocupación por ese lugar oscuro, casi como si fuera la única cosa de la que hubiera hablado. Le dimos vueltas a la cuestión de si el hombre era o no era un extraño. Yo le pregunté quién

podría ser él exactamente. Y discutimos las posibilidades: podía ser una cita; alguien a quien la mujer acababa de conocer. Pero no había forma de llegar a una conclusión. Parecía más fiel, no sólo a su teoría sino también a las variaciones entre las propias fantasías de las mujeres, que el hombre sólo apareciera caracterizado por la fuerza de su deseo.

Al final acordamos no hacer ningún cambio, aunque no por ello cesó su inquietud ni su deseo de suavizar la escena. Cuando se publicó el artículo, Meana se vio desbordada. Su bandeja de entrada se llenó con cientos de correos electrónicos. Oprah Winfrey, la popular presentadora de televisión, le pidió que fuera a su programa. «Me he convertido en la mujer subyugadora», me dijo más tarde Meana cuando volví a verla en Las Vegas. Todas las reacciones a sus palabras se habían centrado en la escena del callejón. Y algunas de las respuestas fueron más que vehementes. «He sentido mucho odio. La gente me ha acusado de formar parte de la maquinaria que aplasta a las mujeres y de incitar a los hombres a la violación.»

Sin embargo, hubo otras muchas respuestas en un sentido diferente. Cuando Oprah presentó a Meana, planteó los sentimientos encontrados que le provocaba la imagen del callejón, pero también puso una cinta en la que una mujer alegre, común y corriente parafraseaba la esencia del escenario de Meana. Y entre los correos electrónicos había algunos llenos de gratitud.

«Había muchos mensajes de mujeres que ostentaban un enorme poder que me daban las gracias por abrir un debate sobre elementos de sexualidad que no encajan claramente en una ideología concreta —dijo Meana, aliviada—. Una mujer del mundo artístico de Nueva York me dijo: "No podía sostener lo que usted explicó sin sentirme avergonzada, como si mi erotismo me hiciera una participante servicial del sistema patriarcal".»

Aun así, Meana seguía intranquila. Toda la atención había sacado a la superficie algo oculto, un rechazo latente a estudiar el sexo en su integridad, una especie de vergüenza, de miedo. «Incluso nosotros, quienes llevamos a cabo estas investigaciones, hemos internalizado la sexofobia cultural. Todo iba bien cuando yo estaba sola en mi laboratorio, con mis estudiantes, pero trabajar bajo el foco, no. De repente, me encontré preguntándome a mí misma por qué estaba estudiando algo tan intrascendente; por qué no me dedicaba a estudiar la depresión o el suicidio. Tenía que parar esos pensamientos. Tuve que recordármelo a mí misma: ¿cómo puede considerarse el sexo intrascendente? —Hizo una pausa—. Estoy

muy segura de mi feminismo. Siento que piso terreno sólido. Lo que decía en el artículo se salía de lo que se ha convertido en la forma convencional, cómoda, de hablar sobre la sexualidad femenina, una forma suavizada que permite que todo el mundo se sienta bien. No creo que mi afirmación fuera misógina. No creo que fuera dañina. Si me preguntan si creo que algunas situaciones sólo resultan excitantes debido a una estructura social que quita poder a las mujeres, o si algunas fantasías son una erotización de esa falta de poder, debería responder que lo ignoro. Pero sí sé que veo el mundo desde una perspectiva feminista, y es coherente con esa misma perspectiva querer que las mujeres sean capaces de ser quienes son sexualmente.»

Casi sonaba cómoda. Casi parecía haber encontrado terreno firme. Pero los cimientos de ese terreno parecían inseguros, como si en cualquier momento el suelo pudiera volverse traicionero. El callejón no era un buen lugar para quedarse.

¿Esas fantasías, en palabras de Meana, «resultaban excitantes sólo por la estructura social existente»? ¿Qué hay del anhelo narcisista que subyace bajo todo eso, qué lleva a pensar en el director del instituto, en el hijo del terrateniente, a fantasear sobre la violación contra la máquina de *pinball* en la escena de *Acusados?* ¿Era todo eso «una erotización de la subyugación de la mujer»? Meana planteó el dilema que siempre rondaba: ¿cultura o genes?

Al pensar en *Deidrah*, se aprecia la importancia del impacto social. ¿Qué otro factor si no la cultura, podía explicar la enorme diferencia entre la agresiva sexualidad de *Deidrah* en su búsqueda de compañeros y el deseo de las mujeres de ser deseadas, que predeterminaba el placer de ser perseguidas? Los hombres han convertido a chicas y mujeres en objetos; las chicas y las mujeres, que viven en un mundo dirigido por hombres, asumen la perspectiva masculina como propia y se objetivizan a sí mismas. ¿Había anulado la cultura en las mujeres el deseo que mostraba de *Deidrah* y completamente moldeado el de otras mujeres?

Sin embargo, cuando Meana contemplaba la psique, se llamaba a sí misma esencialista, por encima de todo. En cuanto a la interacción entre naturaleza y educación, daba más importancia a lo innato. Se decantaba por esa postura con cautela. Su esencialismo era una intuición, una sensación. Sabía que no había manera alguna de medir lo innato frente a lo adquirido, al menos no por ahora; no había forma de asignar un porcentaje a su papel en el narcisismo o en las fantasías de violación. Una enorme cantidad de libros de

psicología divulgativa afirma con confianza que hay un vínculo totalmente determinante entre los niveles innatos de testosterona y una infinidad de formas de agresividad y pasividad, entre ellas, muchas formas de sexualidad que se dan, tanto en hombres como en mujeres. Los factores genéticos proporcionan a los hombres muchas más hormonas, según el recuento en el flujo sanguíneo, y esto los hace mucho más agresivos. Sin embargo, frente a esta lista de factores que seducen por su lógica las pruebas nos devuelven de nuevo al caso de *Deidrah*. Comparadas con el macho rhesus, las hembras tienen mucha menos testosterona, igual que ocurre entre mujeres y hombres. En cambio, ellas son las que dirigen la función sexual, inician las batallas y gobiernan el mundo de la política de los macacos.

La inclinación intuitiva de Meana hacia lo innato contribuía a crearle una incomodidad referente al atractivo de la escena del callejón. Enfatizar la importancia de la genética implicaba que no había escapatoria, que la atracción era fundamental.

A Chivers le obsesionaba el tema de manera similar. Veía que la cultura esculpía sin cesar la sexualidad de las mujeres, pero su misión era mirar siempre más allá de eso, observar y examinar lo que estaba fuera del alcance de la sociedad, y ello la situaba frente al problema de la violación. Conocía los resultados incipientes del experimento de un colega: en las mujeres, el flujo de la sangre a los genitales alcanzaba su punto máximo cuando éstas escuchaban las escenas de violaciones en un laboratorio. Otro experimento de Chivers demostró también que las situaciones de miedo o euforia no desencadenaban ninguna contracción vaginal si el sexo no estaba involucrado. En una comparación, puso vídeos de una mujer a la que un violador o bien un perro rabioso perseguía escaleras abajo. Sólo la escena sexual hacía fluir la sangre hacia los genitales. Asimismo, Chivers examinó estudios de víctimas que documentaban no sólo la lubricación de éstas durante la violación sino también, en ocasiones, el orgasmo durante el asalto sexual. Y de su trabajo como terapeuta en el programa posdoctoral en Toronto recordaba que algunas supervivientes de una violación le habían confiado que se habían excitado y que habían llegado incluso al orgasmo. ¿Cómo se puede comprender algo así? ¿Cómo entender estas pruebas desgarradoras? ¿Había algo más inscrito profundamente, algo intrínseco que formara parte de todo este proceso? Chivers sentía que era así. Y ayudó a crear una teoría tranquilizadora: dado que las mujeres prehistóricas habían estado siempre sometidas a ataques sexuales, habían desarrollado genéticamente una capacidad de

lubricación automática frente a la posibilidad de todo tipo de incitaciones sexuales, como protección ante desgarros vaginales, infección, infertilidad o incluso muerte. La excitación genital puede no representar el deseo, argumentaba ella, sino que más bien podría ser parte de un sistema neutral, puramente reflexivo, un sistema de algún modo entrelazado pero separado del funcionamiento de las libidos de las mujeres. Y los ejemplos de orgasmos podrían no reflejar otra cosa más que la fricción.

Aunque la teoría de sistemas separados parecía elaborada, también era arriesgada. Desafiaba el pensamiento más simple: aquel para el que estar húmeda significa estar excitada, que no hay nada muy neutral, igual que cuando los hombres tienen una erección. Poco a poco, Chivers se decidió por lo que quizás había sido obvio durante todo el tiempo, que era posible excitarse con todo tipo de cosas que uno, de hecho, no busca. Con relaciones sexuales entre bonobos y con un asalto sexual.

«Camino por una línea frágil, política y personalmente, al hablar con franqueza sobre la violación —dijo—. Nunca jamás querría transmitir el mensaje de que alguien tiene el derecho a quitar la autonomía de la mujer sobre su propio cuerpo. La excitación no comporta un consentimiento.»

Ésta era una de las fantasías de Ndulu: «Un hombre blanco sin cara me empuja contra la pared, me sujeta con el codo para que no pueda moverme y me penetra con su polla dura como una roca. Me susurra al oído todas las cosas viciosas que quiere hacerle a mi cuerpo. Me dice que me va a meter tan adentro la polla que voy a notarla hasta en el estómago; dice que si no me porto bien, llamará a su amigo, que está justo fuera, con la oreja pegada a la puerta, masturbándose violentamente, y entrará a follarme también. Me pregunta si eso me gustaría. ¿Desearía tener dos pollas dentro de mí? Me penetra con fuerza y dureza desde detrás, de pie. Justo cuando empieza a gritar en voz muy alta mientras se corre dentro de mí, su amigo aparece y me folla por el culo. Ambos gritan con tanto placer que casi parece que lloren».

Ésas solían ser las fantasías de Ndulu, y la violencia de los hombres, su incontenible lujuria y éxtasis, que se traducían en esos alaridos, se hacía cada vez más intenso (y doloroso). Ndulu había crecido en las instalaciones de una empresa petrolífera americana en el oeste de África y en Europa, había ido a una universidad en el Medio Oeste de Estados Unidos y en ese momento vivía en Nueva York, donde trabajaba como diseñadora gráfica. Durante su niñez,

su adolescencia y los primeros años de su juventud había aprendido que su piel, su pelo y sus rasgos conformaban una apariencia global que se situaba en algún punto entre lo que se toleraba y lo que no se aceptaba. Esto se cumplía, sobre todo, en lo que concernía al tono de su piel. «En invierno —explicó ella—, es un tono medio, pero en verano, haga lo que haga, se oscurece. En verano casi ni puedo mirarme al espejo.»

Explicó que su madre siempre le había dejado muy claro que la piel clara era más atractiva que la oscura. Durante su niñez, la madre de Ndulu había observado cómo su propia madre miraba con adoración la cara más pálida de la tía de Ndulu. «En las familias negras, siempre se plantea este problema. En África no es diferente. Mi tía era considerada la guapa de su pueblo porque tenía la piel muy clara. Mi abuela pasaba todo su tiempo con ella.»

En su adolescencia, Ndulu había hecho lo que todas las chicas de una ciudad del oeste de África hacían, lo que había empezado a aprender de su madre antes incluso de empezar a hablar. Para dar un aspecto menos crespado a su pelo, se ponía una grasa que era de color amarillo pálido, como las natillas. «No era tan espesa como la mantequilla, pero era densa y más grasienta, tenías que ponerte mucha. Se escurría por los lados de la cara cuando estabas al sol.»

En Nueva York, intentaba desengancharse del aceite llevando el pelo bastante corto. Pero no lo había dejado todavía; no esperaba hacerlo. «Es muy común. Me parece que no conozco ni a una sola mujer negra que no lo use. Es simplemente algo que tenemos que llevar. Es para que el pelo se parezca más al de los blancos. Lo odio. Me recuerda lo que soy y lo que no soy.»

Después añadió: «He leído *Ojos azules* —y me habló de las lecciones de la novela de Toni Morrison—. Sé cómo debería ser, sé cómo debería actuar con todo el rollo de reafirmar la identidad. En la universidad escribí trabajos sobre la diversidad y en ellos decía que todo el mundo era igual y bello. Pero no me siento así».

Los miembros de su universidad eran casi cien por cien blancos; sus amigas eran un grupo aislado de mujeres negras. A menudo hablaban de estrellas del pop negras y de los estudiantes sobre los que fantaseaban, de la superioridad de los hombres negros —del tamaño de sus penes, de su piel sin vello—, y ahora sus amigos gays —blancos, asiáticos— hacían lo mismo. Y durante todo el tiempo lo que sentía era que ser el centro del deseo violento de un hombre blanco significaba, del modo más absoluto, ser deseable («todas mis fantasías están protagonizadas por un hombre blanco; y, menos cuando no le veo la cara, es guapo, guapo más allá de las palabras;

es alto, con ojos azul celeste, pelo oscuro»).

El camarero era bastante alto, de hombros anchos, con ojos azules y pelo oscuro. «Estaba buenísimo», dijo ella después. Se dirigió al lavabo y él la siguió; a continuación abrió el grifo del todo, y el agua sonaba ruidosa. ¿Cuánto ruido podía hacer un beso?, se preguntó para sí. Él se apoyó contra la pared y la atrajo hacia sí. Ella puso las manos a ambos lados de los hombros con el dorso tocando los azulejos de la pared; los dedos de él alcanzaron su culo. En algún momento, se sacó el pene de los pantalones, y ella lo sintió, empalmado, cerca de la cintura. Deseaba estar contra la pared, pero no importaba, la idea quedó aplastada por la fuerza de sus manos.

El grifo siguió haciendo ruido. «Chúpamela», le dijo él. Incluso más que sus rasgos, ahora parecía que su voz salía directamente de su imaginación, de sus momentos privados de deseo: la forma como repetía las palabras ni siquiera contenía el tono de una pregunta.

Ella apartó las manos de la pared, se irguió y dio un paso atrás. De nuevo, él le dijo lo que quería.

«Tengo que irme», dijo ella; él respondió: «No, no tienes por qué». «Te digo que tengo que irme.» «Quédate.»

Cuando lo intentó, cuando se volvió, no consiguió abrir el pestillo.

«He estado bebiendo —protestó ella—. Tengo novio.»

«¿Ah, sí? ¿De verdad?» Él la sujetó con fuerza.

«Tengo novio —mintió ella—. Necesito irme.»

Algo cambió en la cara de él; cuando volvió a hablar, su osadía había desaparecido de su voz, como por el impacto de una ola. Parecía desorientado, perdido.

«Está bien», dijo él.

En esa ocasión, Ndulu pudo abrir la puerta.

Cuando ella apareció, sus amigos estaban alborotados. Supusieron que había hecho algo más que besarlo. David insistió en que les describiera su pene. A menudo, él amenizaba las veladas hablándole de las dimensiones de sus conquistas. «No voy a hablar de eso», dijo Ndulu. Segundos después, confesó que no había llegado hasta el final. Cuando sus amigos se quejaron, ella se disculpó, y cuando le preguntaron la razón, respondió que no lo sabía. «Simplemente no pude», les dijo. Después se fue a casa, se acostó y dejó que la escena se desarrollara en su cabeza, pero de forma diferente, desde el momento en que le había pedido al camarero que la dejara y ella no había podido abrir la puerta. Mientras tanto se acariciaba sin dejar de fantasear con la situación

hasta que llegó al orgasmo y dejó que éste se adueñara de su mente, que la anulara. Y volvió a hacerlo a la mañana siguiente, y de nuevo por la noche, y muchas más mañanas y noches de las que podía contar.

Capítulo 7

MONOGAMIA

Thomas, el esposo de Alison, era un joven entrenador de baloncesto. Enseñaba el bloqueo y, a continuación, la postura defensiva, el modo correcto de recibir un pase y la manera adecuada de preparar el lanzamiento de un tiro libre. Creía en los conceptos fundamentales. Creía que daba igual que sus jugadores de once años no aprendieran nada más; aunque no volvieran a tocar una pelota de baloncesto después de estar entrenando una temporada con él, la práctica y los partidos en los que habían participado bajo su dirección merecerían la pena si conservaban las doce habilidades básicas del baloncesto o, al menos, reconocían su importancia. En su opinión, la vida también era una cuestión de conceptos fundamentales, y tenía la esperanza de intervenir en la preparación de los chavales no sólo a la hora de ganar en un deporte, sino para que también prosperaran en los años venideros. Además era abogado de una compañía, pero le encantaba entrenar a los Blazers los miércoles por la tarde y esperaba con ganas los partidos de los sábados por la mañana, más que cualquier cosa que estuviera relacionada con su bien remunerado trabajo.

Alison conocía de memoria esas doce habilidades, o como mínimo nueve de ellas. Bueno, por lo menos las habría podido enumerar cuatro años atrás, cuando su hijo Derek había comenzado a entrenar. Pero Derek había dejado el baloncesto dos años después. Se había convertido en el encargado de mantenimiento, marcador, entrenador ayudante y chico para todo extraoficial del equipo de su padre, y desde entonces el recuerdo de los conceptos fundamentales había disminuido.

Derek se había retirado del baloncesto por voluntad propia cuando estaba en sexto de primaria. Se había dado cuenta de que no era buen jugador. No sólo era más bajo y rechoncho que sus compañeros de equipo, sino que además tenía peor coordinación, como expuso a sus padres. Éstos se echaron a reír cuando les dijo que prefería un puesto en el «departamento de mantenimiento» y comentaron la decisión con él antes de abrazarlo y mostrarse de

acuerdo. Sin embargo, en su primera temporada en su nuevo puesto, Alison dejó de ir a los entrenamientos, y luego a los partidos. Le dijo a su marido y a su hijo que no podía ir por su trabajo como abogada, y también que la hermana de Derek ya era lo bastante mayor como para tener sus propios planes. Sin embargo, Alison sospechaba, y lo sospechaba con algo parecido a una desagradable certidumbre, que no sólo estaba evitando la visión de cómo su hijo les ponía toallas en los hombros a los chicos y las chicas del equipo (era una liga mixta) o eludiendo los halagadores cumplidos de las demás madres sobre Derek, sino que también estaba evitando una imagen nueva, no, parcialmente nueva, de su esposo Thomas. No quería verle enseñando la técnica del pase exterior o cómo trazaba una nueva jugada en la pizarra de mano durante el tiempo muerto.

Cuando empezó la segunda temporada de ayudante de su hijo, éste le suplicó que acudiera al partido inaugural. Así que, después de que Thomas preparara el desayuno, cargara el lavavajillas, limpiara la cocina y se fuera con Derek al centro deportivo comunitario de Nueva Jersey para asegurarse de que todo estaba listo para la llegada de los Blazers, Alison ayudó a la hermana de Derek a elegir un vestido especial y les siguió en su coche.

Un círculo y una línea delimitan el debate en sexología, un debate sobre el rumbo y la velocidad natural del deseo femenino, una disputa enredada con una pregunta: ¿le sienta bien el matrimonio y la monogamia a la libido femenina?

Rosemary Basson, doctora y profesora de Psiquiatría y Ginecología en la Universidad de la Columbia Británica, comenzó a idear y a dibujar el círculo hace más de diez años. Lo dibujó para sus pacientes femeninas y sus parejas, para mujeres preocupadas por su falta de apetito sexual. Ahora tiene poco más de sesenta años, y lleva su sedoso cabello castaño corto y por encima de las orejas. Su voz es muy suave y tiene la tez pálida. El día que hablamos, mientras tomábamos un café en su oficina de Vancouver, llevaba puesta una falda con caída y estampado de hojas, lo que le daba un aspecto etéreo, casi informe. Sin embargo, había en su forma de hablar una seriedad parecida a la de una gobernanta. Se había sentido atraída por el tema del eros siendo internista en Gran Bretaña. Estaba entonces asignada a un pabellón con pacientes que habían sufrido daños en la espina dorsal, por lo que ingresaban constantemente hombres paralizados por accidentes de motocicleta. De vez en cuando tenía que enfrentarse con un hombre que lograba

reunir el valor necesario para preguntarse cómo podría practicar el sexo o si alguna vez sería capaz de ello. Le pidió consejo a un supervisor. «Cambia de tema. Cambia de tema», le respondió éste. Todavía recuerda el tono de voz: tenso, aterrorizado. Desde entonces se ha dedicado al estudio del sexo.

Basson dibujó un diagrama circular con el lápiz. Recordó con orgullo su primer artículo en una revista médica. La Biblia profesional de la psiquiatría, el *Manual de diagnóstico y estadísticas de los desórdenes mentales*, (*DSM* son sus siglas en inglés), estaba a punto de consagrar en sus páginas las ideas de la doctora. Se trata de una obra inmensa que contiene los criterios que se requieren para diagnosticar diversos trastornos, desde el autismo hasta las disfunciones sexuales, y distingue lo normal de lo anormal. En su diagrama, Basson dibujó una imagen del deseo de la mujer como algo con un crecimiento intrínsecamente lento. Es el resultado de una serie de decisiones. Apenas se puede considerar un impulso. «No estamos hablando de un ansia innata», declaró.

El intrincado diagrama pretendía representar el progreso paso a paso de un encuentro sexual satisfactorio para una mujer. El dibujo empezaba con un cuadrado en el extremo superior del círculo. Dentro del cuadrado, el principio del encuentro, se leía la frase «razones para el sexo». Era poco probable el simple deseo lujurioso, aunque era una de las posibilidades. Basson me explicó mientras dibujaba que era mucho más probable que cualquier mujer realizara un cálculo deliberado basado en la esperanza de conseguir un resultado como, por ejemplo, «sentirse positivamente amada de un modo emocional y sentimental». Las palabras «excitación», y después «deseo», aparecieron por fin al cabo de unos dos tercios del recorrido del círculo; en esta etapa tardía, las sensaciones físicas, el placer y el deseo tomaron el mando, hasta cierto punto. Sin embargo, tal y como me explicó ella, esto dependía de que la pareja mostrara «respeto», de que la mujer se sintiera «segura», de que ambos se encontraran en «el contexto adecuado», de que el contacto de la otra parte se considerara correcto. Al escucharla, me resultó difícil no imaginarme un ramo de flores, un dormitorio con las luces tenues o apagadas, una esposa con tendencias básicamente mimosas, las delicadas caricias de un esposo.

¿Y qué había en el otro extremo del círculo? ¿Cuál era la culminación? En el diagrama se veía «satisfacción sexual +/– orgasmos», pero en algunas versiones ni siquiera formaba parte de la estructura principal del propio diagrama. Lo físico, lo carnal, no importaba tanto. Al final se encontraban recompensas no sexuales…

Intimidad.

Para Basson, ése era el estado natural de la sexualidad femenina. No defendía este punto de vista basándose en una investigación formal. Me dijo que había desarrollado el diagrama a partir de su propia experiencia clínica y que las pacientes agradecidas le habían suplicado que lo publicara. Y aunque pueda parecer que el diagrama representa la lánguida realidad de los dormitorios de muchas mujeres, su afirmación de que había trazado la imagen de lo innato dejaba completamente de lado las reacciones genitales inmediatas de las mujeres de Chivers, y la tremenda cachondez de los monos de Wallen y de las ratas de Pfaus. La imagen recatada y singular que ha planteado sorprendentemente, ha sido aceptada por la profesión psiquiátrica, desde los editores del *DSM* hasta las hordas de terapeutas sexuales, como si fuera algo nuevo y sabio.

Una de las razones que explicaban este retroceso era a la vez estética y política. El círculo de Basson sustituía una línea, un diagrama —que se atribuye a Masters y a Johnson, junto a la psicoterapeuta y sexóloga Helen Singer Kaplan— que se ha aplicado tanto a hombres como a mujeres, y su progresión es aproximadamente ésta: el deseo (en primer lugar, no en una casi última posición retrasada), seguido de la excitación física y, a continuación, el placer. Esta línea podría parecer, desde un cierto punto de vista femenino, un tanto fálica y patriarcal, y desde luego antifemenina en su simbolismo, pero al menos Basson ofrecía una alternativa, aunque su mujer libre de deseo fuese casi un ejemplo del ideal victoriano.

Otra razón del retroceso estaba relacionada con una batalla desproporcionada de David contra Goliat, en la que algunos terapeutas se veían como unos heroicos luchadores contra la industria farmacéutica y contra su ansia de encontrar y comercializar, con la aprobación gubernamental o no, lo que se ha dado en llamar la Viagra femenina. Desde finales de la década de 1990, cuando las compañías farmacéuticas empezaron a ganar miles de millones de dólares ayudando a tener erecciones con un compuesto químico que afectaba a los capilares del pene, esas mismas compañías han buscado el equivalente para las mujeres. Sin embargo, no les ha salido bien porque los problemas sexuales de las mujeres no suelen ser de tipo genital, sino que se encuentran atrincherados en las complejidades psicológicas. Mientras tanto, un grupo de médicos ha iniciado una campaña, que se libra sobre todo dentro de la profesión médica, pero también en los medios de comunicación, para asegurarse de que las compañías farmacéuticas

no consigan convencer a un enorme número de mujeres de la necesidad de sentir más impulsos sexuales, de que necesitan un fármaco como ayuda, el cual no tardará en aparecer. El círculo de Basson se ha convertido en un símbolo útil para esta campaña, encabezada por Leonore Tiefer, catedrática de psiquiatría de la Universidad de Nueva York y autora de un libro muy polémico, *El sexo no es un acto natural*, que amplifica las palabras de Basson: «No se trata de una necesidad innata». En lo referente a la actitud de Basson respecto a la industria farmacéutica, ésta me contestó que «ya existen suficientes drogas para violar». Los hombres meterían en las bebidas de las mujeres píldoras para promover el deseo en vez de pastillas para dormir con el fin de facilitar sus ataques sexuales. La modestia femenina necesitaba protección.

Pero, sobre todo, el círculo quedó consagrado como terapia psiquiátrica porque proporcionaba a los terapeutas sexuales y a los consejeros de pareja la solución a uno de sus problemas más persistentes y difíciles: el escaso o inexistente deseo de las mujeres hacia sus parejas de larga duración. La solución consistió en rebajar las expectativas. Los médicos se han aferrado a este diagrama. Lo han destilado hasta dejarlo reducido a una lección de seis palabras que enseñan durante el tratamiento: el deseo sigue a la excitación. Lo que enseñan es que puede que la excitación lleve cierto tiempo, por lo que se necesita cierta paciencia. La lentitud y la suavidad son más que apropiadas. Hay que eliminar la palabra «lujuria» del vocabulario. Al rebajar el nivel, el círculo ofrecía a los terapeutas un estándar para el tratamiento que quizá podrían cumplir.

Y mientras tanto, la monogamia parecía flotar como un ángel invisible sobre el diagrama de Basson. Ésta admitió en alguna ocasión que lo nuevo puede ser la clave para el inicio del deseo. Sin embargo, para ella, el compromiso, la fidelidad, la confianza y la familia eran los aliados del eros femenino. La ternura y la intimidad acompañaban a la mujer a lo largo del círculo hacia el gran premio de una mayor ternura e intimidad.

Una colega de Basson en la Universidad de la Columbia Británica, Lori Brotto, trabajaba en el comité de sexualidad del *DSM*, un grupo de trece personas que estaba a punto de revisar por completo el manual, por primera vez desde principios de la década de 1990. Brotto, que estaba a cargo de la sección del deseo femenino, tiene unos pómulos altos y una cara angulosa, y lleva el cabello cortado a la moda a la altura de la mandíbula. Cuando hablamos sobre lo que el actual *DSM* llama «desorden hipoactivo del deseo sexual» (HSDD,

por sus siglas en inglés,) me dijo: «A veces me pregunto si el problema no es más bien el aburrimiento que la libido». Para ella la monogamia no es un ángel protector, sino el ángel de la guadaña.

Brotto es una psicóloga cuyo trabajo sobre la sexualidad ha examinado desde las hormonas hasta la acupuntura. Ha tratado a mujeres con HSDD en sesiones individuales y de grupo, «y a menos que estemos hablando de un HSDD de por vida, que es algo muy excepcional, el impacto de la duración de las relaciones es algo que aparece de forma constante». Me mostró un estudio australiano que había trabajado con cientos de mujeres en edad madura y en el que se había monitorizado su actividad hormonal desde que tenían cuarenta años hasta pasada la menopausia; con ello se había demostrado que las hormonas no eran tan problemáticas como el periodo de tiempo que la mujer llevaba con la misma pareja. La psiquiatra Lorraine Dennerstein, quien dirigió la investigación, fue más enfática: «Los sentimientos sexuales de una nueva relación pueden anular con facilidad los factores hormonales».

Pero Brotto, que está en mitad de la treintena, que lleva casada ocho años, que estaba embarazada de su tercer hijo cuando nos conocimos en una conferencia sobre psiquiatría, no pretendía ensombrecer el ideal de una relación larga y fiel. Sólo hablaba sobre un aspecto de esas relaciones, el sexual. Y puesto que la monogamia era un estándar imperante no sólo en la sociedad, sino también en la profesión, para que tuviera éxito una relación de pareja introdujo las ideas de Basson en el *DSM*, puesto que prácticamente nadie había cuestionado esos principios dentro del comité. Eran ideas que Brotto había utilizado con sus pacientes, la mayoría de ellos unidos sentimentalmente a la misma persona desde hacía años. Enseñaba el círculo, cómo «el deseo sigue a la excitación» y esos conceptos como un modo de empezar a enfrentarse al desinterés por el sexo.

¿Siete años? ¿Dos? ¿Menos? ¿Más? Es imposible definir una relación de larga duración, lo mismo que los puntos de inflexión. Pero si Brotto podía contribuir a que sus pacientes fueran más receptivas a los contactos de sus parejas, podría ayudarlas a sentirse más excitadas físicamente, a que aunque empezaran cualquier encuentro sexual sintiendo indiferencia hacia los movimientos previos de sus parejas, acabaran alcanzando un estado de deseo. Para ello empleó un pequeño cuenco de pasas en sus terapias de grupo, integradas por seis mujeres sentadas por parejas en mesas de color beige pegadas entre sí. La terapia se desarrolla en una sala de reuniones sin ventanas, y en ella le pedía a cada paciente que tomara sólo una pasa. «Fijaos bien en la topografía de vuestra pasa

—les decía con voz tranquila, y su acento canadiense abreviaba algunas de las vocales—. Los valles y las cimas, los rebordes salientes y las hondonadas oscuras.»

Su carrera, el camino que ha seguido hasta el ejercicio de las pasas y su peculiar cargo en el comité del *DSM* fueron producto de la casualidad. Cuando Brotto era estudiante de primer curso de facultad, sólo sabía que quería investigar, sin importarle en qué campo. No había considerado en absoluto la posibilidad de dedicarse a la sexología. «Me crié en un entorno italiano y católico donde no se hablaba para nada de sexo.» Hoy día, del espejo retrovisor de su coche todavía cuelga una pequeña cruz de plata. Llamó entonces a la puerta de varios catedráticos, con la esperanza de que alguno la admitiera como ayudante. Ninguno la aceptó, ya que era demasiado joven. Sin embargo, por fin uno la invitó a ayudarle en su investigación sobre los antidepresivos y sus efectos en la libido de las ratas macho. Así pues, durante los tres años siguientes se dedicó a cronometrar y llevar el cálculo de las copulaciones de las ratas. Cuando le llegó el momento de doctorarse, decidió abandonar la investigación animal y centrarse en el trabajo clínico, «porque la habitación de las ratas olía muy mal», según sus propias palabras.

Durante su formación superior, estuvo un tiempo trabajando con pacientes con trastorno límite de personalidad. Este trastorno mental destroza la imagen que se tiene de uno mismo hasta un punto horrible: la percepción propia se convierte en algo odioso. Los afectados se sienten impulsados a infligirse cortes o a quemarse a sí mismos, y ansían sustituir la desesperación infinita por un dolor finito. El supervisor de Brotto había desarrollado un tratamiento que tomaba prestada la técnica budista de la conciencia focalizada. La idea era que la conciencia aguda de la experiencia más cercana e infinitesimal, hasta el ritmo de la respiración o de los latidos, podría ayudar a los pacientes a centrarse en el presente y reducir la sensación de vivir un tormento sin límites.

Mientras trabajaba con este supervisor, Brotto también intentaba ayudar a las pacientes con cáncer ginecológico con sus problemas sexuales después de pasar por el quirófano. Le pareció que las mujeres que hablaban de su libido perdida describían la desconexión y la tristeza que sentían durante el acto sexual con un lenguaje muy parecido al que utilizaban los pacientes de trastorno límite para describir toda su vida. Se preguntó si la conciencia focalizada podría ayudar a esas mujeres a escapar de ese estado de desapego y a ponerlas en contacto con las sensaciones.

Lo experimentó un poco consigo misma. No creía que careciera de deseo, pero le gustaba considerarse algunas veces como «una *n* de un sólo número», un único elemento de prueba para sus ideas. Además de la conciencia focalizada, el tratamiento que había desarrollado su supervisor para el trastorno límite de personalidad incluía la terapia cognitiva, con un hincapié especial en cambiar la forma de pensar, en revertir el hábito de la concepción negativa de uno mismo. Un día Brotto intentó esa combinación en la clase de yoga.

Mientras adaptaba las posturas habituales de yoga, se esforzó por lograr «una relocalización cognitiva». «Me dije a mí misma una y otra vez, como si fuera un mantra, que era una mujer muy sexual, una mujer que respondía a los estímulos. No es que yo no fuera una persona sexual, pero empecé a decirme de un modo muy consciente todo esto, a adoptar esa personalidad, y ahí estaba la conciencia focalizada. Eso forma parte del yoga: eres muy consciente de lo que está haciendo tu propio cuerpo. Eres consciente de la respiración, de los latidos del corazón. Pero ese día intenté de un modo muy deliberado no sólo escuchar a mi cuerpo, como haría en una sesión normal de yoga, sino además interpretar las señales de mi cuerpo como las señales de mi identidad sexual. Así pues, mi respiración no era una simple respiración propia de la postura; respiraba porque era muy sexual.»

Las sensaciones y la imagen de sí misma se unieron. Se encontraba en una postura difícil, doblada y manteniendo el equilibrio sobre un solo pie y una mano al revés, cuando tuvo esa profunda experiencia. Nada de lo que había intentado mentalmente consigo misma era demasiado nuevo. El poder del pensamiento positivo era algo ya más que aceptado, y la intensa concentración sobre el elemento sensorial recordaba el estilo de terapia sexual realizado por Masters y Johnson varias décadas antes. Sin embargo, al combinar ambas nociones, ocurrió algo revelador. De repente, sus músculos tensos y su corazón palpitante se convirtieron en afirmaciones «de mi vigor sexual, de mi excitabilidad». Cuando acabó la clase, volvió a casa en bicicleta con una sensación revitalizada de su propio cuerpo, de su propio poder.

Brotto tuvo en cuenta lo que había aprendido durante el tratamiento del trastorno límite de personalidad y lo descubierto en las clases de yoga para trabajarlo, en primer lugar, con las pacientes con cáncer ginecológico y, después, con una serie de mujeres que se quejaban de su escaso apetito sexual. Cada vez que mandaba a los grupos a casa les decía que se repitieran allí una y otra vez: «Mi

cuerpo está vivo y es sexual», sin importar si se lo creían o no. También guiaba a las pacientes en la sala de reuniones: «Llevaos la pasa a los labios… Fijaos en que vuestra boca ha empezado a salivar… Meteos la pasa en la boca, pero sin masticar. Cerrad los ojos y sentid su textura… Fijaos dónde tenéis la lengua, fijaos en la saliva que se acumula en la boca… Notad cómo los dientes atraviesan la superficie. Fijaos en la trayectoria del sabor cuando salta del interior, el flujo de la saliva, cómo cambia el sabor por la propia química de vuestro cuerpo. Fijaos en cómo se tensa la mandíbula al masticar, la sensación de la pasa cuando baja por la garganta después de tragarla. Fijaos en el regusto, e incluso en el eco de ese regusto».

Los resultados que consiguió, publicados en las revistas de investigación sexual más importantes, mostraron que sus pacientes declaraban tener la libido más intensa y mejores relaciones, aunque ella se apresuró a lanzar una serie de advertencias: entre otras, que no es fácil medir el deseo; que la gente tiende a afirmar que hay mejoras en los cuestionarios que les entrega aquel que los está tratando; que prácticamente cualquier método que haga que la gente piense en el sexo puede aumentar su interés en practicarlo. Y Brotto no afirmó que no podía concederles a sus pacientes aquello que querían. Me citó una frase de uno de los expedientes: «Quiero practicar sexo como si lo ansiara». Suspiró. No podía proporcionar algo así, no sin algo parecido a un milagro o con alguien nuevo en la cama de la paciente.

Le pregunté sobre un aspecto irónico de su trabajo para el *DSM*: mientras que se suponía que los demás desórdenes eran una anormalidad, el HSDD parecía ser una anormalidad normal, una dolencia que no era de origen psiquiátrico, sino el producto de nuestro entorno doméstico más habitual. Esto lo confirmaron todas las mujeres a las que trató, quienes no habían dejado de tener deseo, pero sí de tener ganas, o que tenían problemas para que les apeteciera hacerlo con sus parejas. Admitió que era un embrollo dentro del razonamiento psiquiátrico.

Por otra parte, Brotto comentó durante varios minutos la forma en que nuestros sueños y promesas de eternidad parecían chocar de un modo inevitable con nuestro ser sexual. «Existe un elemento de tristeza cuando pienso en las mujeres que trato, cuando pienso en las parejas que conozco, cuando pienso en mí misma», me dijo. Dejó escapar otro suspiro o un sonido semejante a un suspiro, un lamento quejumbroso en una octava menor.

Apoyado en la balconada de su torre de observación, desde donde contemplaba a sus monos y recordaba las pequeñas jaulas que distorsionaban la interacción sexual entre machos y hembras, Wallen dejó caer que creía que la monogamia era una jaula social para las mujeres, una de las muchas jaulas sociales que distorsionaban la libido. Habló de la investigación que Brotto había mencionado: los cientos de mujeres a la que se había estudiado durante quince años, con sus relaciones, su bioquímica y su deseo registrados de un modo incesante. «Puede que la idea de que la monogamia es buena para la sexualidad natural de la mujer no sea muy exacta», declaró.

Meana estaba segura de que no lo era. «Tengo amigos varones que, cuando empiezan una relación, me dicen que jamás han estado con una mujer tan sexual. Están emocionados. "Tú espera", me digo a mí misma». La monogamia no sólo no aumentó la sexualidad femenina, sino que probablemente fue peor para las mujeres que para los hombres. Me dijo que no existían suficientes investigaciones al respecto, pero me habló de una encuesta realizada a parejas estables en Alemania donde se mostraba que el deseo de las mujeres desaparecía con mayor rapidez que el de los hombres.

Para ella, una de las razones de que eso ocurra es la necesidad narcisista. Dentro de los límites de la fidelidad, el ansia de la mujer de ser deseada disminuía cada vez más no sólo porque ésta perdía interés en su pareja, sino sobre todo porque tenía la sensación de que su pareja estaba atrapada, que la posibilidad de elección, que la eligiera a ella impulsado por el deseo, ya no existía.

Al igual que Brotto, Meana no ofrecía argumentos contra la fidelidad o contra el matrimonio. A menudo mencionaba a su esposo, y con adoración. Se refería a su carrera como catedrático de literatura, algo que a ella misma le habría gustado hacer. Pero cuando hablaba de su trabajo con parejas, siempre dejaba muy claro que no esperaba disfrutar de mucho éxito en el terreno sexual si la medida del éxito consistía en hacer renacer el deseo. En un tercio de los casos era capaz de lograr que se reavivara algo.

A veces, como parte de su método, planificaba los encuentros sexuales, ya fueran deseados o no, si éstos no se producían de un modo natural. Se convirtió en una monitora, en una vigilante. Daba la impresión de que intentaba sacar, de un modo casi brutal, algo que estaba enterrado. «Noche de follar», lo bautizó de manera cáustica una de las pacientes. Otra de las casadas aceptó esta planificación de forma más alegre. Me dijo que era algo parecido a

hacer ejercicio cuando uno formaba parte de esa mayoría de personas que prefiere leer o ver la televisión: cuando se sale del gimnasio, «con las endorfinas a tope», uno se alegra de haber ido, aunque no esté impaciente por volver al día siguiente.

Meana consideraba que los terapeutas que proclamaban que habían conseguido que se recuperase el deseo de forma habitual no estaban juzgando los resultados obtenidos de un modo riguroso. Creía que se engañaban a sí mismos, que engañaban a todo el mundo. «Esto es un negocio a lo grande, tanto con los libros como con los talleres de trabajo. Podrías escribir un libro lleno de promesas todos los años, y siempre sería un éxito de ventas».

Recordó que en una conferencia había pronunciado un discurso sincero sobre los éxitos de su trabajo. Me contó que una de las terapeutas presentes se le había acercado para hablar de algo bastante corriente. En las sesiones de terapia, una de las mujeres le sugirió que si su marido fuera lo bastante sensible como para ayudarla con las tareas de la casa, quizá lo querría en la cama. Así que la terapeuta lo puso a trabajar. Hizo que lavara los cacharros. Hizo que fregara. Hizo que llevara a los niños a la escuela y que los recogiera. Pero a todo esto no le siguió el sexo. «Les decimos a los hombres que rieguen este pequeño bonsái del deseo de las mujeres —me dijo Meana—. Les decimos que hay que tratar así al bonsái, ¿y qué pasa?»

No se oponía a que los hombres se ocuparan de la mitad de las tareas domésticas, pero el hecho de que pusiera los ojos en blanco cuando se hablaba de intimidad no significaba que no promoviera la empatía en la pareja en sus sesiones de terapia. Lo único que ocurría era que no creía probable que todo eso hiciera crecer el árbol.

Mientras Meana explicaba el problema que presentaba la monogamia en los términos de su teoría del narcisismo, Sarah Blaffer Hrdy, catedrática de antropología y primatología de la Universidad de California en Davis, proponía unas razones evolutivas. Sus ideas desafiaban a los psicólogos evolucionistas que insistían en que las mujeres eran el sexo menos libidinoso, el sexo más apto para ser monógamo. Hrdy comenzó su carrera estudiando a los langures de la India. Los machos de esta especie de monos, de rostro negro rodeado por una capa de pelo de color crema, cometen infanticidios de modo habitual. Se apresuraban a matar a los recién nacidos que no eran suyos. Lo mismo ocurría con los machos de otras especies de primates, por lo que Hrdy creía que la promiscuidad femenina en estos tipos de monos y de babuinos

actuaba como una especie de escudo: enmascaraba la paternidad. Si el macho no estaba seguro de si la cría era suya, no se decantaría tanto por matarla. Esta práctica no está extendida entre todos nuestros antepasados animales: entre los rhesus, los machos tienden a ser cautos y el infanticidio apenas existe. Unir las piezas de la evolución lógica fue un proceso incremental, lleno de patrones incompletos y de causas que no eran universales; pero Hrdy, con su teoría de la promiscuidad como factor protector, añadió un elemento convincente dentro de nuestro pasado.

Además de esta teoría, propuso una idea que podría ser relevante para incontables especies. Giraba en torno al orgasmo. Muchos psicólogos evolucionistas han considerado que el clímax femenino en los humanos y, si existe, en los animales es un subproducto biológico sin función alguna, un desventurado pariente del orgasmo masculino, sin ninguna clase de efecto en la reproducción. Los pezones masculinos se valoran igual: los hombres no producen leche y no necesitan hacerlo para la supervivencia de la especie. El tamaño en miniatura del clítoris respecto al pene ha reforzado el argumento de que el clímax femenino no tiene importancia desde el punto de vista darwiniano, ya que ese órgano femenino parece una ocurrencia de última hora.

De alguna manera, esta idea ha sobrevivido en los recientes estudios sobre los rebordes y salientes del órgano, mientras que el largo periodo de estimulación que necesitan algunas mujeres para alcanzar el orgasmo ha consolidado la noción de que se trata de un subproducto. Si tuviera alguna clase de importancia evolutiva, no sería tan difícil alcanzar el orgasmo. Debería producirse con más facilidad, sobre todo durante el acto sexual conjunto.

Pero el espacio que realmente ocupa el clítoris, si se palpa a través de la vagina, es mayor que el del pene en cuestión de capacidad sensitiva. Y por lo que se refiere a la lentitud para alcanzar el éxtasis, Hrdy le dio la vuelta al argumento predominante. Su opinión fue un claro ejemplo de cómo se puede sustituir un punto de vista masculino por uno femenino. El orgasmo en la mujer podría ser muy bien algo muy importante entre nuestros antepasados. Su tardanza, la necesidad de una sensación prolongada, no sería una contradicción de esa teoría, sino una confirmación. Sería el método que tendría la evolución para asegurarse de que las mujeres fueran libertinas, que pasaran de un modo eficiente de un encuentro sexual a otro y de un modo frecuente de una pareja a la siguiente, que traspasaran la excitación de un encuentro a la estimulación del siguiente, aumentando hasta

llegar al clímax.

La posibilidad de orgasmos múltiples refuerza la teoría de los motivos libertinos. Con la siguiente cópula podría producirse otra descarga en la sangre de sustancias opiáceas, o una serie de descargas. Hrdy afirmó que las ventajas que las hembras pueden obtener de este comportamiento impulsado por el placer pueden variar desde un método de salvaguarda frente al infanticidio en algunas especies de primates hasta, en general, conseguir un esperma más variado y, de esta manera, tener más posibilidades de presentar una compatibilidad genética, de quedarse embarazada o de parir y criar a una descendencia más saludable.

La postura de Hrdy respecto al orgasmo femenino en el sentido de que es algo mucho más importante que una simple anécdota en la evolución tuvo otro tipo de apoyo. Los datos que, recordemos, Pfaus había recogido sobre las contracciones semejantes a orgasmos que tenían las ratas, y que aumentaban las posibilidades de que se quedaran preñadas, concordaban con ciertas pruebas controvertidas y sin confirmar que indicaban que los espasmos de las mujeres guiaban al esperma hacia el interior del útero. Pero incluso aunque las ratas hembras no tuvieran realmente orgasmos, aunque no disfrutaran de la absorbente experiencia que tenemos nosotros, la idea básica de Hrdy sobre el placer femenino se sostenía. Una estimulación abundante sería una recompensa en sí misma, y el beneficio reproductor, el premio definitivo; para nuestros antepasados más cercanos, esto reventaría la monogamia.

Hrdy también resaltó ciertas tendencias en especies más lejanas, como la poliandria en los perros de las praderas o en las golondrinas. Incluso se podía tomar como ejemplo a la hembra de un arácnido llamado seudoescorpión. Tras copular con un macho, si ese mismo macho se le ofrece de nuevo y no han pasado al menos cuarenta y ocho horas, no tendrá interés en copular de nuevo con él, aunque esté lleno de esperma y completamente motivado. Estas hembras parecen estar obligadas a conseguir una serie de parejas diferentes y todo un muestrario de esperma. De hecho, si se le presenta un nuevo macho, estará lista para copular en aproximadamente hora y media.

Meana, Wallen, Chivers, Pfaus, Brotto y Hrdy investigaron cada uno a su modo, con sus trabajos en los laboratorios y en los observatorios, en sesiones de terapia y en la naturaleza salvaje, las suposiciones sobre las mujeres, el sexo y la fidelidad. Luego conocí a Lisa Diamond, quien comenzó nuestra serie de conversaciones resaltando que la unión emocional es la base del deseo de las

mujeres.

Diamond, catedrática de Psicología y de estudios de género en la Universidad de Utah, era una mujer pequeña y de voz aguda que siempre hablaba moviendo mucho las manos, los hombros, el cuello, sus oscuras cejas. Cuando nos vimos por primera vez, antes de una conferencia que Chivers le había invitado a pronunciar en su departamento, acababa de darse a conocer con un libro titulado *Sexual Fluidity*. Tenía la bendición académica por haberlo publicado en Harvard University Press. En los párrafos de presentación escribió: «En 1997, la actriz Anne Heche inició una relación amorosa muy conocida con la presentadora lesbiana Ellen DeGeneres sin que anteriormente hubiera tenido relaciones o encuentros parecidos. Esta relación acabó después de dos años, y Heche se casó a continuación con un hombre. La actriz Cynthia Nixon, de la serie *Sexo en Nueva York*, inició una relación estable con una mujer en el año 2004, después de acabar una unión de quince años con un hombre. Julie Cypher se divorció de un matrimonio heterosexual para comenzar a salir con la música Melissa Etheridge en 1988. Tras vivir juntas doce años, la pareja se separó y Cypher, al igual que Heche, volvió a tener relaciones heterosexuales». La introducción seguía describiendo los cambios sexuales en ambas direcciones de varios personajes femeninos conocidos, y luego preguntaba: «¿Qué está pasando?».

Diamond es una investigadora incansable. El estudio que conforma el eje central de su libro duró más de diez años. Ha monitorizado mediante largas entrevistas y cuestionarios la atracción erótica de centenares de mujeres, quienes, desde el principio, se declararon lesbianas o bisexuales o se negaron a etiquetarse. A partir del análisis de los numerosos saltos que realizaron entre las distintas identidades sexuales y de las detalladas descripciones de su vida sexual, Diamond llegó a la conclusión de que el deseo femenino es, sobre todo, fluido. Tras publicarse el libro, empezó a recoger datos entre las mujeres heterosexuales, datos que le ayudaron a cimentar su teoría y que aclararon todavía más las pruebas conseguidas en sujetos cuya sexualidad parecía inevitablemente más proclive a transformarse o cambiar.

Diamond, cuya pareja desde hace años es una mujer, no defendía que las mujeres carecieran de una orientación innata. Lo que argumentaba era que el deseo femenino lo genera, más de lo que por tradición se asume, un entrelazamiento emocional. El apego era tan sexualmente poderoso que la orientación inicial podía quedar superada por esa emoción. A pesar del provocativo título de

la obra de Diamond, en cierto modo su hipótesis no podía ser más convencional: la cercanía lo era prácticamente todo.

Sin embargo, algo acechaba, algo casi pasado por alto, dentro de sus datos sobre la fluidez: sus sujetos de estudio no mantenían la cercanía con la misma persona. Las relaciones cambiaban de forma periódica, y en el terreno de la fantasía sexual eran traicionadas todo el rato. De repente, dos años después de nuestra primera entrevista, cuando mencioné los problemas de una mujer que relataré a continuación, Diamond me contestó: «El problema de la monogamia se discute cada vez más en la comunidad lesbiana. Los homosexuales llevan años aceptando la posibilidad de tener sexo fuera de la pareja. Ahora lo hacen cada vez más las lesbianas. Resulta interesante que éstas lo llamen poliamor, como si quisieran resaltar el amor o la amistad, en vez de admitir que la motivación principal del asunto es el sexo». Sonó casi igual que Meana: se expresaba de forma casi impaciente. Siguió hablando y nos centramos en los gustos lésbicos respecto al porno, a la diferencia «entre lo que aprueban las feministas y lo que realmente pone», pasando por la dudosa afirmación de que las mujeres necesitan un contenido narrativo y emocional en su pornografía, mientras que los hombres precisan algo más visual, más despersonalizado. «Los estereotipos de lo masculino frente a lo femenino, de que el deseo masculino es mucho más promiscuo, parecen estar cada vez más abiertos al debate.»

En la tienda de juguetes sexuales, Isabel compró aceite para masajes y una venda con la esperanza de cambiar la sensación del tacto de Eric. Calla y Jill no fueron tan reservadas en sus visitas. Varios meses antes, habían adquirido un consolador doble: una barra larga con dos cabezales. Si colocaban los cuerpos del modo adecuado, podían penetrarse la una a la otra.

Lo que sigue son cuatro relaciones, cuatro relatos de fidelidad y de sus limitaciones.

1

«Jill ve las cosas más en blanco y negro que yo —comenta Calla sobre su novia—. Tiene personalidad de deportista. Es enérgica. Las cosas son o no son. Creo que el compromiso le resulta más natural a ella. Una vez, creo que fue en el segundo año de nuestra relación, íbamos paseando, en realidad, bajábamos por una escalera en

Queen Anne Hill, recubiertas por una espesa capa de hiedra, y empecé a llorar. Le dije que jamás había sentido un amor tan incondicional.»

Así era como veía a la mujer que había conocido cuatro años atrás en un bar de lesbianas, la persona con la que llevaba viviendo un año. Esta frase «un amor tan incondicional» reverberaría más tarde cuando se la oí decir de nuevo a Meana, mientras me hablaba de un enfoque que utilizaba sólo con unas cuantas parejas a las que trataba.

El bar tenía dos pisos. Cuando sus miradas se cruzaron, Jill en la parte de arriba y Calla en la de abajo, Jill se negó a apartar los ojos. «Con un par de pelotas», recordó Calla, y rememoró más detalles: los rasgos angulosos de Jill, la combinación de rizos de color rubio oscuro con sus ojos verdes, la delgadez de su atlético cuerpo y el modo en que, cuando Calla interrumpió su primera conversación para tontear con otra, Jill reapareció y anunció con una actitud extravagante que tenía la intención de luchar por ella. Calla se la llevó a casa. Durante la mayor parte del año previo a su encuentro, Calla, que tenía cuarenta y pocos años, había mantenido el celibato en un esfuerzo por purgar todos los impulsos que la habían conducido a su última relación, su último, ansioso y rápido juramento de fidelidad, su último intento de vivir en pareja, la última decepción, la última huida, la última repetición de ese proceso. Pero esa noche con Jill, esa mujer bajita, nervuda y atrevida, el sexo duró y duró, como si un año pudiera comprimirse en una sola noche.

Para Calla, hubo un momento clave en su vida. Una tarde en el instituto, en la clase de educación física, en un partido de voleibol que se jugaba dos canchas más allá de donde ella se encontraba, separada por las pelotas blancas y azules, las redes blancas y negras, las camisetas sin mangas y los pantalones cortos, se fijó en una compañera de clase, una chica con la que había hablado poco. Pero jamás se había fijado en ella de ese modo, jamás había tenido esa reacción, esa sensación de que la invadía el caos. Llena de inquietud, a los pocos días se puso a sí misma una prueba. «Me imaginé cómo sería practicarle sexo oral, y cuando acabé me dije a mí misma que no, que no quería eso», explicó. Aliviada, pensó que aquello significaba que no era lesbiana.

No tardó en empezar a escribirle poemas a la chica. No tardaron en maquillarse la una a la otra y a decirse lo guapas que estaban. Se pasaba casi todas las noches en la casa de la chica, en su cama, las dos sólo con la ropa interior puesta, haciéndose cosquillas o

recorriendo con los dedos sus extremidades. Pero no pasaron de eso. No fue hasta su primer año de carrera cuando Calla se marchó de una fiesta para ir a bailar al centro de gays y lesbianas de la universidad, donde por primera vez acabó inmersa por completo en el cuerpo de una mujer. Tras esa noche en la cama de la compañera universitaria, «me di cuenta de lo mucho que me gustaban las mujeres».

Han transcurrido dos décadas desde entonces. Cautelosamente, pospuso irse a vivir con Jill hasta que la sensación inicial de esclavitud desapareció; ha contabilizado de un modo meticuloso los pros y los contras de cómo están juntas; se ha prometido a sí misma una y otra vez que no repetirá las traiciones y las desapariciones del pasado. El pequeño apartamento en el que viven está en Queen Anne, el lugar donde había llorado agradecida en la escalera cubierta de hiedra. A veces, tras pasar la noche fuera, se quedan delante de las vidrieras que dan a Puget Sound y comparten uno de los pocos cigarrillos que fuman mientras contemplan el agua oscura y la silueta difusa de la isla.

El sexo comienza a veces así, normalmente después de seis o siete noches de castidad. «¿Toca?», suele preguntar Jill con cierto humor, con una leve referencia al número de noches que han pasado desde la última vez.

Calla responde que ya toca. «No pareces muy excitada.» «Métete en la cama, saca el juguete y desnúdate.»

«He tenido que superar mi propia resistencia», me contó Calla. «Cuando Jill me lo pide, la verdad es que no me apetece. Debería apetecerme, y me siento culpable de que no sea así. Me digo a mí misma que tengo que dejarme ir, que ya ha pasado mucho tiempo desde la última vez. Y cuando empezamos es divertido, y noto cómo se excita, y eso hace que mi cuerpo se concentre. Mientras tanto, me dedico a fantasear, quizá sobre otras mujeres, a veces con un hombre. ¿Es malo que tenga que fantasear para estar con ella? Creo que sí. Al principio no tenía que hacerlo. De todas maneras, no tardo en tener un orgasmo, y Jill también, y la mayoría de las veces tenemos varios, y es una liberación. Después, mi cabeza se queda vacía, y a pesar de todo mi mente se siente más cerca de ella. A veces le pregunto: "¿Por qué no hacemos esto todas las noches? Deberíamos hacerlo todas las noches".

»Entonces pasa una noche. Y luego otra. Las dejo pasar, me aseguro de dejarlas pasar. No sé por qué. Y luego más noches.»

Susan quería un cabecero de cama bajo. El dormitorio principal tenía hileras de ventanas, y quería que el cabecero tuviera la forma adecuada, que no bloqueara los ventanales. «Y también que fuera resistente para agarrarme durante el sexo, por lo que me habría ido bien uno de esos antiguos de metal con barras, aunque quizás habría sido demasiado alto. Encontré uno de madera que iba con una cama de estilo antiguo. Tenía unas aberturas circulares que habían cortado en la misma pieza de madera.»

Las ventanas daban a la ciudad dormitorio donde vivía con su marido. Debajo de ellas se alzaban los abedules y el comedero para pájaros que habían construido para su hijo. Recuerda que, de noche, «las ventanas me inquietaban bastante. Había demasiadas, y se convertían en agujeros negros de la nada. Creo que se debe a lo que le ocurrió a mi padre. Cuando se estaba muriendo, el personal de la residencia para enfermos terminales lo trasladó desde su cama, que por cierto tenía un cabecero precioso, tapizado de azul, hasta un camastro situado delante de una ventana que daba a un conducto de ventilación». Tenía poco más de cincuenta años y vivía solo. Él y la madre de Susan se habían divorciado años atrás. «Yo estaba en la universidad, y en cuanto podía volvía a Nueva York para estar con él. Tenía la sensación de que alguien aparecería y se lo llevaría. Sabía que iba a morir, pero me parecía que iba a morir antes de tiempo. Parecía tan vulnerable en aquella habitación con la ventana trasera. Me parecía que le estaba robando la vitalidad. Es curioso, porque había otra ventana en su piso, una serie de ventanales, y recuerdo haber visto a través de ellos gente que tomaba el sol desnuda. Extendían las toallas en el tejado. Debía de estar orientado al este. La luz era maravillosa.»

Susan siguió hablando y cambió de tema sin ninguna clase de transición: «Me partió el corazón que mi marido dejara de resultarme atractivo. No podía hablar sobre eso. No quería hacerle daño; además con cierto grado de superstición, pensaba que si lo admitía en voz alta, esa atracción jamás volvería. Rezaba para que volviera. Tengo la sensación de que en las mujeres desaparece con mayor rapidez que en los hombres. Tengo la sensación de que las mujeres están más insatisfechas que los hombres. Es lo habitual, pero no se habla de ello, y muchas mujeres tienen que enfrentarse a la realidad que supone no sentirse atraídas por sus esposos, con los que en teoría van a pasar el resto de sus vidas.

»Al principio éramos muy apasionados, pero creo que existe la idea general equivocada de que las mujeres necesitamos involucrarnos emocionalmente. Creo que más bien es casi lo

contrario, que al principio de la relación el apego es producto de la atracción. A veces, en las relaciones de larga duración que son felices, el sexo acaba siendo conveniente para la relación, pero al principio es la relación la que resulta conveniente para la atracción.

»Aunque no lo sé. ¿Será cierto? Éramos amigos antes que nada. No es que lo mirase y pensara, Dios, qué bueno está. Era como hablaba. Era como olía. Era todo el conjunto. Pero la verdad es que me parecía tremendamente atractivo.

»Recuerdo que una noche nuestra hija pequeña entró en el dormitorio. Acabábamos de empezar a hacer el amor. La acurruqué conmigo. No tenía ganas de mantener el contacto físico con mi marido. Ya llevaba cierto tiempo pasándome. No llegué a utilizar mucho el cabecero de la cama. Mi hija se pone realmente cómoda, y esas ventanas me parecían amenazadoras. Notaba su presencia a pesar de las cortinas que había puesto. En invierno eran de terciopelo grueso. Practicábamos el sexo una vez a la semana, pero no me llenaba. Mi cuerpo respondía y, sin embargo, el placer era semejante al que sentía cuando devolvía los libros a la biblioteca.

»Tenía un amigo que solía decir "Cuanto más tiempo llevas casado, más grande tiene que ser la cama", y lo cierto es que la sensación que tenía al verme rechazada por él era la de que mi cuerpo era una habitación que no quería que desordenara. Algo muy diferente a la sensación de apertura del comienzo de la relación, cuando mi cuerpo era una habitación y no me importaba que entrara con los zapatos puestos, cuando quería que entrara así.

»Ha ganado algo de peso. No mucho. No me di cuenta realmente hasta hace poco. Sé que suena desconsiderado. Habrán sido unos doce kilos. Te enseñan que eso no debería importarte. También se le ha empezado a caer el pelo. Es judío, de cabello negro y tez oscura, con los ojos castaños. Me sentía muy atraída por la combinación. Yo tengo pecas y soy rubia. Tenía todo ese precioso cabello negro y empezó a perderlo, cada vez más; me molestaba que no hiciera nada al respecto. Sabía que me gustaba mucho su pelo, y no hizo nada para impedir la caída; pensé que si yo me preocupaba por intentar mantener mi buen aspecto, ¿por qué no podía hacerlo él también? Me dijo que no era tan importante, y yo le respondí: "¿De verdad? Si yo engordara doce kilos, ¿a ti no te importaría?". Él me respondió que se preocuparía por mi salud.

»En cierto modo, he perdido la magnanimidad que sentía hacia él. No sé cómo. Está claro que no fue sólo por el físico. Para las mujeres, no se trata de un concurso de belleza. Sentirse generosa no es lo mismo que sentirse apasionada, pero puede crear una

situación más agradable en la vida sexual.

»Tengo una amiga que me habló de un artículo que había leído sobre cómo aumentar el deseo en el matrimonio. Uno de los consejos que daba era que dejaras que tu marido te lo hiciera por sorpresa en el cuarto de la lavadora. Se echó a reír. "A mi marido ya lo considero un hermano."

»Sólo fuimos a un psicólogo al final, cuando ya estábamos dispuestos a divorciarnos. Me pareció que ver a un terapeuta sólo serviría para que nos facilitara más consejos como los que ya había leído en los libros, libros que habían escrito terapeutas. Daba igual que probáramos cien ejercicios emocionales distintos. Daba igual que probáramos nuevas posturas.

»Así que me quedé tumbada en la cama, abrazada a mi hija. Es una experta en acurrucarse. La sensación fue igual que si me hubiera tomado un relajante muscular. Me aferré a ella y me dejé llevar por un pensamiento morboso: "Ella es la última intimidad física que voy a tener antes de morir, es la última intimidad física que voy a tener antes de morir". Sentí la presencia de esas ventanas aunque las cortinas de terciopelo estaban echadas.»

3

El romance de Paul y Sophie comenzó en la facultad de enfermería. Una noche, diez años atrás, un grupo de estudiantes hicieron una salida por varios bares y en uno de ellos decidieron jugar al teléfono. Paul estaba sentado justo a la derecha de Sophie. Le susurró a la mujer que tenía a su izquierda: «Sophie, ¿quieres salir conmigo?». La pregunta recorrió el grupo sin cambiar ni una sola coma.

Llevan casados ocho años. Tienen tres hijos, el más pequeño de un año. Los dos trabajan, y el poco tiempo que les queda como pareja lo absorben el estudio y las prácticas de Paul en un curso superior de formación. Sin embargo, su dormitorio es un lugar muy activo.

Cuando les dijo a sus amigas que deseaba que Paul le pidiera para salir, parecieron extrañadas. «¿De verdad?», le preguntaron. Lo consideraban un buen amigo, pero no un objeto de deseo. Sin embargo, el individuo con el que Sophie acababa de romper era un pintor que llevaba un anillo engarzado en uno de sus pezones, que relucía en los músculos pectorales. Había pintado su retrato con un estilo extravagante y siniestro y la había representado como un cadáver. Más tarde, todo aquello le parecería melodramático hasta

el punto de hacerla reír, pero había estado bastante tiempo deslumbrada no sólo por su arte de estilo gótico, el brillo de sus joyas y su torso, sino por esa actitud llena de indiferencia (apenas se lavaba los dientes) que siempre parecía lograr que estuviera rodeado de mujeres. El pintor le era infiel de forma habitual.

Un día, en la facultad de enfermería, poco después de que esa relación acabara como un cataclismo, Paul se cambió la bata de color azul pálido por un traje azul marino e impartió la conferencia que le tocaba. Se suponía que debía tratar un dilema ético al que podía enfrentarse un enfermero, pero convirtió la conferencia en un juego en el que él era el presentador y sus compañeros, los jugadores que recibían puntos por plantear las preguntas adecuadas con las que analizar y solucionar el problema. Era un individuo animado. Se fijó por primera vez en él. Le encantaron su ingenio y su entusiasmo. No había nada de indiferencia en su actitud. El recuerdo de su retrato pintado con grandes trazos como una mujer lista para ser enterrada comenzó a desvanecerse…

Al principio de su primera cita, después del juego del teléfono, Paul detuvo el coche a un lado de la carretera, se bajó de él de un salto, abrió el maletero y entró de nuevo en el vehículo con un ramo de rosas. Le explicó que no había querido llamar a la puerta de la casa de sus padres con el ramo en la mano porque quizá a ella le habría resultado incómodo. A Sophie le encantó aquel detalle de timidez y al mismo tiempo el detalle de regalarle flores. Siempre procuraban estar juntos. Sus citas duraban noches enteras, pero no se acostaron hasta dos meses más tarde. Lo planearon de modo que no fuera en casa de ninguno de los dos, porque él también vivía con sus padres. Paul reservó una habitación en un hotel cercano. Cuando terminaron de hacer el amor por primera vez, un sexo que fue tan breve como ella se esperaba, dado lo mucho que habían aguardado, a ella se le llenaron los ojos de lágrimas.

Paul le preguntó si le había hecho daño, y ella le aseguró que no había sido así. Le preguntó si estaba decepcionada. Sophie le respondió que lloraba porque sabía que ya no tendría sexo con ningún otro amante. Él comprendió que se sentía agradecida y le dijo que lo mismo le pasaba a él. Sophie sintió un cierto remordimiento, pero no se lo confesó, y tuvo una sensación de pérdida, aunque no tardaron en empezar de nuevo, y esta vez el sexo duró mucho más. A lo largo de los dos años siguientes, hasta que se casaron y empezaron a vivir juntos, procuraron encontrar momentos para practicar el sexo en la casa de sus padres sin incomodarlos. El esfuerzo conjunto que implicaban esos planes, el

reconocimiento claro y evidente del deseo que sentían el uno por el otro, la ausencia de toda reticencia respecto a sus sentimientos les enseñaron que se podía crear una clase especial de magia con sencillez y sinceridad.

El aburrimiento no se infiltró a escondidas en esta costumbre de la transparencia. Para ellos, eros no dependía de la incertidumbre, de la preocupación sobre si el deseo sería correspondido. Algunas cosas no eran posibles con tres niños pequeños. La probabilidad de que algún niño los interrumpiera durante la noche con sus necesidades impedía que Sophie durmiera desnuda, que disfrutara del placer de sentir su desnudez como una provocación continua. El estallido de energía de los niños los sábados por la mañana significó que esas horas ya no estaban disponibles para que Paul y Sophie satisficieran sus deseos, y también los estudios de él les habían acortado las noches. Pero las distracciones y el cansancio no les arrebataron el deseo. De alguna manera, la falta de artimañas mantuvo viva la atracción entre ambos.

«No éramos en absoluto sutiles —cuenta Sophie—. Mi frase era "¿Me vas a hacer caso hoy?". O él me decía, "¿vamos a tener hoy un poco de marcha?", y yo le contestaba, "Vale, si dejas de estudiar y vienes al dormitorio antes de que me duerma". O nos poníamos de acuerdo para despertarnos a las tres de la mañana.

»No dejábamos de admirarnos —añade—. Yo decía: "Te has cortado el pelo. Qué bien te sienta". Él todavía me dice lo guapa que estoy, y eso después de tener tres niños. Una de las frases más sutiles es: "Me encantan esos vaqueros. ¿Puedo meterme en ellos contigo?". Nos liamos en la cocina. Le toco mientras vemos la tele, o él me toca los pechos, aunque tengamos la certeza de que luego no va a haber sexo. Me encanta que a él le encante verme con los pantalones ceñidos de yoga de color gris que solía llevar en la facultad.»

De repente, menciona algo secreto. Es una gran aficionada al béisbol, y cuando no consigue llegar al orgasmo o quiere hacer el amor con Paul, pero nota que le costará excitarse, suele pensar en el jugador de los Yankees Derek Jeter. Sophie sonríe ante lo bobo de su confesión. Me explica que muy pocas veces necesita esa clase de ayuda. «Jeter es el Yankee definitivo. Es alto, con pinta total de americano; a todo el mundo le encanta. Es lo más. Viene a casa después de ganar el campeonato nacional. Todavía lleva puesto el uniforme, y me derriba sobre la cama para besarme llevado por la lujuria y luego me la mete sin que yo esté preparada. Simplemente me asalta.»

Pero ni siquiera cuando utiliza la imagen de otro hombre se siente alejada de su marido. No es algo de lo que hayan hablado. «Nunca se lo hemos preguntado al otro. No creo que tu pareja tenga que saberlo. La fantasía es sólo un instrumento. Cuando llevas mucho tiempo con la misma persona, no pasa nada por utilizar tu mente para escapar. Sigo con él, sigo tocándole a él. Sigue siendo él.»

4

La mujer con el sombrero de vaquero con rayas de cebra estaba tumbada sobre una colchoneta de color azul en la parte baja de la piscina. Passie, que la estaba observando, tenía casi sesenta años. La mujer estaba echada de espaldas, con una pierna extendida a cada lado de la colchoneta y los pies metidos en el agua. De debajo del sombrero salían unos largos mechones de cabello oscuro, y en uno de los tobillos relucía una fina cadena. Tenía un cuerpo rollizo, sin llegar a ser obeso. «Había unos doce hombres a su alrededor —me contó Passie—. Estaba desnuda. Tenía unos grandes pechos, y no dejaba de gritar, porque los hombres le acariciaban todo el cuerpo.»

Cuatro décadas antes, cuando las maravillosamente cuidadas mansiones de su ciudad natal se habían abierto al público, como era tradición durante una semana de primavera al año, se eligió a Passie como anfitriona. En el pasado, por aquel punto de comunicación del sur habían circulado cantidades ingentes de algodón. Más de un siglo después, a finales de la década de 1950 y principios de la década de 1960, cuando Passie estaba en el instituto y luego en la universidad, la ciudad invirtió su frágil orgullo en aquella demostración anual. Él se sentó en uno de los pórticos. El mirto estaba en plena floración: las ramas cargadas de pétalos de color púrpura, blanco y verde cubrían los jardines y las sendas de los paseos. Su falda acampanada, de color rosa pálido, ondeaba bajo la leve brisa. Los guantes largos de medio brazo hacían juego con la falda. «Tengo la sensación irreal de haber crecido en aquel lugar, en aquellos tiempos», dice ahora.

A las doce, en la iglesia baptista del sur, donde su padre daba catequesis los domingos y ella cantaba en el coro, Passie descendía del púlpito para que el sacerdote le pusiera las manos en la cabeza y se la hiciera bajar hasta la pila bautismal, y así salvarle el alma. Cuando ya estaba a punto de llegar a la mayoría de edad, prometió cumplir las normas de las jóvenes sureñas: «comportarse de un modo honorable en todo momento» y «representar a la chica

americana íntegra». En el departamento de buenas maneras de la universidad femenina le enseñaron cómo salir y entrar de un modo recatado de un coche, cómo detenerse un momento para que un caballero la tomara del brazo y la ayudara a bajar por una escalera y cómo posar en una fotografía de grupo si se encontraba en primera fila, con los pies formando un ángulo y las manos unidas a un lado del cuerpo para que éste sugiriera una elegante y recatada forma en S bajo un cuello erguido y una barbilla alzada. «Todavía hoy miro las fotos y me parece que si las mujeres aprendieran a sentarse correctamente, tendrían mucho mejor aspecto.»

En la universidad tuvo sus primeras citas. Así funcionaban las relaciones durante cuatro años: se empezaba saliendo con un chico de una universidad estatal cercana. Luego él le entregaba a ella un medallón con las letras de su fraternidad para que lo luciera con orgullo en el cuello. A continuación, éste le preguntaba si quería unirse a él y, si ella decía que sí, cosía el escudo de su fraternidad en la blusa, justo encima del corazón. Aproximadamente una semana después, el chico y sus compañeros de hermandad acudían al porche de su residencia. Ella salía y le cantaban el himno de su fraternidad: «*And the moonlight beams on the girl of my dreams*».

«Tenía una visión de la vida muy tradicional, una visión de princesa de cuentos de hadas. Lo que deseaba era que apareciera un príncipe azul que tuviera un palacio y que me llevara a caballo hasta allí. Mi deseo de niña era tener un vestido nuevo. De adolescente, tener la pareja adecuada para las fiestas. En la universidad, escoger la fraternidad adecuada y enamorarme. Tienes tu canción y bailas en las fiestas de los fines de semana en que hay partido, y crees que él va a ser tu marido. El deseo apenas existía. No era lo que nos impulsaba en las relaciones.»

Nelson apareció como una cita a ciegas para su compañera de habitación mientras Passie, después de licenciarse, daba clases de francés en una facultad a varios estados de distancia. Había roto con las convenciones del siguiente modo: había elegido terminar la carrera en vez de casarse con rapidez, igual que había roto con las convenciones en el pasado, cuando había ganado un concurso de conferencias públicas siendo todavía estudiante de la facultad y había sido elegida presidenta del Congreso juvenil de su estado, la primera en conseguirlo. Después de que la cita con su compañera de habitación no funcionara, Nelson y Passie descubrieron, mientras tomaban unos refrescos, que compartían algo: el gusto por el teatro —él vendía silos para ganarse la vida y actuaba en la compañía de teatro aficionado de la ciudad— y por la música clásica. «Me

pareció una persona interesante. También atractivo. No era imponente, pero sí atractivo. Para entonces ya había salido con bastantes hombres centrados en sí mismos. Él tenía detalles que me hacían sentir especial. Yo viajaba con el departamento de lenguas extranjeras, y si llegaba tarde a casa él ya me había llevado comida y me la había guardado en la nevera. Le gustaba dejarme la radio encendida con una emisora de Indianápolis que emitía a casi quinientos kilómetros de distancia.»

Recordó todo esto mientras estábamos en la cocina los tres, Nelson sentado en una butaca orejera de cuero mientras ella preparaba la ternera para la cena y pastel de chocolate como postre. Su hogar, cerca de la facultad donde ella siguió dando clases y a pocos kilómetros de la empresa de silos, de la que Nelson se había jubilado, es una casa de ladrillo de un solo piso en uno de cuyos lados hay una glorieta privada. Se trata del conjunto urbano típico de miles de vecindarios de Estados Unidos en centenares de ciudades y pueblos. Los árboles todavía son jóvenes y en las negras rampas de acceso a los garajes hay aros de baloncesto. Las paredes de la casa de Passie y Nelson están decoradas con cuadros de paisajes: un lago cercano con un pescador que lanza la caña desde una barquita, una valla en un campo con unos caballos que pastan al fondo. Nelson llevaba puesta una camisa verde de golf remetida en los pantalones, sobre un vientre un tanto redondeado, con un rostro y un cuello blandos y suaves, pero al mismo tiempo también fuertes y generosos. Passie iba vestida con una blusa floral de colores intensos y unos vaqueros cuya cintura no terminaba de ceñir su delgada silueta.

Unos siete años atrás, treinta años después de casarse, se fueron de vacaciones con sus hijos y con sus nietos. Mientras el resto de la familia daba una vuelta por una feria, los dos se fueron a cenar a uno de sus restaurantes favoritos y tuvieron una de las pocas peleas que han sufrido a lo largo de las décadas que llevan juntos. Hacía tiempo que habían dejado de dormir juntos. Ella había comenzado a pasar algunas noches en otro cuarto por sus problemas de insomnio, pero luego el arreglo se había hecho definitivo. En el pasado, antes de que llegaran los niños, habían permanecido fines de semana enteros en la cama. Después, tras comenzar a formar la familia, cuando estaban en el coche sólo ellos dos, a ella le gustaba leerle las cartas de *Penthouse*, lo que a su vez la excitaba. Cuando llegaron a la cincuentena, Passie iba a la cama de Nelson una vez a la semana, los viernes por la noche, aunque sólo fuera durante unos cuantos minutos. Él se esforzaba por excitarla, lo intentaba de todas las

maneras que habían aprendido juntos a lo largo de los años, cuando se esmeraban con el cuerpo del otro, cuando escuchaban lo que decía la piel del otro. Pero a ella la superficie de su propia piel le parecía algo muy lejano, por no hablar de la de él. Incluso un simple orgasmo superficial para cumplir el trámite le había resultado imposible. Él se corría, se acurrucaban un rato y luego ella se marchaba.

En esas vacaciones, la paciencia de Passie reventó. Se había sentido acosada a lo largo de la semana por el deseo de Nelson. Sus hijos y sus nietos les rodeaban en el apartamento que habían alquilado, así que no le apeteció en absoluto responder a ese deseo. «Esto no funciona —estalló en el restaurante—. Sé que estás enfadado. Yo misma estoy enfadada. Si la semana que viene en casa me dices otra vez "Eeehh, es viernes por la noche. Ya sabes lo que significa eso", me marcho de casa. No voy a acostarme contigo. Ya no puedo. No pienso hacerlo.»

«No creo que le contestara nada —recuerda Nelson—. Notaba esa frustración en ella desde hacía ya cierto tiempo, pero nunca hablamos de eso. Sabía que había algo que iba mal, pero no sabía qué hacer.»

Cuando volvieron a casa, compraron y leyeron libros de asesoramiento matrimonial. A la determinación inicial le siguió una sensación de derrota. Nelson oyó decir a un conocido que se había alojado en un hotel del Caribe con opción nudista y se lo comentó medio en broma a Passie como una descabellada idea con la que salvar su matrimonio. «En cuanto lo dijo, me di cuenta de que estaba interesada. Interesada, pero muy muy insegura al respecto. No tenía nada claro lo de dejar mi cuerpo a la vista. No sabía si tendría el valor suficiente. A ninguna mujer le parece que está lo bastante bien como para hacerlo, al menos, seguro, a ninguna mujer de cincuenta y tantos. Creímos que sólo se trataría de nudismo, pero tienen semanas dedicadas a otros estilos de vida cuando no hay nudismo.»

Un mes después, ya estaban en el hotel para pasar un fin de semana. En el vestíbulo no se permite el nudismo, así que salieron con gesto precavido de su habitación, los dos en bañador, y ella además con un pareo.

«Pero antes de llegar a la piscina ya había dejado toda precaución atrás y me había quitado el bañador para meterlo en la bolsa de mano. Había personas con edades desde los veinticinco hasta los ochenta años. Había mujeres junto a las que procuraba no ponerme porque tenían un aspecto magnífico, y otras que en

absoluto tenían buen aspecto. Se veían cicatrices de cesárea y cicatrices de histerectomías, y mujeres que estaban completamente fuera de forma, y pensé que si ellas eran capaces de dejarse ver de ese modo, ¿por qué no iba a poder hacerlo yo? Los cuerpos no son perfectos. La piscina se encontraba en una especie de plataforma y había que subir cinco o seis escalones para llegar a ella. En todas las tumbonas había alguien desnudo. Había una chica jugueteando con la erección de un hombre mientras conversaba con otro. Había otra que se estaba liando con otra mujer. Y luego todos esos hombres que rodeaban a la mujer del sombrero de cebra que estaba en el agua, que le acariciaban los brazos, le besaban los pechos, le acariciaban las piernas, le lamían el clítoris. Me pasé treinta minutos mirándola.»

«Solía lamentar el hecho de no haber tenido sexo con ninguna otra mujer en mi vida», comentó Nelson desde su butaca. Mientras Passie ponía la comida en el otro lado de la encimera, me habló de las dos o tres ocasiones en las que había estado con mujeres durante las reuniones a las que habían asistido en hoteles de varios estados vecinos, lo que había tenido lugar cada pocos meses a lo largo de los siete años anteriores. Su tono de voz sonaba un tanto repetitivo y desorientado, como si fuera algo que hubiera memorizado. No era un tono festivo.

«Quería perder mis inhibiciones. Decidí que ella iba a ser el modelo que iba a seguir», comentó Passie sobre la mujer del sombrero de cebra.

«Al pensar en esa época, creo que ella tenía más ganas que yo de tener otras parejas sexuales. Me parece que Passie albergaba esa sensación incluso antes de que hiciéramos ese primer viaje», apunta Nelson.

«De un modo subconsciente», aclara ella.

Colocó una cesta de pan en la mesa. Era un pan procedente de la zona agrícola en la que vivían y que, según los campesinos, era una receta original de esa misma zona.

«Todavía tenemos sexo entre nosotros.» A Nelson le parecía importante aclararme ese punto. «Nelson es mi marido. Lo amo. Es el padre de mis hijos. Cuando digo que le quiero, lo digo de corazón», añadió Passie. Luego me explicó que en esas reuniones se asegura de que él tenga alguien «con quien jugar» antes de marcharse a la habitación de otro hombre.

«Es una paradoja que les hago ver.» Meana se refería a un método que había probado con sólo unas cuantas de las parejas a las que

trataba. Me dijo que la mayoría de sus pacientes no estaban preparados para aquello. En realidad, no querían enfrentarse a riesgos como ésos. Su recomendación no incluía nada parecido a reuniones con estilos de vida diferentes, pero sí que implicaba una cierta separación. Implicaba la renuncia a la seguridad.

Volvió a una frase, a un sueño que ya había criticado con anterioridad: «Tú me completas». La búsqueda de la pareja que represente esas palabras a la perfección; la necesidad de asegurarse un amor que sea incondicional; la búsqueda de una unión que sea absoluta; la sensación de que nuestra pareja debería darnos lo que nos dieron, o creemos que debieron darnos, nuestros padres; el ansia por el apoyo («Dime que soy especial; dime que soy una persona atractiva; dime que soy inteligente; dime que soy una persona de éxito; dime que me amas; dime que será para siempre, sin importar lo que pase, hasta que la muerte nos separe»). Para Meana, todo esto es poco más que el llanto de un bebé. Sin embargo, la mayoría de nosotros no podríamos renunciar a estos deseos, a estas ganas de encontrar a alguien que sea nuestra otra mitad, que sea nuestra afirmación, porque darle la espalda a esa esperanza sería reconocer que, de forma inevitable, cruzamos esta vida solos, con el apoyo del amor si tenemos suerte, pero al fin y al cabo solos. Pocos de nosotros querríamos pasar por la vida así.

«Tiene que haber un Otro para que haya atracción sexual», me dijo. Pero al intentar salvarnos de nuestra propia soledad nos esforzamos por hacer que esos otros se conviertan en uno con nosotros. Manoteamos, los agarramos. Rezamos para que el Otro ceda, que nuestras almas se unan. Y eros, una de las fuerzas que utilizamos en nuestro empeño, queda aplastado cuando intentamos acortar las distancias en nuestra vida doméstica. Meana no sugería que las parejas no se buscaran el uno al otro para sentirse bien, para sentir felicidad. «El amor tiene que existir en diferentes dimensiones.» Sin embargo, según su punto de vista, para la mayoría de nosotros hay algo que está desequilibrado: al ansia de dependencia, de ser apoyado y protegido, se le ha dado demasiado poder.

Le gustaba preguntarles a las parejas que parecían dispuestas «¿Por qué deberías parecerle atractivo a ella?» o «¿Por qué él debería desearte?». O exigía saber, «¿Qué tienes tú que te haga ser una persona atractiva?». A continuación añadió: «A veces me miran de un modo que indica que no se creen que les esté planteando una pregunta semejante. A veces consideran que esas preguntas son un insulto, una bofetada. En ocasiones, el interrogante se queda

flotando en el aire durante semanas. Pero poco a poco se van dando cuenta de lo que intento. Quiero que se concentren en lo que es, en saber lo que es. Quiero que trabajen con lo que juzgan atractivo de ellos mismos, que refuercen lo que ellos creen que son sus puntos fuertes. Y también quiero que piensen en lo que desean en un amante y que intenten convertirse en eso. Quiero que se mejoren a sí mismos».

Su técnica también incluía trucos para desenredarse. Salir por la noche debería empezar por hacer que cada uno llegase por separado al restaurante. Una cita debería guardar todas las formas de una cita. Debería ser literalmente una cita. Y debería aprovecharse la oportunidad de ver a la pareja en un entorno diferente. «Si puedo, hago que observen a sus parejas realizar una tarea que no tiene ninguna relación con ellos. Cuando observo a mi marido impartir una conferencia literaria, y lo miro de nuevo en el dormitorio, es sorprendente lo atractivo que me parece. En esa situación se comporta de un modo que no tiene nada que ver conmigo, y mi punto de vista adquiere en cierto grado la perspectiva de alguien que no le conoce.»

Meana me explicó que nada de esto conduce a resultados espectaculares en cada ocasión que se hace el amor, ni siquiera la mitad de las veces, no tanto como la experiencia acumulada a lo largo de todos esos años juntos. Sin embargo, en ciertas ocasiones, como ya ha desaparecido ese aferramiento, uno se puede encontrar dentro de una paradoja momentánea y milagrosa, una breve unión absoluta. Se trata de mirar al otro en mitad del sexo y de sentir que uno se acaba de lanzar en medio del yo de otra persona distinta. Se trata de quedarse asombrado. Se trata de sentirse sin aliento por ese salto. Con esa unión. Es la fusión de dos personas sin diferencia alguna en ese instante. Es un «soy tuyo, eres mío, no sé dónde empieza tu cuerpo y empieza el mío» completamente absoluto.

Alison sabía que si sólo hubiera sido el fracaso de Derek como jugador lo que había hecho que dejara de ir a los partidos de los Blazers, se habría reconvenido a sí misma y habría recuperado su posición cerca del banquillo. Si sólo hubiera sido su poca corpulencia, su tarea de ayudante encargado de las toallas y las irritantes alabanzas de las demás madres lo que le molestaba, se habría dicho que los elogios probablemente eran sinceros, a su modo, y se habría recordado a sí misma que su hijo era en verdad un chico de corazón maravilloso y espíritu abierto. Aunque le hubiera seguido pareciendo mejor ser la madre del máximo

anotador de los Blazers en vez del entusiasta ayudante de banquillo, habría continuado asistiendo a los partidos cada sábado, o al menos muchos sábados, con un orgullo que se había ganado con esfuerzo.

Sin embargo, lo que la incomodaba era que los pequeños problemas con Derek y el baloncesto constituían un reflejo de otros problemas menos fáciles de pasar por alto con su marido y la vida que llevaba con él. Intentaba no pensar en los paralelismos. Y puesto que era una mujer con un trabajo exigente como editora que podía ocupar con facilidad la mayoría de sus pensamientos, a veces conseguía no pensar en todo aquello. No obstante, también era una mujer analítica que establecía conexiones de un modo reflejo. Thomas era un tanto regordete y nunca había sido un individuo realmente atlético, mientras que su obsesiva devoción por enseñar las técnicas básicas a los escolares más jóvenes casi estaba a la par que el afán de Derek con las toallas, o lo habría estado si no hubiera sido porque la función de Derek dentro del equipo constituía una parte positiva de él, mientras que el compromiso de Thomas respecto a imbuir los fundamentos del baloncesto parecía ser la quintaesencia del propio Thomas. Parecía cada vez más lo que le definía.

Hasta dos años atrás, cuando Derek era sólo un jugador más, la fe de su marido en el potencial creador de carácter de las doce técnicas básicas del baloncesto le había parecido algo un tanto excéntrico, pero también algo admirable y conmovedor, que suponía una enseñanza que podía cambiar ligeramente la vida de los niños. Pero cuando Derek dejó de jugar, ver a su marido con el portapapeles le empezó a parecer mucho menos enternecedor. Las largas charlas que daba a la hora de la cena sobre el modo de inculcar una de esas doce lecciones, que podría proporcionar a sus jugadores una ayuda en la vida tras dejar el baloncesto para disfrutar de una exitosa carrera o de un matrimonio feliz, le hacían sentir que estaba cumpliendo una cadena perpetua. De vez en cuando se imaginaba algo devastador, como que una de las otras madres se le acercaba y decía de su marido la clase de elogio empalagoso que ya había oído sobre su hijo.

Mientras todo esto pasaba en su cabeza y en el centro comunitario, hubo dos novedades: Thomas se compró unas bandas elásticas, unas pesas y un vídeo y se dedicó a realizar diariamente unos ejercicios en el sótano, y ella y su marido comenzaron a ir, una vez a la semana, cuando salían de sus oficinas de Manhattan a las sesiones de un terapeuta a quien le gustaba asignarles tareas. En uno de los ejercicios debían sentarse uno enfrente del otro, con las

palmas de las manos apoyadas en las del otro y la respiración sincronizada. Hacía poco que habían pasado a adoptar la postura de la cuchara, vestidos. Alison se colocaba detrás de Thomas y le ponía una mano en el corazón y la otra en la entrepierna, o él se disponía detrás de ella del mismo modo. También tenían que inhalar y exhalar, subiendo y bajando el pecho de un modo suave y exactamente al mismo tiempo. Se suponía que debían dejar que el deseo llegara a su paso, posponer cualquier actividad más sexual hasta que ese deseo se condensara en su interior, y no sentirse presionados para ir más allá de ese ejercicio, aunque ese ejercicio durara semanas. Se suponía que sólo debían tratar de respirar unidos y dejar que esa compenetración llegara a sus corazones y a sus genitales. Pero ella, que consideraba que había perdido la capacidad de desear y que éste era el objetivo de los ejercicios, no notó ningún cambio aparte de sentir cada vez más y más que aquello era una pérdida de tiempo.

Así estaba la situación cuando entró en el pabellón del centro de deportes llevando de la mano a la hermana pequeña de Derek, quien ya estaba allí, quince minutos antes del comienzo del primer partido de la temporada, dándole un masaje en el hombro al capitán del equipo. Y un poco más lejos se encontraba Thomas, con el jersey negro de los Blazers. Nunca lo había visto así, y no estaba preparada para ello, para ver a su marido con la parte superior del uniforme sobre los vaqueros. La mayoría de los entrenadores solían ponerse polos o sudaderas, como Thomas había hecho hasta ese día. Le resultó bastante incómodo percibir bajo el jersey un conjunto de bultos pálidos sin una forma definida: sus brazos y sus hombros. Empezó a recordarse a sí misma que no importaba que se hubiera equivocado en la elección de la prenda, que en realidad era otra muestra más del cariño que le tenía a su equipo, y en ese momento vio que una madre bajaba por las gradas con grandes zancadas; llevaba unas botas de tacón alto que le llegaban hasta las rodillas y se acercó a Thomas.

Se fijó durante los siguientes segundos en los brazos y los hombros de Thomas, y se dio cuenta de que quizás eran de un color blanco fantasmal, pero no estaban en absoluto blandos. Había empezado a aparecer un perfil musculoso. La mujer de las botas de gamuza, madre de uno de los mejores jugadores de los Blazers, empezó a charlar con él, aproximándose mucho y sin dejar de sonreír. Fuera lo que fuese el tema que había sacado ésta —Alison supuso que seguramente algo relacionado con el baloncesto—, era evidente que lo hacía con interés, y a medida que pasaban los

minutos, quedó claro que estaba tonteando con el entrenador de su hijo, con un individuo firmemente formado que había inculcado una y otra vez una serie de principios sensatos a su hijo, unas lecciones que tenían un alcance mayor que el simple baloncesto. Alison esperó pacientemente. Cuando la mujer se marchó, se apresuró a pegarse a la espalda de su marido. Le puso una mano sobre el corazón, le dijo dónde le gustaría poner la otra y lo que quería esa noche, y luego volvió con su hija para ver el partido.

Capítulo 8

CUATRO ORGASMOS

Shanti, una antigua modelo que acababa de cumplir los cincuenta, se quitó las botas negras, las pulseras del mismo color y su gargantilla amarilla de guerrera tántrica. Se despojó del vestido y todo lo demás, y después se colocó, bajo una sábana y con la cabeza y la cabellera rubia en la boca del cilindro de un aparato de resonancia magnética. Esto ocurría en Newark, en una sala de un laboratorio de la Universidad de Rutgers que estaba dividida en dos por un amplio panel de cristal. El cilindro gigante se encontraba a un lado del cristal, y Barry Komisaruk, un neurocientífico de Rutgers, y Nan Wise, una terapeuta sexual y estudiante de doctorado de su programa, estaban al otro. Observaron a Shanti prepararse.

Durante la siguiente hora, ésta se masturbó de diferentes maneras. Solía usar el dedo para acariciarse la parte externa de su clítoris. O usaba un consolador para estimular su punto G y su cérvix. Clitoriano, del punto G, cervical… Con Shanti y otros sujetos, los científicos intentaban conseguir imágenes claras y distintas de las regiones del cerebro que entran en actividad durante tres tipos de clímax diferentes. Komisaruk, un hombre alegre a finales de la sesentena, con el cabello gris rizado en forma de herradura, había diseñado y hecho él mismo unos consoladores translúcidos aerodinámicos para facilitar la estimulación interna evitando el contacto con el exterior clitoriano. Compró barras de plástico, las calentó en casa en su horno y los modeló según sus necesidades.

Ser guerrera tántrica era la profesión que Shanti se había creado. Había sido una vez portada de *Elle*, y en ese momento se ganaba la vida en Manhattan y las ciudades turísticas de Long Island impartiendo clases de sabiduría erótica en veladas a las que asistían personas eróticamente frustradas o que buscaban nuevas experiencias en ese ámbito. Komisaruk y Wise necesitaban sujetos de estudio como ella, que no tuvieran problemas en masturbarse en público y que pudieran sustraerse a los ruidos de la máquina de

resonancia magnética.

«Cuando estés a punto de tener un orgasmo —le dijo Wise a Shanti a través de un interfono—, simplemente levanta la mano.»

Ella empezó a estimularse el clítoris bajo la sábana. A Komisaruk, vestido con unos pantalones caquis y una camisa azul claro con botones, y Wise, vestida con una falda negra crujiente y una blusa de seda, se les unió después Wen-Ching Liu, un médico chino experto en interpretar imágenes neuronales que llevaba una bata blanca. Miraban por la ventana y luego en el monitor que se hallaba en su lado del cristal, donde estudiaban un mapa del cerebro de Shanti, que se encendía con puntos como si fuera una constelación.

Las décadas de investigación orgásmica de Komisaruk habían empezado cuando su mujer se encontraba en la fase terminal de un cáncer de mama. Se habían conocido en unas colonias de verano; él tenía quince años y ella dos menos. Se habían comprometido de inmediato y se casaron cinco años después. A los veintinueve años, a ella le diagnosticaron la enfermedad. Acababa de dar a luz a su segundo hijo. Las metástasis se desarrollaron rápidamente y la llenaron de fluidos; sentía un dolor tan insoportable que en una ocasión se arrancó los tubos intravenosos y se arrastró por el suelo del hospital, en un intento de escapar de algún modo de su agonía. «Y yo estaba allí como un monigote —recordaba él—, incapaz de hacer nada.»

En ese momento su trabajo se centraba en cómo la estimulación sexual bloqueaba el dolor en las ratas hembra, una línea de investigación que había emprendido después de perseguir la que había sido su gran ambición desde la universidad: encontrar los fundamentos neurológicos de la conciencia. «Al observar a mi mujer arrodillada en el suelo, a gatas, me dije que tenía que hacer algo útil.» Se consagró más concienzudamente, se comprometió a intentar comprender el dolor y a dilucidar si el sexo podía ser un analgésico natural. ¿Podía destilar algún tipo de bloqueador orgánico del dolor que ayudara a pacientes como ella? Más adelante, después de que su mujer muriera, sus experimentos con ratas atrajeron la atención de Beverly Whipple, enfermera, sexóloga y autora del libro superventas de la década de 1980 *El punto G y otros descubrimientos sobre la sexualidad humana*. Mientras buscaba un análgesico, se unió con Whipple en algunos experimentos relacionados con las vías nerviosas y los diferentes clímax de las mujeres, y eso lo condujo hasta donde estaba.

—¡Ahora estamos consiguiendo algo! —exclamó él, con los ojos

en la pantalla, mientras Shanti seguía a lo suyo. Los montones de puntos se volvían cada vez más densos.

—¡Vaya! —se le escapó a Wise—. ¡Es un árbol de Navidad!

—Se está moviendo rápido —apuntó él, levantando los ojos de la pantalla hasta mirar a su sujeto.

—Incluso para una chica tantra —dijo Wise.

Según contó Shanti después, se estaba imaginando «a mi amante tocándome; después le enseñaba a otra persona cómo tocarme; muchas personas miraban; había un montón de tíos haciendo cola para acariciarme, para lamerme; después una chica mona, pero algo marimacho, me mete la mano por debajo de la falda».

—Se está acercando —dijo Komisaruk—. ¡Ahí está la ínsula!

Shanti levantó la mano libre.

—¡Su cerebro parece un puñado de palomitas de maíz! —dijo Wise, inspirada por los puntos de luz.

Sin embargo, resultó que la sesión de Shanti no pudo considerarse un gran éxito. Hubo algún fallo en la comunicación cuando firmó para participar en el estudio, pues, por mucha gurú del erotismo que fuera, según me contó, creía que nunca había tenido un orgasmo mediante el punto G y estaba segura de no haber tenido jamás uno cervical. Sus esfuerzos con el consolador casero de Komisaruk no les dieron los datos que él esperaba.

Por otra parte, también cabría admitir que Komisaruk podía haber sido demasiado optimista al intentar distinguir los diferentes tipos de clímax mediante las imágenes del cerebro obtenidas en la resonancia. En los meses siguientes tampoco lo consiguió, a pesar de tener un grupo de sujetos más versátiles que Shanti. Probablemente todavía no existía la tecnología necesaria, cosa que parecía saber y no haber querido reconocer cuando se había involucrado con exuberancia científica en el estudio. Las regiones cerebrales podían atisbarse, pero no el terreno de su interior, ni la forma en la que esas áreas interactuaban. Y las regiones identificables eran amplias, inconmensurablemente complejas. La ínsula, cuya iluminación había hecho que Komisaruk elevara la voz, era un territorio neurológico asociado tanto al dolor como al placer. Después de que todos sus sujetos realizaran el experimento, Komisaruk señaló distintos puntos en el cerebro que se activaban cuando una mujer se tocaba el clítoris, las paredes vaginales o el cérvix, pero seguía quedándole un largo camino por delante para ser capaz de distinguir los tres tipos de orgasmos en los casi infinitamente intrincados sistemas de éxtasis (los sistemas que

abarcaban buena parte del cerebro, desde la parte frontal hasta la media y la posterior, o desde el córtex prefrontal hasta el hipotálamo y el cerebelo).

Además, todo ello conllevaba la suposición de que los tres tipos de clímax eran una realidad, que el punto G y los orgasmos cervicales no eran una invención de la sugestión popular y la imaginación personal. Respecto a la culminación del deseo de las mujeres, existía una gran incertidumbre y un embrollo de agrio debate científico y político, y todo ello recuerda que en el siglo XXI no sólo las cuestiones psicológicas del eros femenino están sin resolver, sino también algo que parece mucho más básico: el funcionamiento mecánico de los genitales de las mujeres.

El abanico de posibles orgasmos nos hace remontarnos a la historia de Tiresias, que vivió durante siete años como mujer y explicó a Zeus y a Hera que las mujeres disfrutan más del clímax.

Para entender el experimento de Komisaruk hay que remontarse a Freud. El padre del psicoanálisis, que afirmó que el eros era la esencia de nuestras psique, decretó que la estimulación del clítoris externo (no tenía conocimiento alguno sobre los bulbos y los labios) era como «virutas de pino» comparada con el «fuego de madera dura» del orgasmo vaginal. Una mujer que se estimulaba el clítoris para tener orgasmos estaba impedida, atrapada en una sexualidad inmadura, frustrada tanto física como psicológicamente. La femineidad erótica estaba marcada por orgasmos mediante relaciones vaginales, según él.

No obstante, Freud no dejó clara una cosa, un problema fisiológico que sigue importunando la investigación de los sexólogos. No trató con el dilema de que durante el coito a veces se acaricia, tira o presiona el clítoris. ¿Pretendía decir que los orgasmos maduros y en verdad femeninos eran únicamente internos o podía aceptarse esa presión?

Es imposible saber cuántas mujeres intentaron entrenarse para conseguir el estándar orgásmico de Freud y qué interpretación tomaron como objetivo, pero Marie Bonaparte —la misma psicoanalista francesa a la que Freud había planteado la pregunta: «¿Qué quiere una mujer?»—, vivía atormentada por la sentencia del científico. Debido a su incapacidad para alcanzar el clímax mediante el coito y, según parece, interpretando la sentencia de la segunda manera, a partir de 1920 reclutó a varios médicos a quienes les encargó que midieran la distancia entre la punta del clítoris (el glande) y el borde superior de la abertura vaginal de sus

pacientes. Ella y los médicos recopilaron también informes de los orgasmos de las mujeres. Después, Bonaparte revisó meticulosamente las pruebas. Llegó a la conclusión de que su fracaso personal se debía a los tres centímetros que separaban sus partes clave. El umbral, según determinó a partir de sus datos, eran dos centímetros y medio; menos de eso, y una mujer tenía bastantes posibilidades de alcanzar el éxtasis solamente con la penetración de un hombre.

A continuación, Bonaparte consultó a un cirujano vienés. Hizo que le recortara los ligamentos clitorianos y que le extirpara el glande clitoriano. Aunque los nervios del órgano sobrevivieron, la operación no satisfizo sus anhelos orgásmicos. Ni tampoco lo hizo un segundo intento. Se veía condenada a lo que ella denominaba «frigidez». Pero continuó con su investigación y dirigió su atención hacia las mujeres africanas cuyos clítoris habían sido cortados ritualmente, extirpados. Se preguntó si a causa de la pérdida de la sensación clitoriana las mujeres africanas alcanzaban con más frecuencia, y mejor, el orgasmo vaginal que sus hermanas europeas. Empezó a entrevistar a sujetos de estudio, y en el curso de su investigación trabó amistad con Jomo Kenyatta, que poco después lideraría la rebelión keniata contra el Gobierno británico, una guerra de liberación impulsada en parte para preservar la costumbre keniata de la ablación de clítoris.

Parece que Bonaparte abandonó su proyecto africano sin conseguir pruebas relevantes, y a mediados de siglo la doctrina científica empezó a cambiar. Kinsey, a partir de sus entrevistas con miles de mujeres, y Masters y Johnson, después de observar a varias mujeres manteniendo relaciones sexuales y masturbándose en su laboratorio, empezaron a poner en duda el orgasmo interno. Después, en 1970, la escritora feminista Susan Lydon publicó un manifiesto clitoriano. Los hombres siempre habían «definido la sexualidad femenina de la manera más favorable posible para ellos. Si el placer de una mujer se obtiene a través de la vagina, es totalmente dependiente del pene erecto de un hombre… Su placer sería una consecuencia de que el hombre buscara el suyo propio».

Asimismo proclamó: «La definición de la sexualidad normal como vaginal es, en otras palabras, una manera de subyugar a las mujeres, de subordinarlas sexual, económica, social y políticamente». No obstante, con la adecuada reivindicación del clítoris, «la mujer al fin será capaz de dar el primer paso hacia su emancipación, de definir y disfrutar las formas de su propia sexualidad».

Y pronto el manifiesto caló en la sexología. Se instauró una especie de absolutismo clitoriano. Con su superventas de la década de 1970, *El informe Hite: estudio de la sexualidad femenina*, la investigadora Shere Hite llegó a un público de decenas de millones de lectores. En él, afirmaba que el clítoris era la única fuente del orgasmo para las mujeres. Ya fuera con la lengua, el dedo o los roces del coito, el órgano externo era donde tenían lugar los orgasmos.

Esta afirmación absoluta se convirtió en la verdad aceptada y caló en la conciencia popular. Pero en 1982, Beverly Whipple, la que sería colaboradora de Komisaruk, publicó su libro sobre el punto G. Ella y los otros coautores de esta obra mantenían que hay un área en el interior de la pared frontal de la vagina que puede producir orgasmos increíbles. Se había encontrado con este fenómeno por primera vez mientras trabajaba como enfermera con pacientes que tenían problemas de vejiga. Avisaba de que la zona era difícil de localizar, y que en algunas mujeres sería más difícil que en otras. A veces, los orgasmos en el punto G producían eyaculación, no orina, tal y como quiso aclarar, sino un fluido que «se parece a la leche desnatada y tiene un sabor dulce». Bautizó el lugar mágico de la anatomía en honor a un ginecólogo alemán, Ernst Grafenberg, cuyos escritos olvidados desde hacía décadas apuntaban a la misma zona.

Grafenberg no fue el primero en encontrarlo: un científico holandés del siglo XVII había documentado la misma región, pero fue Whipple quien lo sacó a la luz pública. Su libro se tradujo a dicienueve idiomas y provocó una auténtica tormenta internacional. Los críticos le echaban en cara que su investigación era anecdótica, poco sólida, y que estaba embarcando a las mujeres en una caza imposible dentro del canal vaginal, un viaje quijotesco en busca de un placer superior, como un santo grial, con lo que revivía los opresores ideales freudianos. En definitiva, que estaba reafirmando el sexo patriarcal. Sus opositores insistían en que el punto G era un fraude.

Y hoy en día, a pesar del poder de la ciencia contemporánea, la cuestión anatómica de si existe un punto G sigue sin aclararse. Los escépticos ven el fenómeno como una especie de goce psicosomático. Y aportan pruebas, como un estudio llevado a cabo recientemente por investigadores británicos que enviaron un cuestionario a miles de parejas de gemelas idénticas y mellizas. Si el punto G existía, proponían los científicos, si de verdad se trataba de una zona del cuerpo, y no de un artículo de fe, entonces las gemelas

idénticas, cuyas anatomías son copias perfectas la una de la otra, tendrían muchas más posibilidades que las parejas de mellizas de estar de acuerdo en que tenían uno. El experimento con gemelas tenía una estructura clásica, una que se ha usado en repetidas ocasiones para separar lo genético de lo aprendido, lo objetivo de lo subjetivo, en campos diferentes al sexo. Pero cuando recibieron las respuestas, el índice de contestaciones positivas resultó ser el mismo entre ambos grupos. «¡Menudo anticlímax: el punto G es un mito», declaró el *Sunday Times* de Londres. Los investigadores afirmaron que ahora las mujeres podían evitar la presión de perseguir una ficción orgásmica que sólo les provocaría sentimientos de frustración.

No obstante, Whipple y Komisaruk, juntos y por su propia cuenta, han acumulado datos que conducen a una conclusión diferente, y parte de esas pruebas provienen de orgasmos experimentados por mujeres parapléjicas. En las ratas hembra y las hembras humanas han establecido que hay cuatro vías nerviosas que envían señales desde los genitales hasta el cerebro. Dos de estos canales suben directamente por la médula espinal. Ahora bien, un tercero, el tracto hipogástrico, da un rodeo; no se une a la médula hasta muy por encima de la pelvis, más o menos a la altura del ombligo. Y hay un cuarto, el nervio vago, cuyo nombre en latín significa «deambulante», que se abre paso hasta el cerebro sin pasar por la médula.

Komisaruk y Whipple han demostrado la importancia orgásmica de este polifacético mapa trabajando con mujeres con graves heridas en la médula espinal, que, en teoría, no podían sentir nada por debajo de la cintura. Sus genitales deberían ser insensibles. De hecho, tras un examen en el laboratorio, comprobaron que los glandes clitorianos de las parapléjicas estaban muertos. No obstante, tenían completa sensibilidad en el interior de la pared frontal de sus vaginas y su cérvix. Cuando se masturbaban estimulando la pared del cérvix, las mujeres objeto de estudio afirmaban tener orgasmos. Los científicos validaban sus afirmaciones calibrando su sentido del dolor, tomándoles el pulso y midiendo la dilatación de sus pupilas. La sexología ya había verificado tales lecturas como marcadores de un orgasmo: el dolor desaparece, el pulso se acelera y la pupilas se dilatan. Whipple, sentada junto a las mujeres que se masturbaban, recogía los datos mediante un dispositivo calibrado que pinchaba el dedo y un pupilómetro. Ella y Komisaruk publicaron artículos en los que argumentaban que las vías del nervio vago y, en algunos casos, del

hipogástrico transmitían los mensajes de éxtasis de la vagina eludiendo el punto dañado de la columna vertebral, mientras que las señales del exterior clitoriano, por el contrario, dependían de la parte inferior de la médula y se cortaban. Según su argumentación, esto demostraba que los orgasmos vaginales eran reales y distintos, que no se debían simplemente al roce y a la presión sobre el clítoris externo. Y, según explicaban, los circuitos de las dos vías, la del nervio hipogástrico y del vago, eran la razón por la que las mujeres sanas decían que los orgasmos vaginales eran diferentes a los externos, a los clitorianos, y los describían como más «profundos», más «palpitantes» y «fuertes». De algún modo, estas vías nerviosas más sinuosas, incrustadas y menos lineales creaban estas sensaciones.

Pero incluso para aquellos que descartan las pruebas como el estudio de gemelas y que creen en las lecciones de las mujeres paralizadas y en la existencia del orgasmo, hay un misterio primordial que lo enturbia todo.

¿Cuál es el origen anatómico exacto, o la mezcla de fuentes fisiológicas, que proporciona esta variedad de goce? ¿Es el punto G, como decimos, un punto o una zona difusa e incluso ligeramente cambiante? ¿Es una entidad propia de la pared vaginal en sí misma o tiene más que ver con lo que hay detrás de esa pared, unas extensiones clitorianas densas como nervios, las alas, delineadas a finales de la década de 1990? Si se trata de esas extensiones y de la estimulación que podrían recibir a través de la pared, ¿no son esos orgasmos vaginales al fin y al cabo clitorianos? ¿O tiene razón Komisaruk al deducir, a partir de los datos recogidos de los parapléjicos, que eso no puede ser posible porque en estas mujeres paralizadas las vías nerviosas de las extensiones estarían cercenadas igual que las vías del glande?

¿Y cómo puede llegar alguien a comprender la mecánica y las rutas nerviosas del tercer tipo de orgasmo propuesto, el clímax cervical —una suma tardía al debate del orgasmo—, que podría tener relevancia reproductiva? Igual que ocurre con las ratas, la estimulación del cérvix de una mujer permite una liberación de hormonas que puede, en un grado desconocido, ayudar al óvulo fertilizado. Ahora bien, averiguar científicamente si las mujeres pueden tener de verdad un orgasmo cervical es casi imposible. Es difícil imaginar cómo podría aislarse la experiencia, o bien imaginar un consolador, hecho en casa o moldeado de cualquier otra forma, que pudiera evitar por completo la estimulación de la pared y tocar sólo la parte de atrás del canal.

Dispuestos a desentrañar las incertidumbres sobre el punto G, o incluso del cérvix, dos doctores franceses hicieron sentar a una mujer, que decía tener orgasmos vaginales, en una silla de ginecólogo con estribos. Pidieron a su amante que la penetrara y colocaron un ecosonógrafo en su pelvis. La visión del coito reveló que un par de las proyecciones subyacentes del clítoris podían ser la solución al enigma del punto G. Estas proyecciones abarcan el revestimiento esponjoso y lleno de nervios de la uretra. Y en el econosonograma, cuando el pene golpeaba una zona particular de la pared frontal, las extensiones se movían y masajeaban el recubrimiento de la uretra. Según esta nueva teoría, ello hacía que el recubrimiento sufriera una sobrecarga de actividad neural y conducía a la mujer al orgasmo. Así que el origen principal del orgasmo era la capa exterior acolchada de la uretra.

Komisaruk y Whipple han elaborado una guía para el lector común: «Si se insertan uno o dos dedos en la vagina, con la palma hacia arriba y haciendo un movimiento de "ven aquí", se puede encontrar la zona. Hay mujeres que pueden tener problemas para localizar y estimular su punto G por sí mismas (excepto con un consolador, un vibrador para el punto G o algún dispositivo similar), pero no tienen dificultad para identificar la sensación erótica cuando estimula el área un compañero. Para estimular el punto G durante el coito vaginal, las mejores posiciones son con la mujer encima o penetrándola por detrás. El orgasmo resultante de la estimulación del punto G causa una sensación muy profunda dentro del cuerpo».

Ninguno de los esfuerzos de ambos bandos ha conseguido acabar con las disputas entre los orgasmos vaginales y los externos. Y no parece probable que vaya a ocurrir. Más o menos la mitad de las mujeres cree que tiene un punto G, y la otra mitad cree que no. Pero Komisaruk y Whipple, con el control del pulso y el pupilómetro, han comprobado algo que trasciende la anatomía, algo que no ha levantado demasiadas dudas: hay mujeres que pueden alcanzar el orgasmo mediante el pensamiento sin tocarse en absoluto. Por razones que no están claras, es una capacidad mucho más común entre las mujeres que entre los hombres. En el laboratorio de Komisaruk y Whipple, algunas mujeres han conseguido llegar al clímax sólo imaginándose a sus amantes o, en otros casos, mediante pasajes de música.

Una tarde observé cómo Wise, la colega de Komisaruk en el estudio de imagen por resonancia magnética, se tumbaba en el tubo y hacía una demostración. Antes de meterse en la máquina, me dijo

que todo el secreto residía en la respiración, la fuerza de la pelvis y en «saber cómo hacer circular la energía». Se guardó para sí cuáles eran sus fantasías.

Le pregunté si se trataba de un orgasmo de verdad.

«Hay muchos tipos de estornudos —dijo ella—, pero no cabe duda de lo que es un estornudo.»

No se movía debajo de la sábana. En la pantalla, las constelaciones de puntos se volvían cada vez más espesas y más alocadas. Cinco minutos y diecinueve segundos después de empezar, levantó la mano.

Capítulo 9

MAGIA

Martina Miller, la coordinadora, repartía pastillas. Wendy rellenaba un cuestionario. Se enorgullecía de su eficiencia en ese tipo de menesteres. Estaba sentada en el escritorio de Miller, delante de unas fotos de los despreocupados perros de la coordinadora colocadas en marcos magnéticos en un archivador. Quitó el clip de papel que sujetaba las muchas páginas del cuestionario, leyó velozmente cada pregunta y empezó a marcar con rapidez las casillas que había junto a las preguntas; cuando acabó ordenó las páginas golpeándolas (toc, toc) contra la carpeta rígida de esmalte blanco; volvió a sujetarlas con el clip y devolvió el documento a la coordinadora.

A cambio, Miller entregó a Wendy una nueva dosis de medicación. Vestida con pantalones rojos y una bufanda amarillo canario con ribetes naranja, Wendy irradiaba luz y optimismo. Dio las gracias, soltó una segunda risita y se guardó el tarro de pastillas en su brillante bolso de bandolera. Pero había un problema. Tras consultar el ordenador, Miller señaló que Wendy se había saltado algunos de sus informes y que no había escrito una entrada en su diario *on-line* cada vez que se ponía una pastilla en la lengua.

«Lo sé, lo sé —confesó Wendy—. Es un lío, siempre me olvido.» Durante dos o tres minutos, su coraza alegre se resquebrajó. No hubo lágrimas, en todo caso sólo miedo, allí de pie, en un centro de medicina sexual en un suburbio de Maryland. Pronto estaría fuera, en su coche, bajo el sol, lejos. Conduciría en aquella tarde de mayo hacia donde su hija de diez años le estaba dando clases de *lacrosse*, pero en ese momento le estaba explicando a Miller que, a pesar de tomarse la medicación, no había sentido nada, no había hecho nada con su marido, se había quedado dormida y había ignorado su diario al día siguiente porque sólo podía informar del fracaso. Esperaba que su primera ronda de pastillas hubiera sido un placebo.

Tras responder a anuncios de radio, de periódicos y de Craigslist,

acudieron algunas mujeres para inscribirse en las pruebas durante todo el otoño y el invierno. Había observado ese estadio del proceso en otra clínica, cerca del centro de Washington D.C. La pequeña empresa farmacéutica Emotional Brain (EB) había contratado centros por todo el país, clínicas dirigidas por psicólogos, ginecólogos y médicos de familia. Algunos de ellos participaban porque las pruebas médicas formaban parte de su práctica; otros, porque creían que las creaciones de EB, Lybrido y Lybridos, podrían ser muy distintas de los anteriores medicamentos de otras compañías, tener una composición y precisión suficientes como para ser los primeros afrodisiacos que consiguieran el visto bueno de la Agencia del Medicamento de Estados Unidos, los primeros cuya eficacia se probara con éxito con el beneplácito del Gobierno, y que se pudieran ofrecer a las mujeres para aumentar su deseo sexual.

«Usan términos con auténtico énfasis, palabras que son violentas», decía sobre las pacientes Andrew Goldstein, que dirigía el centro en Washington. La luz de su oficina era tenue. Una fotografía de un primer plano de un cerezo colgaba frente a sus diplomas. «Es como si alguien me hubiera cortado el brazo. No es como me veo a mí misma; es como si me hubiesen arrebatado algo. Quitado. Robado.» Era uno de los ginecólogos más prominentes del país, presidente de la Sociedad Internacional para el Estudio de la Salud Sexual de la Mujer, y estaba casi exultante. No pretendía sacar provecho económico si los datos de las pruebas daban buenos resultados, si los dos medicamentos vencían al placebo, si los efectos secundarios eran leves, si la Agencia del Medicamento le daba su bendición. Había aceptado participar en el ensayo clínico de otros medicamentos, moléculas perseguidas por gigantes farmacéuticos por la misma desesperación, por la sensación de que el deseo se desvanece, un ensayo que tenía como objetivo el mismo mercado, que podría generar más de cuatro mil millones de dólares al año sólo en América. Después, durante los dos años anteriores, se había tomado una pausa debido a la frustración. Sin embargo, Lybrido y Lybridos había reavivado su esperanza. Sentía que podían ser una solución. Y no era sólo eso. El método de diagnóstico de EB, su base genética, lo aprendido mediante análisis de sangre y entrevistas, y el algoritmo que recopilaba y procesaba todos estos elementos podían proporcionar una nueva perspectiva del estudio de los cerebros sexuales de las mujeres.

«Las herramientas con las que contábamos hasta ahora eran como cuchillos de sílex.» Es decir, los recursos con los que contaba

su campo para comprender los trastornos y tratarlos eran toscos y rudos, pertenecían a la Edad de Piedra. Cuando hablábamos entre sus registros de posibles pacientes, llevaba una camisa azul y blanca de raya diplomática y una bata blanca de laboratorio. Su voz era áspera y alta. Tenía una cara mofletuda de rasgos juveniles y el pelo completamente canoso, así que a veces presentaba el aspecto de un niño y otras imponía un gran respeto. El gris parecía desaparecer cuando hablaba del algoritmo de EB y de sus píldoras: «¡Santo cielo! ¡Está muy bien pensado!».

Si EB conseguía dar en el clavo, explicaba él, se producirían cambios fantásticos, específicos y enormes. Tendría un medicamento que permitiría ayudar a un grupo de sus pacientes, mujeres cuyo deseo se veía asfixiado por los antidepresivos. Tendría una forma de comprender uno de los misterios de su campo: por qué la píldoras anticonceptivas anulaban la sexualidad en algunas, y no pocas, mujeres. Tendría algo más preciso a lo que agarrarse que la actual y vaga explicación del efecto de la testosterona en la libido femenina. Y, sobre todo, podría devolver a todo tipo de mujeres lo que ellas sentían que se les había arrebatado.

Una estudiante africoamericana de derecho que, tras permanecer cinco años con su novio, no podía sentir el deseo que una vez había sentido, sólo podía engañar a su pareja. «Uso un lubricante para que él no lo sepa», le dijo a Goldstein cuando éste la entrevistaba para las pruebas de EB. Una madre divorciada con tres hijos sentía que estaba cayendo en una indiferencia sexual con su amante, lo que le recordaba el fin de su matrimonio. «Cuando nos separamos —decía ella sobre su exmarido— fue como pasar por una segunda pubertad. Así que pensé que el problema era él.» Lo atribuyó también a sus hijos, a la energía que le quitaban, a las citas de terapia física a las que debía llevar a su hijo discapacitado cada semana. Sin embargo, ahora que la indiferencia regresaba, estaba empezando a dudar de esas atribuciones, empezaba a preguntarse si tenía algo que ver consigo misma. Se trataba de una trabajadora de un banco que, tras responder a las preguntas de Goldstein sobre su pasado, mencionó dónde había conocido a su marido.

—Fue en el aeropuerto internacional de Nashville.

—¿Cómo lo conoció en un aeropuerto?

Ese tipo de detalle no influía en absoluto en la decisión de EB de a quién aceptaba en sus ensayos, pero Goldstein era de esa clase de médicos a los que les gustaba llegar a conocer un poco a las mujeres que se sentaban al otro lado de su escritorio, aunque no fueran sus pacientes, aunque sólo pasaran por su oficina unas cuantas veces a

lo largo de varios meses para recoger las pastillas y responder a las preguntas de seguimiento, aunque se fueran después de eso.

—Era vigilante —recordaba la trabajadora del banco—. Estaba en la universidad y trabajaba a tiempo parcial como vigilante. Volvía de almorzar vestida con mi uniforme y él me estaba mirando, así que yo le dije que no era educado quedarse mirando a una mujer sin saludarla. Me di media vuelta y él me siguió.

—Obviamente tenía algo que decir.

—Obviamente —respondió la paciente, y ella y Goldstein se rieron al unísono.

—¿Durante cuánto tiempo salieron?

—Fue muy rápido. Nos conocimos en junio y en marzo nos casamos.

Y durante años, incluso con niños pequeños, sintió esa adrenalina, tuvo esa sensación de que lo suyo era algo predestinado; siempre había confiado en la química de la combinación de sus cuerpos. Ahora, a finales de la treintena, todo ocurría con lentitud, había impuesto una distancia de seguridad. A menudo fingía sus orgasmos.

—Cuándo él inicia el acercamiento sexual, ¿se siente usted ansiosa?

—Sí.

—¿Estrés?

—Intento ocultarlo.

Todas las mujeres que querían participar en el estudio tenían varias razones. Estaban las exigencias de la facultad de derecho, el hijo discapacitado, una inseguridad por haber ganado peso, una cirugía por un fibroma que parecía haber causado daños, aunque ningún neurólogo podía descubrir la causa de la pérdida de sensación. «Cuando juega conmigo, cuando intenta ponerme a tono, no lo siento, no lo entiendo —decía la trabajadora del banco—. Por eso necesito estar en este estudio.» Goldstein me explicó que siempre había muchos factores. Pero conforme escuchaba, a veces me parecía que sólo había uno. No había ningún desgarro, ninguna falta; nada violento había ocurrido. Sólo una cosa: el tiempo había pasado y el deseo se había quedado atrás. Eso era todo. Era una agresión suficiente.

Lybrido, Lybridos y todos los intentos farmacéuticos que habían llegado antes que él, los incalculables millones o miles de millones que se habían invertido en investigación, eran una carrera para curar la monogamia. Ésa era la petición principal, el mercado que más beneficios podía darles.

—Simplemente quiero saber —preguntó una mujer, después de describir al hombre con el que había pasado siete años— si esta medicina va a funcionar, si voy a recuperar la excitación.

Una tarde de mayo de dos años atrás, Wendy se había sentado con sus vecinas en las tumbonas de su patio trasero. A sus espaldas, las casas, modestas y de ladrillo a juego permanecían tranquilas. A su lado había una chimenea portátil sobre patas de hierro y las llamas calentaban el ambiente de ese día entre primaveral y veraniego. Las ventanas de arriba estaban abiertas de par en par para que las habitaciones se airearan. Sus hijos se balanceaban en una cuerda detrás de la casa de Wendy; sus respectivos maridos estaban en un partido de béisbol de los Orioles de Baltimore; las mujeres bebían vino.

Un busca sonó, primero débil, después más alto y de forma más insistente, entre la calma suburbana. La vecina de la puerta de al lado de Wendy se levantó de golpe. El estudio en el que Wendy y otras dos mujeres participaban ese año funcionaba de forma algo diferente que los ensayos de EB. Los diarios electrónicos, registros de actos y sentimientos sexuales debían actualizarse todos los días. Y la amiga de Wendy corrió al interior de su casa para silenciar el recordatorio automático de la empresa antes de que empezara a resonar por todo el vecindario. Estaban tomando Flibanserin. Enviaban sus respuestas a la compañía y hablaban entre ellas (y con otras amigas sentadas alrededor de la fogata, que seguían su progreso) sobre si la píldora experimental funcionaba. Se preguntaban cuáles eran las posibilidades de que a las dos o a las tres les hubieran dado el placebo. En tardes como aquélla, o por las mañanas, mientras tomaban un café después de dejar a sus hijos en el autobús de la escuela, pensaban que fuera lo que fuese lo que les hubieran dado no estaba teniendo ningún efecto, aunque una de ellas creía que tal vez estaba empezando a sentir algo.

Intrinsa y Libigel, Flibanserin o Bremelanotide eran algunos de los fármacos que se habían descartado antes de la llegada de Lybrido y Lybridos. Intrinsa y Libigel, un parche y un ungüento, proporcionaban dosis de testosterona; tras el fracaso de ésta con la Agencia del Medicamento, se escondía una lección sobre lo poco que la ciencia había conseguido averiguar respecto a la bioquímica del deseo de las mujeres.

De algún modo, mediante mecanismos que sólo conocemos en términos generales, la testosterona prepara la elaboración y transmisión de la dopamina, el mensajero del cerebro para el deseo

urgente. Esta fabricación tiene lugar dentro y muy cerca del hipotálamo, que tiene forma de almendra, que se asienta en el bulbo raquídeo y ayuda a gobernar nuestros deseos básicos y estados corporales: hambre, sed, deseo y temperatura corporal. Intrinsa y Libigel intentaban influir en los circuitos de dopamina que están consagrados al sexo enviando más testosterona a través del flujo sanguíneo.

Inyectar dopamina directamente, en lugar de usar testosterona, puede causar problemas. Las técnicas no están depuradas; los resultados pueden provocar una sobrecarga en el conjunto cerebral, daños en el sistema de circuitos del control motor, náuseas graves e incluso un riesgo de adicción si se administra demasiado a menudo. Además, según me contó Pfaus, la testosterona podría avivar el deseo de formas que van más allá de la dopamina y modificar otros neurotransmisores cruciales. Teniendo en cuenta todo esto, un medicamento que proporcionara más testosterona parecía prometedor. Sin embargo, se produjeron complicaciones desconcertantes que, hasta cierto punto, se conocían, incluso antes de que los afrodisiacos de testosterona se desarrollaran y empezaran a probarse. Ya fuera porque, después de todo, la testosterona no es el principal avivador del deseo, como algunos científicos argumentan, o porque hay mucha más bioquímica en juego, el enigma era éste: si se añade testosterona al flujo de sangre de una mujer, no necesariamente se causará un aumento del deseo; pero si se reduce la hormona, no necesariamente disminuirá la libido.

Los anticonceptivos orales, dijo Goldstein al principio de una conferencia sobre la confusión hormonal, erradicaban prácticamente la presencia en sangre de testosterona en una mujer. Los niveles de testosterona libre de quienes toman pastillas anticonceptivas se reducen a una décima o duodécima parte de lo normal. La situación no había sido siempre tan drástica. En los últimos años, las empresas farmacéuticas han estado fabricando anticonceptivos que rebajan la testosterona para aumentar un efecto secundario que promueve las ventas: la eliminación del acné. Para muchas mujeres, la reducción hormonal no parecía marcar ninguna diferencia en el deseo. De hecho, en el caso de algunas personas, la píldora generaba deseo, probablemente, continuó Goldstein, porque las mujeres, libres de la preocupación del embarazo y con reglas más ligeras o menos frecuentes, eran más proclives a buscar sexo. Sin embargo, en otros casos, los anticonceptivos orales anulaban su libido. ¿Por qué a algunas les afectaban los bajos niveles de testosterona y a otras no?

La menopausia se añadía a los enigmas que rodeaban a la hormona. Las mujeres de mediana edad y muchos de sus médicos solían culpar a la menopausia de disipar el deseo. Los doctores recetaban testosterona como remedio aunque no estuviera aprobada por la Agencia del Medicamento, así que era semilegal. Y algunas mujeres informaban de resultados exitosos. Sin embargo, a pesar de la creencia popular de que en esa época de la vida la hormona decae, la menopausia no provoca en realidad ninguna disminución de la testosterona; al contrario, se produce una ligera recuperación. En realidad, mucho tiempo antes, durante la veintena y la treintena, tiene lugar un declive constante. Y la profundidad de ese declive no era peor que la que pasaba desapercibida en innumerables mujeres que tomaban la píldora.

¿Había alguna forma de que todo eso tuviera sentido? ¿Existía algún modo de arrojar algo de luz entre los estrechos vínculos fisiológicos —algo tan sencillo como el recuento hormonal o tan complejo como la menopausia— y la libido? Posiblemente con los estrógenos. En torno a la edad de la menopausia, la pérdida de estrógenos provoca a algunas mujeres sequedad vaginal, que puede socavar el deseo, aunque si se conectaba a esas mujeres a un pletismógrafo y se ponía una película pornográfica, el flujo sanguíneo se aceleraba igual que en las mujeres más jóvenes. Simplemente, los tejidos ya no fabricaban tanto fluido. Las vías psicológicas del deseo siguen intactas, pero las reacciones químicas responsables del humedecimiento se han deteriorado. Y los propios tejidos se vuelven más finos, lo que provoca problemas obvios: si el coito es incómodo, es muy probable que lo rehuya. Si le produce dolor, la mujer lo evitará sin más; en cualquier caso, no hay otra salida, el deseo desaparecerá. Asimismo, otra cosa resulta obvia: hay maneras diferentes de mantener relaciones sexuales. Sin embargo, un déficit, inconmensurable, tal vez inmenso, entra en acción. La mente de la mujer no oirá los mensajes de sus genitales tan bien como lo había hecho antaño. Y la comunicación puede ser tenue desde un principio. Los experimentos de Chivers lo demostraron: sus pacientes podían parecer sordas a lo que sus genitales decían. La lubricación era parte del lenguaje; al disminuir, podían hacer enmudecer los mensajes del deseo, de manera que la mente se volvía menos receptiva al deseo. El cerebro y el cuerpo tenían una mayor dificultad para sumergirse en un bucle de deseo.

No obstante, no se puede dejar de lado el estudio australiano: con las nuevas relaciones, el deseo triunfa sobre la menopausia, y con facilidad. Además, Goldstein explicó que la sequedad y la

atrofia podían tratarse con suplementos de estrógenos, con dosis bajas y seguras. La lubricación se restauraba y los tejidos recuperaban la salud, aunque la libido no revivía de manera fiable. Tercamente, los efectos de las hormonas evadían la lógica. En ocasiones, el deseo parecía esconderse de la ciencia.

Goldstein volvió a hablar sobre la testosterona. Era uno de los miles de doctores que la recetaban a pesar de no estar autorizada, haciendo directamente caso omiso al espíritu si no a la letra de la ley. No dudó en discutirlo. Sentía que tenía que hacer todo lo que estuviera en su mano por sus pacientes. Las mujeres acudían a él cuando sus médicos de familia o ginecólogos no podían hacer nada por ellas. «Si tuviera un centavo por cada vez que un paciente me ha dicho que su médico le ha recomendado que simplemente se tomara un vaso de vino…», se lamentaba. Daba la hormona a mujeres de todas las edades, aunque no indiscriminadamente; seguía sus propios criterios, su propia intuición, intentaba discernir a quién podía beneficiar. Buscaba niveles bajos de testosterona en la sangre, pese a saber que esto no era un indicador demasiado predictivo. Sopesaba las historias que había oído durante sus entrevistas, oía que los sueños eróticos desaparecían. Esto, en su mente, era un signo de alerta: el desvanecimiento del sexo de la vida del inconsciente. Se obcecó en las pruebas que había recogido, siguió sus intuiciones. Supuso que actuando de este modo ayudaba a más de la mitad de las mujeres a las que proporcionaba la hormona. Sin embargo, no logró que muchas de sus pacientes mejoraran, y otras no eran candidatas adecuadas, según sus cálculos, para ese tratamiento. Y se quedó leyendo sueños, practicando la medicina según un sistema que, paradójicamente, apenas se podía llamar sistemático.

Ese embrollo, esa imprecisión, esa incapacidad de predecir están en el seno de las suspicacias de la Agencia del Medicamento respecto a la testosterona. En un ensayo clínico con mil mujeres, una compañía farmacéutica había recopilado datos que podían respaldar su producto, Libigel. El fármaco parecía funcionar. De media, elevaba el deseo, pero de forma tenue. Y además, en los ensayos, un gel falso, un placebo, había servido para promover la libido tanto como el medicamento. La autosugestión parecía tan potente como el medicamento.

En torno a la chimenea o tras la marcha del bus escolar, la conversación sobre el Flibanserin era llana, condimentada con un chiste o dos, como a Wendy le gustaba que fueran las charlas. No

obstante, cuando sus amigas se iban, después del vino o el café, se veía poseída por un sentimiento insidioso, de impotencia, de presagio y temor de que no sería capaz de protegerlo. Pero ¿proteger qué? No su matrimonio, no era exactamente eso. Confiaba en que ella y su marido siguieran juntos. Era, según decía, un amor que había que salvar. Era, y usó la más simple de las palabras, «felicidad». Luchaba por evitar que se le escapara del todo el deseo.

Había conocido a su marido en un bar de deportes tras acabar la universidad; se había reído con él jugando al futbolín y había seguido riéndose más tarde esa noche mientras él hacía el payaso, inventándose sus propios pasos de baile. Aquello fue en Nueva York, donde ella vivió unos cuantos años, aunque siempre con la intención de volver a su hogar en el Medio Oeste, casarse allí y construir una vida cerca de su familia. Ella se sintió desarmada ante él, no necesitaba esconderse, lo que era nuevo. Ella admiraba «cómo podía sacar punta a todas las situaciones y hacerlas graciosas sin que nadie se sintiera mal». Y también había momentos demasiado intrascendentes para ser descritos. Una tarde en que fueron a un videoclub, estaban de pie entre una multitud esperando a que el dependiente colocara un montón de películas, la película que ella quería apareció, pero ella aguardó por si otra persona pudiera cogerla. Él dijo que le gustaba lo que ella había hecho, y muchos años después ella todavía recordaba su simple y recatado elogio, el placer que le había producido su gesto. Gradualmente, empezaron a salir, y ella se quedaba extasiada con él; cuando salían con otras parejas sólo pensaba en volver a casa con él. Después habían formado una familia juntos en una casa colonial de ladrillo de tres dormitorios, una vida que nunca había lamentado. Pero ahora estaba asustada.

Años atrás, en su casa, ella le cogía de la mano y lo llevaba corriendo escaleras arriba. Ahora esperaba el momento más o menos como si fuera una presa, aunque el depredador fuese tierno, aunque lo quisiera. «Se acerca a mí en la cama, o me rodea con el brazo y me acaricia la espalda.» Una vez a la semana, él intentaba traspasar las barreras invisibles que ella levantaba; una vez a la semana, ella intentaba no rechazarlo. Y como una máquina indestructible, alcanzaba el orgasmo regularmente cuando hacían el amor, como siempre lo había hecho. Pero a la noche siguiente volvía a ser la persona en la que se había convertido, la mujer que quería dormir o que se concentraba intencionadamente en el libro mientras él subía la escalera. Era imposible comprender cómo

habían cambiado esa escalera.

A diferencia de Libigel, Flibanserin jugueteaba directamente con los neurotransmisores, pero esa manipulación era demasiado delicada. Los resultados de los ensayos no fueron lo bastante buenos para pasar los controles. Wendy y sus amigas habían sido barómetros precisos. Otros medicamentos presentaron diferentes problemas. Unos cuantos años antes de que el grupo de Wendy se involucrara en esos ensayos, un medicamento había aparecido casi por casualidad. Un equipo de investigadores de la Universidad de Arizona estaba investigando un elemento químico como autobronceador, un compuesto que activara un conjunto de células productoras de la pigmentación de la piel llamadas melanocitos. Sin embargo, cuando los científicos lo probaron con un pequeño grupo de hombres, casi todos informaron de un efecto inesperado: erecciones repentinas y sorprendentemente rígidas. Y, al contrario que los efectos de la Viagra, que se centraban por completo en el flujo sanguíneo, el bronceador apuntaba a la mente y la dejaba anhelante de deseo. El Viagra proporcionaba una erección cuando había deseo; sin embargo, el bronceador, según vieron los investigadores, influía en ambos.

Nadie estaba seguro de qué hacía exactamente ese ingrediente químico que actuaba en el cerebro al mismo tiempo que bronceaba el cuerpo, pero, con cada dosis, el área preóptica medial del hipotálamo, parte de la «zona cero del deseo» de Pfaus, segregaba una dosis extra de dopamina durante varias horas por toda la materia gris. No sólo el deseo sexual se disparaba, sino que el deseo de comida desaparecía, lo cual encajaba con la interconexión ya conocida en el interior del hipotálamo y con la relación entre los impulsos básicos: sexo, comida, sueño. Si el deseo en un momento dado se vuelve abrumador, los otros dejan de importar.

La empresa que compró los derechos de la fórmula química creía que había conseguido algo importante. Refinó el compuesto, eliminó la parte bronceadora, desechó lo que mataba el apetito y se guardó esos efectos para medicamentos que se desarrollarían más tarde. Y se concentró en el sexo. Para llevar a cabo una prueba preliminar sobre cómo podía funcionar el medicamento, llamado Bremelanotida, la compañía envió una caja por FedEx a Pfaus, que introdujo la nueva molécula en sus ratas a través de un minicasco. Los machos mostraron erecciones a un ritmo extraordinario. Esto fue una buena noticia para la compañía, dado que el Viagra y sus primos químicos no funcionan para un tercio de los hombres

impotentes. Sin embargo, lo que causó una mayor alegría empresarial fue la reacción femenina. Los gestos con la cabeza y los brincos, las hembras que trepaban por el trasero de un macho y copulaban con ellos como en una demostración, es decir, las formas de una rata hembra para expresar «te deseo», se dispararon.

A continuación, la empresa se centró en los cientos de mujeres que se quejaban del mal estado de sus libidos. «Estaba involucrada al cien por cien.» Registraba sus experiencias después de absorber la Bremelanotida mediante un inhalador nasal unidosis. «Sentía un cosquilleo y excitación.» «Estaba centrada en el sexo; no pensaba en nada más.» «Mi orgasmo era como solía ser.» «Pude llegar al clímax varias veces.» En la clínica sexual de Maryland donde Wendy recogía sus píldoras EB, el psicólogo al cargo también albergaba grandes esperanzas con la Bremelanotida. Su centro había participado en esos estudios; recordaba a una mujer que había inhalado la sustancia y después se había sentado en la sala de espera para que pudieran comprobar sus signos vitales y asegurarse de que no había efectos secundarios. Abrumada por la metamorfosis de su mente y genitales, declaró a todo el mundo que pudo oírla: «Tengo que llamar a mi marido para asegurarme de que esté en casa cuando llegue».

Los efectos de la Bremelanotida eran espectaculares. Una importante revista dedicó su portada al medicamento con la visión de un ilustrador del Midtown de Manhattan. En ella se veían taxis parados en mitad de la calle mientras se producían orgías en los capós, en los techos de los autobuses y en la acera de una isleta.

Sin embargo, el problema, recordó el psicólogo de Maryland, era que algunas mujeres no lo estaban celebrando en su sala de espera; en lugar de eso, había unas cuantas en el baño, vomitando. Además de los episodios de náuseas, la presión sanguínea subía en un pequeño porcentaje de las pacientes. Más o menos a mitad del proceso de pruebas con la Agencia del Medicamento, con decenas de millones todavía por invertir en más ensayos, la empresa se desentendió de su aplicación porque sabía que nunca conseguiría la aprobación de un afrodisiaco con esos peligros. A partir de entonces pasó a estudiar una versión intravenosa, que parecía no causar mareos ni hipertensión, aunque había dudas sobre cuántas personas estarían dispuestas a pincharse con una aguja para mejorar su deseo.

La empresa siempre se había preocupado por algo más. En las fases iniciales de la Bremelanotida, después de ver el furor que causaba en las ratas hembra, los registros de euforia que provocaba

en las mujeres y la orgía que se había representado en la portada de la revista, los responsables de la compañía estaban tan asustados como contentos. Pfaus recordaba que en las reuniones habían previsto que el medicamento podría parecer demasiado efectivo para la Agencia del Medicamento, que la imagen de portada de las mujeres entregadas febrilmente sobre el cemento, rodeando a extraños con sus piernas, obsesionaría a la agencia y la asustaría. No había forma de predecir si ésta elevaría el espectro de aceptación sexual si la aplicación hubiera alcanzado un análisis concluyente, pero la empresa se reunió con investigadores como Pfaus para preguntarles si había algún dato que pudiera sugerir a la agencia estatal que el impacto químico podía ser «selectivo», es decir, que asegurase que las esposas e hijas que inhalaban Bremelanotida «no saldrían a la calle a tirarse a todo el equipo de fútbol».

Esto recordaba a lo que Goldstein contaba de sus investigaciones con el Flibanserin. En los ensayos con este fármaco no había adoptado su papel habitual de trabajador externo que entrevista a las mujeres y dispensa la medicación. La corporación que ostentaba la propiedad de la molécula lo había contratado como asesor; había asistido a las sesiones para diseñar una estrategia. «Cuando acudes a la Agencia del Medicamento con este tipo de producto, te mueves en un terreno delicado: los efectos deben ser buenos, pero no demasiado», explicó él. Sin embargo, resultó que el problema del Flibanserin no fue precisamente ser demasiado bueno: «Los expertos mantuvieron largas discusiones sobre la necesidad de demostrar que no estaban convirtiendo a las mujeres en ninfómanas. Había serios prejuicios, un temor a crear a una mujer sexualmente agresiva, una idea directamente unida con el colapso social».

Con su bufanda amarilla y naranja enrollada bajo la barbilla, Wendy dijo al coordinador que se encargaba de mantener al día la información, después de comprobar qué anotaciones faltaban en su diario de EB, que raras veces fantaseaba con otros hombres. Incluso las imágenes momentáneas eran escasas. «Me siento muy atraída por mi marido», me dijo ella con un tono duro, apenas audible por su voz resquebrajada. Era el tipo de respuesta que había oído de algunas de las mujeres con las que había hablado, aunque no de todas, como si necesitaran salvaguardar sus sentimientos hacia sus compañeros, incluso mentalmente. Parecían regirse, de forma consciente o reflexiva, por reglas atemporales sobre la manera en que las mujeres deberían o no deberían comportarse. ¿Tenía esto un

impacto negativo en los circuitos sexuales de los neurotransmisores, que, como todo nuestro sistema, pueden reforzarse y aumentarse, o bien apagarse, a lo largo de la vida? ¿Acaso la rigidez de los pensamientos eróticos debilita los canales a través de los que estas ideas viajan por el cerebro, adelgaza filas de neurotransmisores que pasan como un fogonazo por esas vías, y conduce, a su vez, a una mayor constricción de pensamiento? ¿Es posible que las lecciones que se imparten a las chicas sobre lo que es y no es natural, normal, hagan a estos circuitos menos robustos desde una etapa temprana? ¿Es posible también ampliar las vías opuestas, canales de serotonina que se apresurarían a aplastar cualquier impulso inaceptable?

> Levanto un poco la vista y lo miro furtivamente mientras espera en la cola a que le sirvan. Podría pasarme el día mirándolo… Es alto, ancho de hombros y delgado… Y cómo le caen los pantalones…

Wendy acababa de leer *Cincuenta sombras de Grey*, el primer libro de la trilogía erótica cuyas ventas en Estados Unidos se acercaban por aquel entonces a los veinte millones de ejemplares; estaba rompiendo todos los récords de ventas semanales. Wendy y muchas otras personas lo habían etiquetado jocosamente como «porno para mamás». No era lo que leía habitualmente. Internalizaba escenas como cuando Anastasia, la heroína, cuenta los inicios de su romance sadomasoquista con Christian, su comportamiento reticente y sereno, sus dedos «elegantes», y describe toda su persona, «tan bella que da vértigo».

> —¿Quiere decir eso que vas a hacerme el amor esta noche, Christian? […]
>
> —No, Anastasia, no quiere decir eso. En primer lugar, yo no hago el amor. Yo follo… duro.

Y unas páginas más adelante sigue así:

> [M]e corro inmediatamente, me desmorono debajo de él, que sigue embistiéndome exquisitamente.

Y unas páginas más allá Christian le ordena:

> —[…] Pon las manos al frente como si estuvieras rezando.
>
> […] Coge una brida para cables y me sujeta las muñecas con ella, apretando el plástico. […]
>
> —Agárrate al poste —dice. […]
>
> Se sitúa detrás de mí y me agarra por las caderas […]. Me azota en el culo con la mano abierta. […]
>
> —Separa las piernas. […]

> Me sujeta las caderas y se sitúa, y yo me preparo para la embestida, pero entonces alarga la mano y me agarra la trenza casi por el extremo y se la enrosca en la muñeca hasta llegar a mi nuca, sosteniéndome la cabeza. Muy despacio, me penetra, tirándome a la vez del pelo […]. Con la otra mano me agarra por la cadera, sujetando fuerte, y luego entra de golpe, empujándome hacia delante. […]
>
> Me agarro más fuerte al poste y me pego a su cuerpo todo lo que puedo mientras continúa su despiadada arremetida, una y otra vez, clavándome los dedos en la cadera. Me duelen los brazos, me tiemblan las piernas, me escuece el cuero cabelludo de los tirones… y noto que nace de nuevo esa sensación en lo más hondo de mi ser. Oh, no… y por primera vez, temo el orgasmo… si me corro… me voy a desplomar. Christian sigue embistiendo contra mí, dentro de mí, con la respiración entrecortada, gimiendo, gruñendo. Mi cuerpo responde… ¿cómo? Noto que se acelera. Pero, de pronto, tras metérmela hasta el fondo, Christian se detiene.
>
> —Vamos, Ana, dámelo —gruñe y, al oírlo decir mi nombre, pierdo el control y me vuelvo toda cuerpo y torbellino de sensaciones y dulce, muy dulce liberación, y después pierdo total y absolutamente la conciencia.

Mientras Wendy leía en su iPad, una tormenta dejó sin electricidad su edificio durante una semana; dado que eso trastocaba las rutinas de su familia, se quedaron a dormir en la casa de un vecino, así que no podía decir, me contó, si el libro habría conseguido lo que el Flibanserin y su primera tanda de píldoras EB no habían logrado, si parte de la excitación que le causaba se habría filtrado en lo que sentía hacia su marido. Esa semana su vida fue un lío. Supuso que *Cincuenta sombras de Grey* habría tenido algún efecto si las circunstancias hubieran sido diferentes, quizá no tanto como lo que esperaba de los fármacos, pero sí alguno.

Cuando el autodominio de Christian dio paso a los gemidos, a los azotes, y cuando Anastasia, atada, doblada, se convirtió en un simple objeto, Meana estuvo cerca de sucumbir. No obstante, yo pensaba en la perspectiva de Pfaus. «Dopamina, dopamina —dijo sobre el impacto del libro—. *Cincuenta sombras de Grey* activa toda la sopa del deseo neuroquímica». Para Wendy fue como una serie de inyecciones, que duraban horas, en una mente que habitualmente mantenía a raya la fantasía y sus efectos neuronales.

Y Pfaus añadió: «dendritas», una especie de tentáculos que unen las fibras neuronales del cerebro. Nuestras experiencias pueden hacer que esos tentáculos se hagan más densos, igual que la vegetación es más espesa en un suelo rico, y ese florecimiento, explicó, significa que «las redes neuronales aumentan, se vuelven más sensibles y son más capaces de activarse». Era factible concluir que si Wendy acababa leyendo la trilogía y cultivando más la fantasía, tal vez sentiría fogonazos de deseo por los hombres que viera por la calle con espaldas anchas y caderas fabulosas, de modo

que, al cabo de un tiempo, su «arborización dendrítica» podría aumentar, y así podría conseguir por fin avivar el deseo hacia su marido, aunque sus hombros no fueran tan anchos, ni sus caderas tan esbeltas, ni su manera de follar tan feroz como la de Christian, y aunque oír el nombre de sus labios no le hiciera sentir vértigo.

Adriaan Tuiten, quien a menudo reflexionaba sobre el refuerzo y el rechazo, sobre el fortalecimiento o el debilitamiento de los circuitos del deseo mientras desarrollaba Lybrido y Lybridos, creía que el planteamiento anterior sobre Wendy era posible. Tuiten, un investigador holandés a finales de la cincuentena, doctorado en Psicofarmacología, cuyo desaliño con el cuello de la camisa torcido y el pelo revuelto, estaba a medio camino entre el estilo y la dejadez, era el fundador de Emotional Brain. Nos reunimos periódicamente cuando él estaba en Nueva York para revisar los ensayos, vender derechos de asociación y, así, reunir los millones necesarios para los estudios que la Agencia del Medicamento exigiría más adelante. Ponía todo su empeño en conseguir el visto bueno de la agencia americana antes que su equivalente europea; era demasiado caro hacer ambas cosas a la vez. Mientras paseábamos por Manhattan o tomábamos un café, a veces despotricaba contra los holandeses por rebuscar entre su basura. Empresas internacionales mucho mayores que su equipo, de sólo cuarenta personas, enviaban espías para hacerse con sus secretos. Pirateaban los ordenadores de EB. Detrás de sus gruesas gafas ahumadas, sus ojos estaban llenos de ansiedad. En algunos momentos, parecía estar al borde de la paranoia, enloquecido. Pero ¿cuán dementes eran sus sospechas? Había mucho dinero en juego. Lo cierto es que un científico como Pfaus, cuyas ratas no se usaban en los ensayos de EB pero que conocía ese campo quizá mejor que nadie y que tenía un pequeño papel de asesor en Lybrido y Lybridos, decía que Tuiten podía ser el hombre que consiguiera dar con el fármaco adecuado. Y todo ello sin tener interés monetario alguno en el éxito de EB.

Sin embargo, cuando Tuiten hablaba sobre el concepto de sus medicamentos, sobre el origen de sus ideas, afloraba una historia de ingenuidad científica y de un potencial y monumental beneficio que se reducía al corazón roto de un joven. No era algo que deseara recordar. «Mi trabajo actual es funcionalmente independiente del pasado —dijo, y prosiguió con lentitud—: El punto de partida es muy personal.»

De repente, a los veintitantos, su novia, una mujer de la que

había estado enamorado desde los trece años y con la que había convivido durante bastante tiempo, le dijo que lo dejaba. «Estaba anonadado. ¿Se dice así?», me preguntó con su fuerte acento y su vacilante pero elaborado inglés para asegurarse de que estaba usando la palabra correcta. «Estaba conmocionado. Sufría. Y en ese momento me dijo algo. Mi novia me confesó que estaba tan aliviada por su decisión que había vuelto a tener la menstruación.» Ella había dejado de tomar anticonceptivos orales dos años antes, pero no había vuelto a tener la regla hasta el día siguiente de dar por acabada la relación. Creía que su cuerpo le estaba confirmando que había tomado la decisión correcta, por muy difícil que hubiera sido.

Él se quedó muy afligido, pero ella no tardó mucho en pedirle otra oportunidad, y él se la dio. «Después de un año, se repitió el mismo patrón.» Había empezado a tomar la píldora de nuevo, después la dejó y se pasó meses sin ovular o menstruar; durante ese tiempo, se dio cuenta de que realmente no estaba hecha para continuar con ese hombre con quien había pasado la mitad de su vida. Le hizo saber que todo se había acabado para siempre. Y al cabo de un día o dos, su regla volvió.

Vapuleado por semejante veredicto cósmico, habló con la hermana de la mujer, que se mostró empática pero le dijo que sí, por supuesto, que los largos periodos de amenorrea podían deberse a causas emocionales y que, por triste que fuera, todo tenía sentido. Entonces no era científico. Era un estudiante universitario tardío que hasta hacía poco había estado decidido a ser fabricante de muebles. Sin embargo, había vuelto a estudiar por los libros que unos amigos le habían dado, libros que empezaron a cautivarlo, volúmenes del lógico y filósofo Bertrand Russell y de Johannes Linschoten, un psicólogo experimental holandés. Su mente estaba cambiando, crecía y se volvía cada vez más ávidamente analítico. Y se le ocurrió que algo era incongruente. Si la ruptura había liberado el cuerpo de su compañera para que pudiera sangrar, ¿cómo había podido ocurrir en tan sólo veinticuatro o cuarenta y ocho horas?

Se preguntaba cómo se había saltado la ovulación y las dos semanas que en general deben pasar después. Su útero no podía haber comprimido en un día o dos un proceso que biológicamente requiere un mes. Es cierto, era posible que, en ambos casos, hubiera decidido acabar con la relación dos semanas antes de decirlo, pero ésa no era la historia que ella contaba, y, meditando melancólicamente lo ciego que había estado, acabó destrozado porque le había pasado dos veces: «Solía quedarme bajo la ducha, pensando en ello sin parar». Y entonces, dio la vuelta a la lógica de

su novia, que su hermana había confirmado.

Ese giro empezó como una intuición, una corazonada, y poco a poco ganó solidez mientras exploraba diarios oscuros, estudiando cualquier cosa que pudiera estar al menos tangencialmente relacionada con su idea. «Estoy un poco, no loco, pero… Tenía la necesidad de controlar mi vida personal de este modo, de tener una teoría, un instrumento, de tener el control.»

Su novia corría, era vegetariana, hacía dieta: todos esos factores podían provocar una amenorrea, la suspensión del ciclo menstrual, unas circunstancias que apenas se habían investigado en aquellos días. Su régimen había causado estragos en su sistema hormonal y retrasado la reanudación de su periodo después de dejar la píldora; conforme leía todo lo que encontraba, tenía cada vez más la certeza de que así había ocurrido. La dieta también había reconfigurado «la vida afectiva de mi expareja», dijo él mientras hablábamos en un café; la palabra «afectiva», distante y profesional, contradecía su expresión, su voz. Treinta años después, seguía melancólico, desolado. Durante mucho tiempo, mientras su amenorrea hacía estragos en la bioquímica de su cerebro, ella había perdido el deseo por él. Y con el deseo, también el amor se había desinflado. Sin embargo, al final, con la píldora fuera de la ecuación y probablemente con una ligera relajación de sus hábitos deportivos y de su dieta, de la que ella misma no habría sido consciente, las hormonas habían revivido y se había reanudado la ovulación. En el cerebro, las moléculas de eros habían resurgido, aunque eso no había restaurado las emociones que sentía hacia su pareja. Al contrario, su impulso sexual reavivado parecía alejarla de él y hacerle desear a otros hombres. «La biología cambió sus sentimientos afectivos hacia mí», usó la palabra científica otra vez, aplastante. Ella decidió cortar el vínculo, liberarse. El repentino cambio en el estado molecular de ella le había costado el amor de su vida.

En ambas ocasiones, casualmente, había tardado dos semanas en tomar la decisión. Él pensaba que su novia y la hermana de ésta lo habían entendido mal. Lo psicológico no había determinado la parte hormonal, sino que más bien la bioquímica había determinado la trayectoria del deseo y el amor; lo había destruido todo.

El razonamiento de Tuiten lo había llevado a escribir y publicar su primer artículo mientras aún trabajaba en su máster (el artículo trataba de discernir la causalidad, dijo él, pero «no sobre mi sufrimiento»), después lo impulsó a continuar con la tesis doctoral, a investigar el torbellino bioquímico que puede arrastrar a las

chicas a la anorexia, a estudiar sobre sexo. Durante todo ese proceso, hubo temas, líneas que convergían en su investigación actual. Uno era el dominio de lo químico sobre lo psicológico; otro era el control del tiempo. Detrás de su propio drama había una narración molecular, una cronología bioquímica. También estaba la repetición de secuencias de las fuerzas que empujaban a las chicas a la anorexia. Tras una experiencia con otra novia, empezó asimismo a investigar las relaciones moleculares que provocaban que algunas mujeres sufrieran un grave síndrome premenstrual, con carencia de serotonina, mientras que en otros casos se producía una deshibición y un repunte de deseo. Más tarde, llevó a cabo su investigación sobre el retraso exacto entre las dosis de testosterona y el renacer del deseo de mujeres que respondían a inyecciones de la hormona. También reflexionó sobre el tiempo de los ritmos de serotonina y sobre el ritmo de los compuestos que temporalmente suprimen ese neurotransmisor.

¿Por qué había algunas mujeres más proclives que otras a perder el deseo por sus parejas después de cierto tiempo, como si la costumbre y un arraigado compromiso robaran la chispa de los estímulos? ¿Por qué había algunas que tenían una capacidad más o menos mayor de sentir un deseo moderado? ¿Y por qué otras pocas podían seguir deseando durante décadas y décadas, comprometidas? Las mediciones de la carga de hormonas en la sangre no funcionaban como indicador, pero Tuiten y sus expertos de EB estudiaron con cuánta eficiencia las células del cerebro de una mujer guiaban la molécula de la testosterona por las partes internas de la célula, de manera que la hormona pudiera cumplir con su función de activar los cambios que preparan el sentimiento erótico. Las células que llevan a cabo esta función de guía de mala gana —con receptores moleculares resistentes— podrían anular el efecto de una gran cantidad de testosterona. Unos receptores más acogedores podrían permitir que una mujer consiguiera un gran efecto con una cantidad mínima. Parte del razonamiento que subyacía en la elaboración de los medicamentos de Tuiten se basaba en el código genético que insinuaba el carácter de esos receptores. Se podía leer la sangre a partir de esa codificación; se podía deducir la personalidad de los receptores. Éste era un ejemplo del esfuerzo de EB en estudiar los componentes moleculares de la psique sexual de la mujer. Era una de las razones por las que Goldstein consideraba que el trabajo de la compañía podía ser un avance, así como una posible respuesta a los enigmas de la testosterona.

Otra perspectiva del sistema de la testosterona, de su capacidad de provocar dopamina, se basaba en algo más crudo que la codificación genética. Requería medir el segundo y el cuarto dedo de las manos derecha e izquierda de una mujer y calcular la proporción entre los dedos índice y anular. Durante la primera entrevista para los ensayos que se habían hecho a Wendy y todos los demás sujetos de estudio de EB, se les había pedido que pusieran las manos sobre el escáner de un ordenador. Las imágenes se habían enviado a la compañía. A partir de nuevas pruebas con humanos y ratas, Tuiten estaba elaborando una teoría sobre cómo la diferencia en la longitud entre ambos dedos era otro reflejo de lo receptivas que eran las células de una persona a la testosterona tanto en el cerebro como en los huesos.

Después estaba la red de serotonina, ubicada en la parte frontal del cerebro, una red que puede anular la dopamina, que elimina los estímulos y subyuga los deseos, que es responsable de mantenernos tranquilos, racionales, organizados. Para intentar ver el circuito de la serotonina, Tuiten recurrió a otra secuencia genética, que iluminó con un tinte fluorescente, un gel electrizado.

No obstante, todo esto tenía que ver con lo innato, así que procuró incorporar lo mejor que pudo lo aprendido. Sabía que el impacto social en las redes de serotonina y dopamina, en su relativa salud, en el modo en que colaboraban o competían, era crucial. La serotonina podía tanto añadir el toque justo de coherencia al cerebro sexual como interferir, inhibir y acabar con el eros. Sabía que lo que la cultura reprimía o recompensaba moldeaba esas redes. Para poder calibrarlo, usaba una serie de preguntas sobre el deseo y el orgasmo, así como la frecuencia de masturbación. Combinadas, las respuestas indicaban, imperfecta e intuitivamente, la intensidad de la inhibición. Planteó una ecuación, un algoritmo con las respuestas de una mujer, junto con su código genético y las proporciones de sus dedos. La ecuación estaba formada por once elementos en total. De este modo, proporcionó una visión conjunta de la neurología erótica de una mujer.

Puede sonar a chifladura, pero fue el intento más detallado de comprender el mecanismo que había desarrollado cualquier compañía farmacéutica hasta la fecha. Indicó la composición de sus dos medicamentos y ayudó a EB a decidir qué medicina debía tomar cada mujer. Los medicamentos debían tomarse unas horas antes de que la mujer quisiera sentir deseo. Cada fármaco se componía de dos partes: un recubrimiento con sabor a menta que se deshacía en la boca y una píldora interior que se tragaba cuando la menta

desaparecía.

Lybrido era una prima hermana del Viagra. En cambio Lybridos contenía un compuesto llamado buspirona. En este caso, entraba en acción la obsesión de Tuiten por la coordinación del tiempo. Se había dado cuenta de que podía acordar una cita de manera que las horas de los picos de testosterona de preparación sexual coincidieran con la ayuda que muchas mujeres necesitarían de los otros dos medicamentos. Esta ayuda, en el caso del compuesto semejante al Viagra, consistía en un aumento de la hinchazón genital, que incrementaba la sensación y hacía que el cerebro produjera más dopamina. En el caso de la buspirona, todo se basaba en un aumento de la serotonina. Cada una a su modo, tanto Lybrido como Lybridos, alteraban el equilibrio entre serotonina y dopamina.

Lybridos era quizá la invención más intrigante, el ejemplo más claro de la fijación de Tuiten con el tiempo. La buspirona es un antidepresivo, y como todos los antidepresivos eleva la serotonina. Sin embargo, hay algo que la distingue. Al contrario que los compuestos más populares para la depresión —los inhibidores selectivos de la recaptación de serotonina, los ISRS—, la buspirona causa, al principio, una ligera desaceleración en la liberación del neurotransmisor. Y si la buspirona no se toma todos los días, no se conseguirá el ascenso gradual de serotonina. El efecto crítico es la supresión de la serotonina a muy corto plazo. Si unimos eso a las horas cruciales en las que la testosterona aviva la dopamina, y aunque ese aumento estaba deteriorado por receptores torpes, Tuiten podía provocar un lapso de deseo; quizá podría proporcionar una réplica de lo que se había sentido tiempo atrás, cuando ninguna de esas manipulaciones había sido necesaria, cuando la novedad de un amante provocaba que los agentes bioquímicos del deseo se volvieran frenéticos.

Parecía que Tuiten, desaliñado y siempre desconsolado, estaba a punto de hacerse increíblemente rico. Una razón menor a la par que enorme era ésta: más de quince millones de mujeres americanas y otras muchas más en todo el mundo dependen de los ISRS para luchar contra su melancolía. Algunas de ellas iban a participar en la próxima fase de los ensayos. El aumento de la serotonina que provocan los ISRS produce una inevitable lucha con el eros. El deseo puede atenuarse, volverse casi imperceptible. Y esto puede empeorar por el hecho de que los excesos de serotonina perturban los mecanismos físicos del orgasmo al impedir las contracciones, de manera que el clímax parece alejarse cada vez más, hasta que es

inalcanzable. En las mujeres que toman IRSR, cada pastilla de Lybridos, al bloquear de forma temporal la serotonina, supondría una prórroga a su deseo.

Ahora bien, si el razonamiento de Tuiten era correcto, si los datos que ya tenía, recogidos a partir de pequeños grupos de mujeres en estudios provisionales, se confirmaban en ensayos a mayor escala, entonces habría sabido combinar una pareja de medicamentos que eran un antídoto para la monogamia. Su medicina prometía anular el paso de los años.

El deseo, en sus momentos más poderosos, puede sacarnos de nosotros mismos, fuera del mundo, fuera del tiempo. Nos ofrece esta forma de olvido. Es un trance maravilloso, o lo era, si tales momentos se han sacrificado, si se han perdido a favor de otro tipo de escape: por seguridad, por constancia, por un bastión para no envejecer solo, para no soportar el terror del paso del tiempo en soledad. ¿Podrían las píldoras de Tuiten llevar a cabo ese tipo de magia, permitir que el trance coexistiera con la comodidad? ¿Permitir ambos tipos de escape? ¿Podría la química de Tuiten conseguirlo?

Wendy rogaba por que su primera tanda de pastillas EB hubiera sido un placebo; pero por si con ella los fármacos de Tuiten no funcionaban, decía: «Tiene que haber algo más. Tienen un montón de medicamentos para muchos otros trastornos psiquiátricos. Tendría que aparecer algo que pudiera solventar ese problema, ¿no?».

Lo único que quería era que esa tanda de pastillas que entonces se llevaba a casa detuviera y revirtiera lo que ella llamaba «el proceso menguante». Lo único que pedía era que la medicina la impulsara a coger la mano de su marido al pie de la escalera y a llevárselo corriendo al piso de arriba. Lo único que quería era que el tiempo no tuviera importancia, que el tiempo no significara nada en absoluto.

Capítulo 10

UN INICIO

Tras levantar el brazo y hacer sonar la campana, la encargada grita: «¡Los hombres cambian de mesa! ¡Los hombres cambian de mesa!». En la coctelería que se ha alquilado para esa noche, cada hombre se levanta de una mesita cuadrada, se aleja de la mujer con la que ha estado hablando y se dirige hacia su siguiente cita. Las mujeres esperan. Se sientan a lo largo de una banqueta en forma de L. Hay una mujer que lleva una blusa rosa con un escote con volante; otra, un jersey negro y ajustado, y otra, un vestido con mangas de gasa. Todas se quedan donde están, sentadas sobre la tapicería granate, mirando hacia arriba para ver quién aparece ante ellas. Durante unos pocos segundos, los hombres caminan bajo la luz tenue.

Son citas rápidas. Duran cuatro minutos, marcados por la estridente campana. Al final de la sesión, todas las mujeres y los hombres entregan sus decisiones en privado a la empresa de citas rápidas: tienen que dar un sí o un no a cada una de las diez personas que han conocido, una expresión de interés o una de indiferencia. Cuando una pareja se dice sí la una a la otra, la agencia las pone en contacto.

El lugar donde se celebran las citas no es siempre una coctelería. La campana a veces es un divertido gong, a veces sólo una orden. Los cuatro minutos a veces pueden ser ocho y otras veces tres. Pero hay un aspecto que rara vez varía: los hombres se mueven, dan un par de pasos antes de sentarse; las mujeres se quedan quietas. Las compañías explican esta convención aduciendo que las mujeres llevan bolsos y que tardarían más tiempo en cambiar de sitio. O apuntan a las expectativas de que los hombres deberían hacer un gesto simbólico de caballerosidad levantándose de sus sillas y tomando la iniciativa, mientras las mujeres sólo necesitan acomodarse con tranquilidad. Así son las cosas.

Desde que las citas rápidas se instauraron en América y Europa, tras su invención a finales de la década de 1990 por parte de un rabino de Los Ángeles desesperado por formar parejas judías, los investigadores han usado esta práctica para examinar los patrones

del deseo. Han estudiado las estadísticas de una empresa llamada Hurrydate y repasado las elecciones de decenas de miles de clientes. Ellos mismos se han encargado de organizar sus propias sesiones, siguiendo todas las tradiciones de las citas rápidas, para recopilar sus propios datos. Y una y otra vez ha surgido un contraste: a la hora de querer una segunda cita, una cita real, las mujeres son mucho más selectivas que los hombres, hay menos posibilidades de que digan que sí.

Para los psicólogos evolutivos, esto ha supuesto una confirmación a certezas ya establecidas. Los hombres están programados para perseguir e inseminar; las mujeres, para elegir al compañero adecuado. Genéticamente, los hombres están diseñados para sentir un deseo salvaje; las mujeres, para desear con una moderación distinta.

Sin embargo, dos psicólogos, Eli Finkel, de la Universidad Northwestern, y Paul Eastwick, de la Universidad de Texas, en Austin, detectaron lo que los científicos conocen como variable de confusión, esto es, un factor que puede distorsionar los datos, que ofrece ilusiones bajo el disfraz de conocimiento. Este factor era obvio, aunque ninguno de los investigadores de las citas rápidas había caído en la cuenta. Nadie lo mencionaba en sus artículos académicos; nadie le daba relevancia alguna. Lo que Finkel e Eastwick se preguntaron es qué pasaría si fueran las mujeres quienes cambiaran de sitio, si los hombres esperaran mientras ellas se levantaban y daban el paso hacia delante.

La ciencia y el pensamiento que he unido en este libro son un inicio. Nada más. Ninguno de los investigadores de los que he aprendido ni Meredith Chivers ni Kim Wallen, ni tampoco Marta Meana o Jim Pfaus, podría afirmar que tiene las respuestas definitivas y completas sobre el deseo femenino. Todos ellos, al margen de lo evocadores que puedan ser sus experimentos y arriesgadas sus ideas, son muy conscientes de todas las capas que desconocemos y de los impedimentos para llegar más al fondo. La investigación de la psique sexual de las mujeres carece, con la excepción de los estudios farmacológicos, de fondos apropiados, y su apoyo es, por muy extraño que, inversamente proporcional a su importancia. El eros reside en el corazón de quienes somos como seres humanos y, sin embargo, evitamos el estudio de nuestro núcleo esencial, y tal vez lo evitamos sobre todo por nuestra dificultad para comprenderlo en las mujeres. El lugar de una exploración abundante lo ocupa una suposición común, una teoría

sin probar, limitaciones políticas y una gran variedad de cegueras.

Una vez pregunté a Chivers por qué nunca me había visto en la situación de tener que llamar a los departamentos de psicología de Harvard, Yale o Princeton, por qué nunca había tenido que hablar con sus profesores, por qué sólo una minoría de las universidades de élite prestaba atención a su campo. «Porque existe una especie de tabú —me respondió—. Porque quienes nos dedicamos a este trabajo somos ciudadanos de segunda clase».

Ciudadanos de segunda clase que excavan para encontrar lo primario, lo primitivo, lo primigenio. Es indecoroso estar ahí, metafórica y literalmente. Y es incómodo que los científicos estén de forma constante recogiendo información que podría, experimento tras experimento, estudio tras estudio, artículo tras artículo, reducir la presunción a jirones.

La presunción de que mientras el deseo masculino pertenece al ámbito animal, la sexualidad femenina tiende un modo natural hacia lo civilizado; la creencia de que en las regiones más avanzadas de los cerebros de las mujeres, los campos de la reflexión y el autocontrol están construidos por herencia para ser capaces de contener la libido; la premisa de que el vínculo emocional es para las mujeres un potente afrodisiaco ancestralmente preparado; la idea de que el eros femenino convierte a las mujeres en las predestinadas, aunque imperfectas, guardianas de la monogamia. ¿Qué verdades emergerían a la luz si estas creencias siguieran poniéndose en cuestión?

Finkel e Eastwick organizaron quince sesiones de citas rápidas en las que participaron trescientos cincuenta hombres y mujeres. En la mitad de las reuniones, los hombres se encargaban del acercamiento. En las otras, cuando la campana sonaba, lo hacían las mujeres. De este modo fugaz, repetidamente durante una hora, los papeles románticos tradicionales cambiaron de forma drástica. Un toque de *Deidrah*, de las hembras macaco sexualmente acosadoras, se introdujo en las reglas.

Los investigadores pidieron a los participantes que no sólo escribieran sí o no después de cada encuentro de cuatro minutos, sino que también valoraran los sentimientos sexuales que les inspiraba cada pareja.

Los resultados fueron claros. La estructura social, y quizás algo unido físicamente al acto de tomar la iniciativa, alteró las percepciones, las decisiones, el eros. Contra todas las probabilidades, pero sin posibilidad de confusión, el cambio se hizo

patente de inmediato. Los números eran simples. Cuando las mujeres eran las que se movían, decían sí tan a menudo y de froma tan indiscriminada como los hombres. Cuando las mujeres eran las que cruzaban la habitación y se acercaban, sus índices de deseo se volvían igual de impetuosos. Al ajustar las reglas, una nueva realidad se abre ante nuestros ojos.

BIBLIOGRAFÍA

Detrás de este libro hay un laberinto de lecturas. Están las hileras de libros que se amontonan en mis estantes, desde el análisis de coste-beneficio de Richard Posner de la motivación erótica, *Sex and Reason*, hasta la nueva evaluación de Freud de Karen Horney en *Psicología femenina* (Alianza, Madrid, 1990); desde una colección de biografías de sexólogos, *How I Got into Sex*, una memoria de Max Wolf Valerio sobre la metamorfosis de la mujer al hombre, *The Testosterone Files*, hasta una legión de libros de autoayuda sexual que hablan de lo pragmático y lo espiritual. En la siguiente lista de lecturas incluyo unos cuantos libros que pueden estar más relacionados con los temas que he planteado, así como artículos académicos en los que se detalla buena parte de la investigación sobre la que he escrito (aunque lo que he aprendido de estos artículos palidece respecto al conocimiento obtenido mediante conversaciones con investigadores) y cuyas notas permiten una vía de entrada a cualquiera que quiera penetrar en el laberinto de la ciencia sexual en el que he vivido durante los pasados ocho años.

Puedo empezar con Meredith Chivers, cuya obra se discute en los capítulos 1, 2 y 6. Siempre escrupulosa, a la vez una sexóloga audaz y una cuidadosa estadística, me pidió que destacara que la comparación de respuestas a extraños y amigos cercanos del capítulo 2 se basa en desviaciones estándar respecto a los valores absolutos. Sus artículos más relevantes, en orden de fecha de publicación, son los siguientes:

CHIVERS, M. L. Y TIMMERS, A. D., «The effects of gender and relationship context cues in audio narratives on heterosexual women's and men's genital and subjective sexual response», *Archives of Sexual Behavior*, número 41, pp. 187-197.

CHIVERS, M. L., M. C. SETO, M. L. LALUMIÉRE, E. LAAN Y T. GRIMBOS, «Agreement of genital and subjective measures of sexual arousal in men and women: a meta-analysis», *Archives of Sexual Behavior*, número 39, pp. 5-56.

SUSCHINSKY, K., M. L. LALUMIÉRE Y M. L. CHIVERS, «Sex differences in patterns of genital arousal: measurement artifact or true phenomenon?», *Archives of Sexual Behavior*, número 38, pp. 559-573.

CHIVERS, M. L., M. C. SETO Y R. BLANCHARD, «Gender and sexual orientation differences in sexual response to the sexual activities versus the gender of

actors in sexual films», *Journal of Personality and Social Psychology*, número 93, pp. 1.108-1.121.
Chivers, M. L. y J. M. Bailey, «A sex difference in features that elicit genital response», *Biological Psychology*, número 70, pp. 115-120.
Chivers, M. L., G. Rieger, E. Latty, y J. M. Bailey, «A sex difference in the specificity of sexual arousal», *Psychological Science*, número 15, pp. 736-744.

Los estudios de Terri Fisher y de Terri Conley aparecen en el capítulo 2; son:

Alexander, M. G. y T. D. Fisher, «Truth and consequences: using the bogus pipeline to examine sex differences in self-reported sexuality». *Journal of Sex Research*, número 40, pp. 27-35.
Fisher, T. D. (en prensa), «Gender roles and pressure to be truthful: the bogus pipeline modifies gender differences in sexual but not non-sexual behavior», *Sex Roles*.
Conley, T. D., «Perceived proposer personality characteristics and gender differences in acceptance of casual sex offers», *Journal of Personality and Social Psychology*, número 100, pp. 309-329.

Si pasamos al capítulo 3 para un estudio más profundo de la historia de la sexualidad femenina desde tiempos clásicos, o más bien sobre cómo se percibía la sexualidad femenina desde tiempos clásicos, la obra de Thomas Laqueur puede ser la mejor forma de empezar:

Laqueur, T., *La construcción del sexo*, Cátedra, Madrid, 1994.

Durante su exploración de las transformaciones sexuales y sociales de los siglos xvii y xviii, Faramerz Dabhoiwala profundiza en un amplio abanico de factores culturales que contribuyeron a que la mujer se viera en los siglos xix, xx y xxi como el sexo menos libidinoso:

Dabhoiwala, F., *The origins of sex: a history of the first sexual revolution*, Oxford University Press, Nueva York, 2012.

Nancy Cott proporciona un análisis de las perspectivas victorianas:

Cott, N., «Passionlessness: an interpretation of Victorian sexual ideology, 1790-1850», *Signs: Journal of Women in Culture and Society* número 4, pp. 219-236.

La obra de David Buss es crucial para comprender la visión de la psicología evolutiva de la sexualidad humana, y Louann Brizendine ofrece un popular manual básico:

Buss, D. M., *La evolución del deseo: estrategias del emparejamiento humano*, Alianza Editorial, Madrid, 2011.
Buss, D. M., y Schmitt, D. P., «Sexual strategies theory: an evolutionary perspective on human mating», *Psychological Review*, número 100, pp. 204-232.
Brizendine, L., *El cerebro femenino*, RBA, Barcelona, 2010.

Los programas de educación sanitaria citados en el capítulo 3 se han extraído de los planes de estudios elaborados por Choosing the Best Publishing de Atlanta, Georgia, y por el Center for Relationship Education de Denver, Colorado. Estas organizaciones han alterado recientemente parte de su lenguaje, pero los planes de estudios siguen incluyendo afirmaciones como «Los hombres responden sexualmente según lo que ven, y las mujeres responden sexualmente según lo que oyen y lo que sienten al respecto».

El capítulo 4 está consagrado principalmente a la investigación de Kim Wallen y Jim Pfaus, y Pfaus, a su vez, resalta la importancia de los experimentos que llevó a cabo Raúl Paredes:

Wallen, K. y H. A. Rupp, «Women's interest in visual sexual stimuli varies with menstrual cycle phase at first exposure and predicts later interest», *Hormones and Behavior*, número 57, pp. 263-268.
RupP, H. A., y K. wallen, «Sex differences in viewing sexual stimuli: an eye-tracking study in men and women», *Hormones and Behavior*, número 51, pp. 524-533.
Rallen, K., «Risky business: social context and hormonal modulation of primate sexual desire», en K. Wallen y J. Schneider (eds.), *Reproduction in context: social and environmental influences on reproductive physiology and behavior*, MIT Press, Cambridge, 2000, pp. 289-323.
Wallen, K., «Desire and ability: hormones and the regulation of female sexual behavior», *Neuroscience and Biobehavioral Reviews*, número 14, pp. 233-241.
Wallen, K., «Influence of female hormonal state on rhesus sexual behavior varies with space for social interaction», *Science*, número 217, pp. 375-377.
Pfaus, J. G., T. E. Kippin, G. A. Coria-Avila, H. Gelez, V. M. Afonso, N. Ismail y M. Parada, «Who, what, where, when (and maybe even why): how the experience of sexual reward connects sexual desire, preference, and performance», *Archives of Sexual Behavior*, número 41, pp. 31-62.
Georgiadis, J. R., M. L. Kringelbach y J. G. Pfaus, «Sex for fun: a synthesis of human an animal neurobiology», *Nature Reviews Urology*, número 9, pp. 486-498.
Pfaus, J. G., M. F. Wilkins, N. Di Pietro, M. Benibgui, R. Toledano, A. Rowe y M. C. Crouch, «Inhibitory and disinhibitory effects of psychomotor stimulants and depressants on the sexual behavior of male and female rats», *Hormones and Behavior*, número 58, pp. 163-176.
Pfaus, J. G., «Pathways of sexual desire», *Journal of Sexual Medicine*, número 6, pp. 1.506-1.533.
Pfaus, J. G., J. G. Giuliano, François y H. Gelez, «Bremelanotide: an overview of preclinical CNS effects on female sexual function», *Journal of Sexual Medicine*,

número 4, pp. 269-279.
MARTÍNEZ, I. Y R. G. PAREDES, «Only self-paced mating is rewarding in rats of both sexes», *Hormones and Behavior*, número 40, pp. 510-517.
PAREDES, R. G. Y B. VASQUEZ, «What do female rats like about sex? Paced mating», *Behavioural Brain Research*, número 105, pp.117-127.

El elemento narcisista del deseo femenino, la preeminencia de las fantasías de violación, así como otros temas que aparecen en los capítulos 5 y 6 se exploran en:

SIMS, K. E. Y M. MEANA, «Why did passion wane? A qualitative study of married women's attributions for declines in sexual desire», *Journal of Sex and Marital Therapy*, número 36, pp. 360-380.
LYKINS, A. D., M. MEANA, Y G. P. STRAUSS, «Sex differences in visual attention to erotic and non-erotic stimuli», *Archives of Sexual Behavior*, número 37, pp. 219-228.
YOUNG-BRUEHL, E. (ed.), *Freud on women: a reader*, W. W. Norton, Nueva York, 1990.
KLEIN, M., *Envy and gratitude and other works, 1946-1963*, Delacorte Press, S. Lawrence, Nueva York, 1975.
CRITELLI, J. W. Y J. M. BIVONA, «Women's erotic rape fantasies: an evaluation of theory and research», *Journal of Sex Research*, número 1, pp. 57-70.
MESTON, C. M. Y P. F. FROHLICH, «Love at first fright: partner salience moderates roller-coaster induced excitation transfer», *Archives of Sexual Behavior*, número 32, pp. 537-544.
FEDOROFF, J. P., A. FISHELL Y B. FEDOROFF, «A case series of women evaluated for paraphilic disorders», *The Canadian Journal of Human Sexuality*, número 8, pp. 127-140.

Mi argumentación sobre la monogomia del capítulo 7 se centra parcialmente en el *Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales (DSM)*. La quinta edición (el *DSM-V)* se ha publicado en inglés en 2013 (y en castellano en 2014). Para comprender completamente la magnitud de los cambios respecto al deseo femenino que se introducen, sería necesario estudiar ediciones que se remontan al menos hasta el *DSM-III*, de 1980. No obstante, uno de los detalles representativos es la sustitución, en la versión nueva, de la frase «interés sexual» por «deseo sexual». De esta y otras formas, la visión de las decisiones cognitivas y carentes de deseo de Basson, en oposición al impulso erótico, se codifica como la norma femenina. Una discusión completa sobre el lenguaje del *DSM-V* y los argumentos que lo sostienen se puede leer en:

BROTTOH, L. A., «The *DSM* diagnostic criteria for hypoactive sexual desire disorder in women», *Archives of Sexual Behavior*, número 39, pp. 221-239.

Las siguientes obras también aportan más información sobre los

temas que se tratan en el capítulo 7:

Basson, R., «Biopsychosocial models of women's sexual response: applications to management of "desire disorders"», *Sexual and Relationship Therapy*, número 18, pp. 107-115.

Basson, R., «The female sexual response: a different model», *Journal of Sex and Marital Therapy*, número 26, pp. 51-65.

Brottoh, L. A., Y. Erskine, M. Carey, T. Ehlen, S. Finlayson, M. Heywood, J. Kwon, J. Mcalpine, G. Stuart, S. Thomson y Miller, D., «A brief mindfulness-based cognitive behavioral intervention improves sexual functioning versus wait-list control in women treated for gynecological cancer», *Gynecological Oncology*, número 125, pp. 320-325.

Brottoh, L. A., R. Basson y M. Luria, «A mindfulness- based group psychoeducational intervention targeting sexual arousal disorder in women», *Journal of Sexual Medicine*, número 5 , pp. 1.646-1.659.

Brottoh, L. A., J. R. Heiman, B. Goff, B. Greer, G. M. Lentz, E. Swisher, H. Tamimi y A. V. Blaricom, «A psychoeducational intervention for sexual dysfunction in women with gynecological cancer», *Archives of Sexual Behavior*, número 37, pp. 317-329.

Hrdy, S. B., «The optimal number of fathers: evolution, demography and history in the shaping of female mate preferences», *Annals of New York Academy of Sciences*, número 907, pp. 75-96.

Hrdy, S. B., «Raising Darwin's consciousness: female sexuality and the prehominid origins of patriarchy», *Human Nature*, número 8, pp. 1-49.

Hrdy, S. B., *The Woman That Never Evolved*, Harvard University Press, Cambridge, 1981.

Hrdy, S. B., «Infanticide among animals: a review, classification, and examination of the implications for the reproductive strategies of females», *Ethology and Sociobiology*, número 1, pp. 13-40.

Zeh, J. A., S. D. Newcomer y D. W. Zeh, «Polyandrous females discriminate against previous mates», *Proceedings of the National Academy of Sciences*, número 95, pp. 13.732-13.736.

Diamond, L. M., *Sexual Fluidity: understanding women's love and desire*, Harvard University Press, Cambridge, 2008.

Respecto a los debates sobre las variedades del orgasmo femenino, tratados en el capítulo 8, las páginas que a ellos dedica el *Journal of Sexual Medicine* son una buena forma de empezar:

Jannini, E. A., A. Rubio-Casillas, B. Whipple, O. Buisson, B. R. Komisaruk y S. Brody, «Female orgasm(s): one, two, several», *Journal of Sexual Medicine*, número 9, pp. 956-965.

Y también contamos con la guía más práctica de Barry Komisaruk y Beverly sobre la ciencia del clímax:

Komisaruk, B. R., C. Beyer-Flores y Whipple, B., *La ciencia del orgasmo: la naturaleza humana y los mecanismos del placer*, Paidós Ibérica, Barcelona, 2008.

Para trazar en el capítulo 9 una historia reciente de las medicinas para el deseo femenino, me he basado sobre todo en innumerables conversaciones con expertos de ese ámbito, pero la prensa generalista ha escrito también de forma amplia sobre esos fracasos y simplemente buscando en internet los nombres de los medicamentos, desde Intrinsa hasta Bremelanotida, o desde Flibanserin hasta Libigel, se encuentra mucha información añadida.

Por último, sobre las citas rápidas:

FINKEL E. J., Y P. W. EASTWICK, «Arbitrary social norms influence sex differences in romantic selectivity», *Psychological Science*, número 20, pp. 1.290-1.295.

AGRADECIMIENTOS

Sin las voces de las muchas mujeres que se han prestado a hablar conmigo, en confianza, sobre sus vidas eróticas, no podría haber escrito este libro. Todas aquellas personas cuyas historias he contado y que me han hablado de sus reflexiones cuentan con mi gratitud. Igualmente, estoy en deuda con científicos y médicos que han sido pacientes profesores para mí. Además de quienes ya aparecen citados en el libro, Kelly Allers, Monica Day, Ann D'Ercole, Leonard DeRogatis, Muriel Dimen, Katherine Frank, Irwin Goldstein, Bat Sheva Marcus, Margaret Nichols, Adam Safron, Michael Sand y Claire Yang fueron especialmente generosos al compartir conmigo su tiempo y perspectivas.

He tenido la inmensa fortuna de que Suzanne Gluck fuera mi agente durante toda mi carrera de escritor: para ella va mi agradecimiento. Y para Eve Attermann, Raffaella de Angelis, Tracy Fisher y Alicia Gordon de William Morris Endeavor.

Lee Boudreaux, mi diestra e incansable editora, ha sido una guía maravillosa. Y Dan Halpern, junto con Tina Andreadis, Tamara Arellano, Rachel Elinsky, Mark Ferguson, Erin Gorham, Georgia Maas, Karen Maine, Michael McKenzie, Allison Saltzman, Benjamin Tomek y Craig Young han contribuido a que me sintiera tremendamente agradecido porque Ecco/HarperCollins sea mi editorial.

Ilena Silverman, mi concienzuda editora del *New York Times Magazine*, fue quien le dio a este libro su punto de partida, y Hanna Rosin y Double X de Slate me ayudaron antes con un blog.

Mis amigos Samantha Gillison, John Gulla, William Hogeland, George Packer, Ayesha Pande, Roland Kelts, Elizabeth Rubin, Laura Secor, Anne Sikora y Tom Watson han estado siempre ahí para darme sus consejos y transmitirme su humor y su fuerza.

Mi padre sigue siendo la referencia crucial en mi vida: no tengo palabras de agradecimiento que puedan captar mis sentimientos.

Nancy Northup, la madre de mis hijos y mi exmujer, creyó en mí durante muchos años y, además, ejerce el tipo de abogacía política y legal que hace que los experimentos psicológicos e intelectuales de este libro sean posibles.

Y no puedo dejar de mencionar a Natalie y a Miles, que ya no son niños, y que son las mentes con las que debo medirme cada día y la fuerza que me sostiene.

Notas

* MQMF son las siglas de «madre que me follaría», equivalente al inglés MILF *(Mother I´d like to fuck)*. *(N. de la t.)*

¿Qué quieren las mujeres?
Daniel Bergner

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original:
What do women want?

© del diseño de la portada, Departamento de Arte y Diseño, Área Editorial Grupo Planeta
© de la imagen de la portada, Alison Saltzman

Para proteger la privacidad de las mujeres cuyas vidas sexuales y relaciones personales se describen en este libro, se han modificado los nombres y algunos detalles menores que las identifican. No así, en cambio, en el caso de los científicos que aparecen citados ni de Shanti Owen, a quien se menciona en el capítulo ocho.

Algunos fragmentos de este libro han aparecido publicados, con cambios, en el *New York Times Magazine*.

© Daniel Bergner, 2013
Publicado en Estados Unidos por HarperCollins. Todos los derechos reservados.

© de la traducción, Julia Alquézar, 2013

© Ediciones Destino, S. A., 2013
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): noviembre de 2013

ISBN: 978-84-233-4754-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.
www.newcomlab.com